



CENTRO DE ESTUDIOS INTERNACIONALES

**EL GENERAL MAXIMINO Y SU CAMARILLA:**

**ESTUDIO ANTROPOHISTÓRICO DE LA ÉLITE AVILACAMACHISTA**

**(1935 – 1957)**

TESIS

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE  
LICENCIADO EN POLÍTICA Y ADMINISTRACIÓN PÚBLICA

PRESENTA

JESÚS EDUARDO BERNAL LOEZA

DIRECTOR

DR. FERNANDO ESCALANTE GONZALBO

CIUDAD DE MÉXICO, ABRIL DE 2023

*<<A te convien tenere altro  
viaggio>>>*

*rispuose poi che lagrimar mi vide,  
<<se vuo' campar d' esto loco selvaggio:  
ché questa bestia, per la qual tu gride,  
non lascia altrui pasar per la sua via,  
ma tanto lo 'mpedisce che l'uccide;  
e ha natura sí malvagia e ria,  
che mai non empie la bramosa voglia,  
e dopo il pasto ha piú fame che pria<sup>1</sup>*

---

<sup>1</sup> Dante Alighieri, *La divina commedia*, Anzio, De Rubeis, primera edición, 1995, Inferno I, 91 – 100.

## Índice

Agradecimientos .....	4
Introducción .....	7
Capítulo primero: Perfil de un cacicazgo .....	19
Fuerzas centrípetas y centrífugas.....	23
Antecedentes .....	32
Contexto nacional y local .....	44
La construcción del poder .....	51
Configuración de la élite avilacamachista .....	62
Conclusiones: coyunturas y amistades .....	71
Capítulo segundo: El orden cultural poblano .....	73
Caudillos, caciques y caciquitos.....	78
El orden señorial: el caso de Atencingo.....	81
Los obreros de la industria textil .....	91
Los empresarios: tradición y modernidad.....	101
El clero: Heroica Puebla de Zaragoza vs Puebla de los Ángeles .....	108
Llaneros y serranos: la estratégica sierra norte .....	116
Conclusiones: patria, revolución y miedo.....	124
Capítulo tercero: ¿Sombras nada más?.....	132
Torero, torerazo, azteca y español.....	137
Fiestas y rituales.....	147
El presidente que no fue.....	153
Conclusiones: el gobierno de un fantasma .....	162
A manera de conclusión .....	164
Bibliografía y referencias: .....	167

## Agradecimientos

Decía Ortega y Gasset que sólo los tontos cometen el pecado de ser desagradecidos porque ignoran, o deciden ignorar, que sus logros nunca son enteramente suyos. Como no es mi intención ser un tonto ni un pecador, o, en todo caso, un desagradecido, estimo conveniente y siento la sincera necesidad de verter en este par de páginas mi profundo agradecimiento para todos aquellos sin cuya ayuda, este trabajo no habría nacido.

En primer lugar, quiero agradecer a mi padre, Jesús Bernal y a mi madre María Teresa Loeza, por siempre estar presentes, por su ejemplo y por inculcarme la disciplina y el amor por la vida que me han permitido ser quien soy. Expresar con palabras lo que me han dado es imposible. A mi admirado hermano José Emilio, que siempre me retó y me acompañó en cada proyecto que emprendí. A mi abuelo Jesús, a quien, sin haber tenido el gusto de conocer, sin embargo, conozco. A mi abuela Rafaela, a quien siempre escucho cantar cuando suena Javier Solís. A mi abuelo César, en quien pienso siempre que suenan Pedro Infante y Agustín Lara. A mi abuela Tere, siempre sincera y escéptica. A mi tía Claudia, generosa e irreverente. También agradezco al resto de mi numerosa familia, que siempre demostró interés en mi proyecto y a quienes no nombro puntualmente para evitar hacer un mamotreto.

A quienes me dieron clases durante mi estancia en El Colegio de México y de quienes aprendí tantas cosas. Gracias a Javier Garciadiego, Martha Elena Venier, Francisco Gil Villegas, Manuel Ordorica, Lorenzo Meyer, Jean François Prud'homme, Rodrigo Brito, Ilán Bizberg, Amalia Pulido, Máximo Jaramillo, Roberto Breña, Alejandra Trejo, Mauricio Merino, Carlos Matute, Jaume Sempere, Carlos Alba, Fernanda Somuano, José Luis Méndez, Jesús Carrillo, Mariano Sánchez Talanquer, Juan Olmeda, Ernesto Velasco, Enrique Cabrero,

Guadalupe González, Carlos Bravo Regidor, Gabriela Pérez Yarahuán, Víctor Pavón y Nain Martínez.

Le agradezco especialmente a quienes, además de ser mis profesores, me brindaron sus incisivas observaciones y comentarios con el propósito de mejorar este trabajo, Fernando Nieto, Isabelle Rousseau y Verónica Crossa. También le agradezco a quienes, sin haberme dado clases, como Juan Pedro Viqueira y Wil Pansters, tuvieron la amabilidad de hacerme sugerencias.

El proceso de aprendizaje en El Colegio de México va mucho más allá de las clases y las lecturas. La convivencia y la socialización son parte fundamental, por ello quiero agradecerles a mis compañeros de la Licenciatura en Política y Administración Pública, Relaciones Internacionales y Economía de mi generación, y también de otras, de quienes aprendí y escuché puntos de vista y análisis siempre interesantes y propositivos. Agradezco especialmente a mis amigos Emiliano Aguilar, Sofía León, Benito Ochoa, Ricardo Rojo, Sofía Texcahua, Cynthia Cuazitl, Florencia García, Pedro Guerra, José Ángel Bazán, Pedro Rubio, Mariana Braojos, Yair Vargas y Juan Morfin. Su amistad en estos cuatro años.

Gracias a quienes se interesaron por mi trabajo y con quienes pude conocer otros puntos de vista. A Sofía Sánchez López, Rogelio Alcántara, Mariano Torres, Isaac Cruz, Alejandra Dorado, Bruno Torres Carbajal, Carlos Manuel Morales Álvarez, Albrecht Mohrhardt, Juan Pablo Flores, y en especial a Héctor Strobel, quien me acompañó en mi primer clavado al Archivo General de la Nación.

También quiero agradecerles a todos los autores que se encuentran referenciados al final de esta investigación. Sin el trabajo que ellos hicieron antes que yo, no habría sido

posible llegar a la propuesta original que se encuentra en estas páginas. Las bases teóricas y la recopilación de información que me antecedieron fueron fundamentales.

Le estaré siempre agradecido a mi *alma mater*, donde fui tan feliz y donde encontré el espacio, el tiempo y la exigencia que me permitieron ser mejor y conectar con personas increíbles y con autores y obras que ni siquiera sabía que existían. Gracias a El Colegio de México por todo lo que me dio.

Dejo al final a mi maestro y amigo, Fernando Escalante Gonzalbo, sin cuya guía no habría podido cruzar el confuso bosque de la historia y cuyas clases fueron, sin duda, las mejores que he tenido. En él encontré a un profesor mucho mejor de lo que dicta el ideal. Por las clases, las lecturas, las charlas, su guía, su humor, su generosidad y su afecto, muchas gracias.

No sobra subrayar que cualquier imperfección o carencia de mi trabajo es atribuible a mí y sólo a mí.

## Introducción

Gonzalo N. Santos cuenta en sus memorias que cuando Maximino Ávila Camacho, cacique de Puebla, recibió la noticia de que su hermano, Manuel, era el favorito del grupo de senadores que estaban en su presencia – y que se habían bautizado a sí mismos como “los doce apóstoles” – en una reunión informal en el palacio de gobierno poblano, para convertirse en el siguiente presidente de la República, una rabia digna de su fama de hombre inescrupuloso invadió la habitación en la que estaba, a tal punto que su rostro se tornó rojo:

*¡Eso no puede ser!, ¿mi hermano Manuel candidato a la presidencia de la República? Nunca ha sido ni siquiera regidor de nuestro pueblo, Teziutlán, ni se ha asomado en su vida a ningún partido político ni tiene experiencia ni tiene prestigio para ocupar la presidencia de la República; eso me corresponde a mí (...), yo soy el mayor de la familia, a todos los he formado desde niños, a Manuel, de chico lo hacía 'jinetear' un burro bronco y le regalaba una peseta (...) Manuel es un 'bistec con ojos' y yo soy el gobernador de un estado tan importante como lo es Puebla que antes era un nido de alacranes y que ahora tengo perfectamente controlado (esto era cierto), aquí no hay más voz que la mía; a mi hermano Manuel yo lo hice soldado cuando yo ya tenía años de militar, yo me dirigiré a los gobernadores para que los atiendan a ustedes, pero en el sentido de mi candidatura<sup>2</sup>*

Resulta sorprendente que esta fuera la reacción de un hombre al que algunos de los políticos más poderosos e influyentes del país le solicitaban, todos reunidos frente a él, su apoyo para que su propio hermano ocupara el puesto de mayor reputación, visibilidad e influencia en México, la presidencia de la República. Empero, el perfil del General Maximino Ávila Camacho, gobernador constitucional de Puebla entre 1937 y 1941 – construido a partir de hechos y anécdotas, pero, sobre todo, a partir de vacíos llenados con susurros y leyendas

---

<sup>2</sup> Gonzalo N. Santos, *Memorias*, México, D.F., Grijalbo, primera edición, 1984, p. 647.

–, es el de un personaje fuerte, “macho”, de ”mano dura”, que logró consagrarse a sí mismo como el padre y fundador de un grupo de poder cuya identificación estaría marcada por sus apellidos, y que estudiosos como Wil G. Pansters, alegan, logró gobernar Puebla hasta finales de la década de 1980: la élite avilacamachista.

En el presente trabajo desarrollo una interpretación propia del período de la historia de Puebla conocido como “avilacamachismo”, comprendido, arguyo, entre 1935 y 1957<sup>3</sup>, enfocándome en el estudio de la élite avilacamachista y sus relaciones con los distintos grupos de la sociedad poblana. Hago un retrato de la configuración del poder local poblano entendido como un entramado de personajes que se disputan – mediante diversas herramientas – recursos económicos, institucionales, políticos y simbólicos para ejercer mayor influencia a nivel regional y nacional. Para elaborar mi propuesta, reconstruyo una red de personajes relevantes para entender el funcionamiento del grupo y llevo a cabo un análisis de algunos hechos históricos trascendentes en el espacio público mediante la revisión de noticias reportadas por los dos periódicos más importantes del estado durante estos años, *El Diario de Puebla* y *La Opinión*; de documentos tales como películas, canciones, poemas y novelas; y de fuentes secundarias y trabajos analíticos de corte histórico.

El personaje de Maximino recibe mucha atención a largo del trabajo porque la figura es trascendental para entender a la élite que formó no sólo por el hecho de que la bautizó con sus apellidos, que es una obviedad, sino porque su sombra – entendida como una imagen

---

<sup>3</sup> La razón de esta periodización es que en 1935 Maximino Ávila Camacho fue nombrado jefe de operaciones militares en Puebla, comenzando así su esfuerzo por construir su candidatura para gobernador; y 1957 porque es el primer momento en el que ocurre una elección para gobernador en la que el líder, además de no estar presente para la selección del candidato, argumento, deja de ser un elemento simbólico de cohesión para convertirse en una manzana de la discordia. Aunque la élite que formó persista hasta muchos años después.

proyectada hacia la sociedad y que la asimila en función de los distintos repertorios culturales<sup>4</sup> que la norman – cubrió partes importantes del país, y siguió siendo un factor determinante de control y regulación del poder muchos años después de su fallecimiento, a tal punto que mencionar su nombre en público seguía siendo factor de preocupación y miedo para los poblanos<sup>5</sup>. La figura de este gobernador, hermano del presidente, trascendió su humanidad para convertirse en una figura mítica con distintas cargas valorativas según el grupo de la sociedad que lo refiriera. El ejemplo más evidente de la importancia de su nombre en la cultura política poblana es, además de que un relativamente largo período de la historia del estado sea conocido como avilacamachismo, la popular novela de Ángeles Mastretta, *Arráncame la vida*, en la que la escritora retoma una idea bastante bien conocida y popular del personaje para pintar al General Andrés Ascencio, un general mujeriego, mal hablado, violento, pero, sobre todo, enigmático. Por supuesto, también existe la visión del personaje como la de un estadista que logró apaciguar al estado en un momento en el que la violencia y el caos lo cimbraban (esto tiene mucho de cierto). Pero la realidad se ubica entre estas dos pinturas del personaje.

Clifford Geertz señala dos maneras de comprender un proceso histórico: la primera mira el proceso como una retahíla de eventos magnos, cuya importancia deriva ya sea de su significado en el espacio público o de sus repercusiones materiales en una sociedad, en tanto que “marcan un cambio agresivo en los rumbos de una sociedad y la moldean”<sup>6</sup>, es decir,

---

<sup>4</sup> Los repertorios culturales deben entenderse como un sistema de significados diversos que se le pueden asignar a un hecho en función de su contexto y de los marcos interpretativos de los que lo viven y lo observan.

<sup>5</sup> “Ángeles Mastretta la vida de la escritora de *Arráncame la vida*”, entrevista de Leo Zuckerman con Ángeles Mastretta, 12 de abril del 2019, consultada en [https://www.youtube.com/watch?v=165ufJnl\\_nY](https://www.youtube.com/watch?v=165ufJnl_nY) el 12 de octubre del 2022.

<sup>6</sup> Traducción propia de Clifford Geertz, *Negara: The Theatre State in Nineteenth-Century Bali*, New Jersey, Princeton University Press, primera edición, 1980, p. 5.

eventos como guerras, revoluciones, cuartelazos o asesinatos de figuras importantes. La segunda lo entiende como “fases de un desarrollo sociocultural que no está marcada por una sucesión de fechas, lugares y personajes prominentes”<sup>7</sup>, sino que se estudia como un proceso continuo que puede verse como un “todo” y que, consecuentemente, no impide “señalar un momento en el que las cosas dejaron de ser lo que eran para convertirse en algo más”<sup>8</sup>.

Geertz contrapone estas dos formas de analizar la historia porque la primera supone la identificación de períodos con fechas exactas tomando como punto de referencia un suceso calamitoso o apoteósico, mientras que la segunda privilegia el análisis profundo de una sociedad a partir de la identificación de elementos consistentes que, si bien están cambiando constantemente en respuesta a los estímulos del ambiente, son relativamente estables y dan cuenta de las bases organizacionales y culturales de una sociedad; de tal forma que los eventos magnos siguen siendo importantes, pero son leídos a partir de regularidades empíricas y manifestaciones cotidianas. Como apunta Graciela de Garay: “el reto del historiador social es confrontar la vida cotidiana con los grandes sucesos o tendencias a largo plazo. Se trata de ver cómo afecta o impacta un cambio o proceso de larga duración las vidas de las personas y cómo éstas oponen resistencia”<sup>9</sup>.

Aunque podría parecer paradójico, presento un estudio de caso de un proceso sociocultural, es decir, inscrito en la segunda manera que identifica Geertz de analizar la historia, pero a partir de un intervalo temporal determinado (1935 a 1957). La razón de ello es que no pretendo estudiar los efectos de un evento identificado en la sociedad, sino que,

---

<sup>7</sup> *Ibid.* p. 5

<sup>8</sup> *Ibid.* p. 5

<sup>9</sup> Graciela de Garay, “El uso de las fuentes orales para el estudio de la vida cotidiana” en Pilar Gonzalbo Aizpuru (ed.), *La historia y lo cotidiano*, Ciudad de México, El Colegio de México, primera edición, 2019, p. 25.

utilizando ciertos sucesos relevantes en el espacio público como pequeñas ventanas a través de las cuales es posible mirar reacciones, analizo los sistemas culturales que interactúan en un espacio geográfico, en este caso Puebla. Estos están enmarcados por la entrada en escena del personaje que dota de congruencia la construcción de un nuevo orden que se forma lentamente como respuesta a la modernización del Estado y la consolidación del régimen posrevolucionario, y que constituyó un recurso simbólico que le brindó cohesión a las élites aún varios años después de su muerte, pero que también le sirvió a quienes buscaban remplazar a sus miembros más añejos – argumentando el anacronismo y los vicios de la supervivencia de estructuras caciquiles. Por supuesto, como derivación lógica de un análisis en el que se entiende al período como una mera selección arbitraria de un intervalo de años y que asume sus hallazgos como fotografías de procesos socioculturales de mucha mayor duración, también me referiré en ocasiones a momentos que quedan fuera del marco temporal que he prescrito.

El lapso propuesto es importante no sólo para la historia de Puebla, sino para la historia nacional, porque durante estos años son en los que se llevan a cabo lo que Carlos Martínez Assad llama los “laboratorios de la revolución”<sup>10</sup>, caracterizados por la “experimentación” de los resultados de la puesta en práctica de los ideales revolucionarios mediante la aplicación de ideologías, políticas y formas diversas de gobernar en los estados de la República. Por ejemplo, el radicalismo anti religioso en el Tabasco gobernado por Tomás Garrido Canabal o el reparto agrario de Adalberto Tejeda en Veracruz. Estas experiencias de gobierno constituyen una muestra de “la voluntad de los administradores del

---

<sup>10</sup> Carlos Martínez Assad, *El laboratorio de la Revolución: el Tabasco garridista*, México D.F., Siglo XXI, segunda edición, 2007.

Estado por materializar sus propios programas con o sin el apoyo del presidente”<sup>11</sup>. También es importante porque la experiencia poblana ilustra el constante conflicto entre fuerzas centrífugas y centrípetas al interior de la República, las primeras entendidas como la puja de los gobernadores de los estados y, particularmente, de los caciques, por conservar su autonomía *vis a vis* las segundas, que buscaban concentrar la toma de decisiones en la figura del presidente de la República; al respecto es fundamental el trabajo de Juan Espíndola Mata, quien desmitifica la poderosa idea de que el presidente “lo podía todo, contra todo y a pesar de todo”<sup>12</sup> mediante la revisión de las experiencias regionales – frecuentemente olvidadas en la historiografía mexicana – y de ejemplos en los que los gobernadores y personajes del escenario local poseyeron tal poder de negociación que impidieron que el presidente de la República realizara su voluntad.

El caso poblano ilustra no sólo la constante tensión entre el poder local y el federal, lógico y hasta obvio en un territorio tan grande y diverso como el mexicano, sino que da cuenta de una de las más importantes contradicciones del país, presente desde el siglo XIX. La búsqueda de la modernización del Estado mexicano, basada en la idea de Estado nacida de la Revolución Francesa – que conjunta en uno sólo tres modelos que en su origen eran lógicamente excluyentes, el republicanism, el liberalismo y la democracia – y que, para su materialización, dependía de la difusión (y funcionamiento) del individualismo y de la existencia de “ciudadanos”: personas conscientes, con derechos y obligaciones que se ajustaran a la ley y promovieran sus modificaciones mediante procesos democráticos como

---

<sup>11</sup> Traducción propia de William H. Beezly, “The Role of State Governors in the Mexican Revolution en Jürgen Buchenau y William H. Beezly, *State Governors in the Mexican Revolution, 1910 – 1952: Portraits in Conflict, Courage, and Corruption*, Plymouth, Rowmann & Littlefield, primera edición, 2009, p. 9.

<sup>12</sup> Juan Espíndola Mata, *El hombre que lo podía todo, todo, todo*, México D.F., El Colegio de México, primera edición, 2004. P. 15.

las elecciones o la movilización pública<sup>13</sup>; rivalizaba con la sociedad mexicana surgida de la lucha de Independencia, que estaba regida “por principios de organización diferentes” que consistían no en átomos (ciudadanos), sino en moléculas (comunidades) y que, por lo tanto, mientras se apoyaba en la legitimidad que proveía la ficción democrática y del imperio de la ley, al mismo tiempo persistía como una sociedad tradicional.<sup>14</sup> De esta manera, “los bien conocidos fenómenos del caudillismo o del caciquismo, se nos revelaron vestidos de una nueva función. Pasan de ser la aberración de un sistema, a convertirse en la condición misma de su existencia”<sup>15</sup>, pues el cacique cumple el rol de “intermediario entre dos mundos culturales”<sup>16</sup>, el moderno y el tradicional. De allí la afirmación de Emilio Rabasa de que “todo lo hemos esperado de la ley escrita y la ley escrita ha demostrado su incurable impotencia”<sup>17</sup>.

Es precisamente la búsqueda de modernizar a la sociedad mexicana, ya no en el mismo tenor que en épocas anteriores, la que dirige al régimen posrevolucionario y la que promueve la institucionalización de un orden que sigue siendo contradictorio, pues, si bien Maximino logró que los hombres que encarnaban eso a lo que Ferdinand Lasalle<sup>18</sup> llamaba “los factores reales de poder”, ocuparan los puestos de gobierno y ejercieran sus funciones todavía acudiendo a prácticas informales, lentamente esos hombres comenzaron a depender de su cargo para poder alcanzar sus objetivos, “transfiriendo” de cierta forma su poder “real”

---

<sup>13</sup> Fernando Escalante Gonzalbo, *Ciudadanos imaginarios: memorial de los afanes y desventuras de la virtud y apología del vicio triunfante en la República Mexicana*, Ciudad de México, El Colegio de México, segunda edición, 2020.

<sup>14</sup> François – Xavier Guerra, *México: del antiguo régimen a la revolución*, México, D.F., Fondo de Cultura Económica segunda edición en español, primera reimpresión, 1992, p. 22.

<sup>15</sup> *Ibid.* p. 24.

<sup>16</sup> *Ibid.* p. 17.

<sup>17</sup> Emilio Rabasa, *La constitución y la dictadura: estudio sobre la organización política de México*, México, D.F., novena edición, Porrúa, 2002, p. 8.

<sup>18</sup> Ferdinand Lasalle, *¿Qué es una constitución?*, Barcelona, Ariel, primera edición, 1989.

a los puestos que ocupaban, convirtiendo así la relación del poder con la institución en una relación simbiótica.

Propongo una manera de leer la historia que distingue entre la nacional y la regional. En la que la historia regional es una condición *sine qua non* para comprender a cabalidad la nacional, siendo esta última entendida no como una mera agregación de historias locales sino como una categoría separada que está en constante diálogo con las otras, tratándose así de dos categorías distintas que, no obstante, se retroalimentan y dependen constantemente una de la otra, desde luego, en términos prácticos, y, por consiguiente, en su estudio. En este trabajo hago un llamado a voltear la mirada a uno de los ámbitos menos estudiados en la historia de México, y probablemente de la mayoría de los países. La historia regional sí importa e importa porque, como apuntaba Clifford Geertz, “los antropólogos no estudian aldeas (tribus, pueblos, vecindarios...) [o élites]; estudian en aldeas”<sup>19</sup>, de modo que el carácter microscópico del trabajo es fundamental no porque la élite sea importante *per se*, sino porque estudiar la élite y sus relaciones con la sociedad poblana revela bastante sobre el poder, el Estado y las normas que estructuraban (muchas aun lo hacen) a la sociedad mexicana. Por supuesto, esto no significa que con el estudio de Puebla se pueda generalizar al punto de decir que quien conoce este caso conoce el México de la época, o menos aún el México contemporáneo; se trata de “suministrar un vocabulario en el cual pueda expresarse lo que la acción simbólica tiene que decir sobre sí misma”<sup>20</sup>, “no generalizar a través de casos particulares, sino generalizar dentro de éstos”<sup>21</sup>.

---

<sup>19</sup> Clifford Geertz, *La interpretación de las culturas*, trad. Alberto L. Bixio, Barcelona, Gedisa, primera edición, décimo primera reimpresión, 2006, p. 33.

<sup>20</sup> *Ibid.* p. 38

<sup>21</sup> *Ibid.* p. 36.

Para dar orden y coherencia conceptual a mi interpretación, utilizo algunos conceptos centrales presentes en el trabajo de Claudio Lomnitz, *Las salidas del laberinto*. Lomnitz propone en su trabajo que “la cultura mexicana”, estudiada en el pasado por personajes como Manuel Gamio<sup>22</sup>, Samuel Ramos<sup>23</sup>, Octavio Paz<sup>24</sup>, Guillermo Bonfil<sup>25</sup> o Roger Bartra<sup>26</sup>, no es ese *corpus* homogéneo que es congruente a lo largo y ancho del territorio nacional. En realidad, dice, existen distintas culturas<sup>27</sup> regionales cuyo factor común está delimitado por elementos materiales que son mayoritariamente económicos, pero también administrativos y, por lo tanto, políticos (en tanto que siempre está presente una disputa por el poder). Esto no significa, por supuesto, que ese *corpus* sea absolutamente congruente, puesto que la interpretación la hacen los individuos y no los grupos (aunque sea ésta enmarcada por la cultura). De esta manera, el antropólogo sugiere el estudio de las culturas regionales a partir de una delimitación física, marcada por las unidades político-administrativas, por ejemplo, los estados, pero también los países. Es a nivel nacional – también a nivel internacional – que existe una constante lucha entre los grupos por imponer una visión del mundo que pueda constituirse hegemónica. Dentro de las culturas regionales hay, a su vez, elementos diferenciadores de la población habitante, por ejemplo, la clase social. Para poder establecer una diferenciación entre la cultura de una clase y la de otra, aun cuando éstas coexistan espacialmente, Lomnitz introduce el concepto de “culturas íntimas”, “el conjunto de las

---

<sup>22</sup> Manuel Gamio, *Forjando patria*, México, D.F., Porrúa, tercera edición, 1982.

<sup>23</sup> Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, México D.F., Espasa-Calpe Mexicana, duodécima edición, 1984.

<sup>24</sup> Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, quinta edición, 2020.

<sup>25</sup> Guillermo Bonfil Batalla, *México profundo: una civilización negada*, México, D.F., Secretaría de Educación Pública, primera edición, 1987.

<sup>26</sup> Roger Bartra, *La jaula de la melancolía: identidad y metamorfosis del mexicano*, México, D.F., Grijalbo, segunda edición, 1987.

<sup>27</sup> Cultura debe entenderse como un sistema de significados compartidos socialmente.

manifestaciones reales, regionalmente diferenciadas de la cultura de clase. La cultura íntima es la cultura de una clase en un ambiente regional específico”<sup>28</sup>. A su vez, las culturas íntimas constantemente se encaran unas a otras, dando lugar así a la “cultura de las relaciones sociales”, que es “el campo simbólico en el que se establecen objetivamente las relaciones de poder entre culturas íntimas”<sup>29</sup>.

En el caso poblano, para estudiar a las élites y su dominio tanto material cuanto simbólico, es útil, entonces, entender a la élite avilacamachista como un grupo de personajes que se articulan a partir de la amistad o el parentesco y que logra integrar a miembros de diferentes culturas íntimas: como los empresarios; sacerdotes; líderes sindicales y agrarios; utilizando como eje articulador un discurso mediante el cual pretenden dominar ya no sólo objetiva, sino simbólicamente, a otras culturas íntimas como la de los campesinos o los obreros<sup>30</sup>. De modo que para llevar a cabo un estudio que dé cuenta de la cultura de las relaciones sociales en la Puebla avilacamachista, es necesario delimitar primero a las culturas íntimas a partir de las relaciones objetivas de poder y sus discursos; y, finalmente, las interpretaciones que se le dan a esos discursos.

Ahora bien, en el caso del análisis de las interpretaciones que se le dan a un discurso es, evidentemente, imposible estudiar todas las interpretaciones que las personas hicieron de todos los eventos. Para solucionar este problema me ayudo del trabajo de Marshall Sahlins,

---

<sup>28</sup> Claudio Lomnitz-Adler, *Las salidas del laberinto*, trad. Cinna Lomnitz, México D.F., Planeta, primera edición, 1995, p. 46.

<sup>29</sup> *Ibid.* p. 47.

<sup>30</sup> Vale la pena explicar que, aunque haya empresarios, sacerdotes y líderes sindicales dentro de la élite, estos siguen perteneciendo a la cultura íntima de la que provienen, de modo que estos miembros de la élite sirven como intermediarios entre su grupo original y su grupo destino. Una vez descritas las culturas íntimas, es posible explicar cómo estas se relacionan, siendo ya éste el campo de la “cultura de las relaciones sociales”.

quien propone que para poder identificar las interpretaciones que hicieron los grupos sobre un hecho, es útil seleccionar aquellos que hayan sido elaborados en el espacio público como trascendentales, por ejemplo, el secuestro de William O. Jenkins, un empresario estadounidense miembro de la élite avilacamachista; o una fiesta para celebrar el onomástico del gobernador en la que hay corridas de toros. Mediante el estudio de la interpretación que los distintos grupos hacen sobre este acontecimiento, es posible obtener un retrato de las culturas íntimas<sup>31</sup>.

El trabajo que presento es, sintéticamente, un estudio de la élite avilacamachista a partir de la delimitación de las culturas íntimas que coexistían en la Puebla posrevolucionaria mediante la revisión de su control sobre los recursos, la identificación de los actores relevantes y sus discursos. Mi principal argumento es que, en un período de fuerte inestabilidad política, la figura de Maximino como símbolo, y como gobernante, cimbró a Puebla a tal punto que cohesionó a las élites desde su gobierno y hasta varias décadas después. El gobierno de Maximino es trascendente para la historia de Puebla, pero también para la historia del país, pues el gobernador poblano fue determinante para el viraje que el régimen dio a partir de la llegada de Manuel Ávila Camacho a la presidencia de la República, para empezar, por haber sido un factor determinante para la llegada de “la derecha oficial” al poder, pero también porque encabezaba al grupo de gobernadores que seguían resistiéndose a la influencia del centro.

El trabajo está dividido en tres capítulos. En el primero introduzco el contexto de la Puebla posrevolucionaria, el nacional, y los antecedentes que dieron pie a la constitución de

---

<sup>31</sup> Hay distintos ejemplos de esta manera de estudiar la cultura de los grupos, varios de ellos están presentes en los trabajos de Marshall Sahlins, como el asesinato del capitán Cook a manos de “nativos” hawaianos o la llegada de un niño cubano a Estados Unidos de manera ilegal.

un nuevo cacicazgo. Así mismo, llevo a cabo un recuento histórico sobre cómo se formó el grupo de poder que moldeó Puebla durante los siguientes años y una breve descripción de su constitución. En el segundo capítulo analizo las culturas íntimas poblanas (y su relación con la federación y personajes de otros estados) a partir de la revisión de algunos hechos relevantes (que, como señala Sahlins, se elaboran *a posteriori* como “acontecimientos”). En el tercer capítulo ahondo en el análisis de la élite y en el dominio simbólico que ejerció sobre Puebla mediante la imagen del cacique, Maximino Ávila Camacho.

## Capítulo primero: Perfil de un cacicazgo

*Sueña el rey que es rey, y vive  
con este engaño mandando,  
disponiendo y gobernando;  
y este aplauso, que recibe  
prestado, en el viento escribe;  
y en cenizas le convierte  
la muerte (¡desdicha fuerte!):  
¿qué hay quien intente reinar  
viendo que ha de despertar  
en el sueño de la muerte?*<sup>32</sup>

Existen muchas maneras de leer la historia de México (y la historia en general). Cada una de ellas es importante porque aporta pequeñas piezas de un rompecabezas infinitesimalmente complejo cuyo estudio constante no hace más que añadir elementos que ilustran la realidad social y que permite entenderla con mayor cabalidad. Empero, las maneras de leerla tienen, necesariamente, que privilegiar una perspectiva y poner el acento en algún aspecto concreto, pues quien habla de todo está condenado a no decir nada: “la realidad está conformada por hechos particulares e individuales, pero restringir la historia a la detallada descripción de cada uno de ellos le haría caer en la irrelevancia”<sup>33</sup>.

---

<sup>32</sup> Pedro Calderón de la Barca, *La vida es sueño y El alcalde de Zalamea*, México, D.F., Porrúa, vigésimo tercera edición, primera reimpresión, 2017, p. 57.

<sup>33</sup> Juan Pedro Viqueira Alban, “Los historiadores y la diversidad social” en Guillermo Zermeño Padilla (ed.), *Historia: fin de siglo*, Ciudad de México, El Colegio de México, primera edición, 2016, p. 214.

Cada estudio histórico se enfrenta a un dilema doloroso: ¿dónde poner el acento?, ¿qué aspecto es el más trascendental para comprender un proceso social? Hablar sobre México supone una complejidad que no deriva únicamente de escoger el aspecto a estudiar, como las causas y efectos de un hecho a partir del análisis de la psicología de los protagonistas o un recuento de las realidades sociales y materiales de la época, sino de seleccionar una unidad de análisis. Normalmente se privilegia el entendimiento de la historia de México como una historia nacional, que desdeña la local y regional, o que únicamente la entiende como un reflejo de lo que pasa en el país como un todo o, peor aún, como un amasijo de experiencias que justifican la interpretación general de un período. Es comprensible que exista un ánimo por entender los procesos a partir de una perspectiva generalizadora que dé cuenta de todo lo que ocurrió en el extenso territorio, y, me atrevo a afirmar, es necesaria. Pero no es suficiente.

Es un error pensar que la historia nacional es una nada más. Debería decirse más bien que son muchas porque se compone, al menos, de dos enfoques que son complementarios y que, por separado, no hacen más que mirar un lado de la moneda. La historia nacional comprende dos dinámicas que se compenetran pero que son fundamentalmente distintas, la local y la federal. Son distintas por tres razones esenciales: la primera de ellas es la diversidad geográfica y material de los treinta y un estados de la República y su capital, antes Distrito Federal; la segunda es la diversidad social que, en parte, se deriva de la anterior, pero que, además, es inmanente a todo grupo humano; la tercera, derivada a su vez de las ya mencionadas, es que, hablando de un análisis político y, por lo tanto, de estructuras de poder

como el Estado mexicano, existe una diferenciación legal entre órdenes de gobierno y las organizaciones que constituyen a cada uno<sup>34</sup>.

Es precisamente esta tercera diferencia la más importante porque, si bien las anteriores forman el sustrato de la tercera, es la lucha por el poder al interior de las sociedades y la búsqueda de imponer una forma de organización, la que se ayuda de la diversidad geográfica, material y social, para impulsar, mediante la politización de identidades<sup>35</sup>, un proyecto político. Dicho de otra manera, la historia de México tiene que considerar, si quiere comprender un proceso social, la lucha por el poder, que se desdobra, inevitablemente, en una lucha por los recursos, por el control de las organizaciones y por competencias. Una de las maneras de leer estas constantes confrontaciones sitúa como punto de partida la tensión entre la federación y los estados. Cabe mencionar que la lucha por el poder político ha existido desde la Colonia, pero el diseño institucional en el que se inscribe la élite avilacamachista es el de tres órdenes de gobierno. Como apunta Pansters:

*El hecho de que algunos estados contengan una notable diversidad ecológica, social, económica y étnica no mina realmente el criterio político – administrativo, porque el arte de gobernar al estado se convierte entonces en el de la administración de la diversidad de las clases sociales y los intereses subregionales<sup>36</sup>*

---

<sup>34</sup> Los órdenes de gobierno, así como las organizaciones que se inscriben en cada uno han estado presentes como conceptos y realidades sociales desde el período colonial.

<sup>35</sup> Daniel Posner demuestra que las “diferencias culturales” entre grupos sociales como los Chewas y los Tumbukas, que se presentan como razones para llamar a la gente a la guerra, no son más que la politización de una característica diferenciadora o, en todo caso, la elaboración de un “conflicto étnico” como justificación de una lucha que se explica por otras razones, como la disputa por el territorio.

<sup>36</sup> Wil G. Pansters, *op. cit.* p. 83.

El estudio de la construcción del poder político a nivel regional es la clave no sólo para comprender mejor una región particular, sino para articular y darle sentido a una historia nacional que, en ocasiones, carece de sustrato sobre el cual entenderse. Se trata de demostrar que la historia nacional, que ciertamente tiene una dinámica propia, no es el resultado de un truco de magia, sino de una compleja trama de procesos localizados y concretos.

La historia del avilacamachismo es un ejemplo paradigmático que otorga todas las facilidades para analizar paralelamente la dinámica nacional y la local, en primer lugar, porque la literatura enfocada en lo que ocurría en el gobierno federal durante el período posrevolucionario es bastante amplia<sup>37</sup>. También porque los vínculos entre los actores locales de Puebla y los actores participantes de la esfera federal se hacen aún más evidentes y explícitos cuando estamos hablando de que, el secretario de Guerra, General Manuel Ávila Camacho – quien a la postre se convertiría en Presidente de la República para el período de 1940 a 1946 –; el gobernador constitucional del estado de Puebla, General Maximino Ávila Camacho; el jefe de la policía del estado de Puebla, Gabriel Ávila Camacho; y la cabeza del Partido de la Revolución Mexicana en el estado de Puebla, Rafael Ávila Camacho; todos ellos hermanos, ocupaban estos puestos al mismo tiempo. Cabe mencionar que existen otros casos que son útiles para describir de manera clara y explícita la importancia de estudiar y diferenciar la esfera federal de la local, por ejemplo, contrastando el apoyo que Maximino logró para Manuel durante la campaña presidencial en Puebla de parte de los cromistas, mientras que a nivel nacional la Confederación de Trabajadores de México era la que lo

---

<sup>37</sup> A propósito de las élites resulta particularmente interesante el trabajo de Peter Smith, *Los laberintos del poder*.

abanderaba. Esto llama la atención, puesto que se trataba de dos organizaciones contrapuestas.

El caso poblano no sólo es relevante por la coexistencia de los hermanos Ávila Camacho en distintas organizaciones de diferentes órdenes de gobierno. Llamam la atención también los casos de Juan Andreu Almazán y su hermano Leónides Andreu Almazán, entre otros, que serán detallados más adelante. Es particularmente atractivo porque representa una suerte de realidad paralela que es, sin embargo, completamente opuesta a la realidad de la esfera federal, pero sin llegar al punto de constituir una ruptura, manteniéndose unida por una idea muy poderosa: la de la Revolución como principio rector del quehacer de la vida pública. El dualismo que representan Puebla *vis a vis* la federación es un ejemplo prístino de cómo dos realidades que se oponen, como Dorian Gray y su retrato, logran, aun así, mantenerse fuertemente unidas.

### Fuerzas centrípetas y centrífugas

La búsqueda del poder es una de las fuerzas que impulsan el motor de la historia, pero no es ni la única, ni la más importante. El entendimiento del Estado como un conjunto de estructuras que están dominadas por un soberano (incluso sí ese soberano es el pueblo), como apuntaba Hobbes, es una perspectiva teórica atinada y bastante bien elaborada, pero, como señala Geertz<sup>38</sup> y documenta Centeno<sup>39</sup>, el desarrollo de un Estado moderno entendido de esta forma ha sido una de las condicionantes y también explicaciones del fracaso de países

---

<sup>38</sup> Clifford Geertz, "What is a State if not a Sovereign? Reflections on Politics in Complicated Places, *Current Anthropology*, Vol. 45 (Diciembre, 2004), pp. 577 – 593.

<sup>39</sup> Miguel Angel Centeno, *Blood and Debt: War and the Nation-State in Latin America*, University Park, Pennsylvania State University Press, primera edición, 2002.

que fueron colonias, por consolidarse en la modernidad que la concentración del poder prometía. Separar al Estado de la sociedad es una abstracción eventualmente útil pero errónea porque ignora, o, en el mejor de los casos, obvia, que el primero es un elemento de la segunda, y no un universo distinto. Lo que pasa en la sociedad explica el funcionamiento del Estado tanto cuanto mirar al Estado ayuda a leer una sociedad. “El Estado necesita ser analizado como un efecto estructural (...), no como una estructura en sí misma, sino como el poderoso efecto metafísico de prácticas que crean la apariencia de la existencia de tales estructuras”<sup>40</sup>.

Ahora bien, esta precisión es importante porque da cuenta de la historia del Estado y la concentración del poder en México: sobre todo de la atropellada lucha por organizar el poder político en las postrimerías de la Revolución. En momentos en los que la creatividad e ingenio de los caudillos derivó en soluciones pragmáticas que cristalizaron un aparato funcional para lidiar con las contradicciones entre la idea de un Estado moderno y un régimen democrático. Así mismo, con la persistencia de la organización colectivista de importantes sectores de la sociedad mexicana. Esa creación fue el corporativismo, anclado a un partido político que aglutinó en sus filas a los más importantes líderes revolucionarios para encauzar la lucha violenta en una lucha institucional<sup>41</sup>, el Partido Nacional Revolucionario (PNR). Como reseñaba Vicente Lombardo Toledano, uno de los protagonistas de la formación de ese diseño: “Ninguno de los ideales del movimiento revolucionario armado tenía una

---

<sup>40</sup> Traducción propia de Timothy Mitchell, “The limits of the State: Beyond Statist Approaches and their critics”, *The American Political Science Review*, Vol.85 (Marzo, 1991), p. 94.

<sup>41</sup> A propósito de la violencia cabe destacar que la pacificación del país tomó todavía muchos años, puesto que, pese a que la lucha cada vez se tornaba más institucional, en los primeros años la violencia seguía ejerciendo un papel central en la lucha por el poder, tanto a nivel local cuanto federal. Al respecto puede referirse la elección de Maximino Ávila Camacho como gobernador de Puebla, caracterizada por el intento de magnicidio del candidato opositor, así como la represión y difusión de amenazas a los grupos que lo apoyaban. Pero también puede referirse, por ejemplo, la crónica que hace Gonzalo N. Santos sobre las elecciones presidenciales de 1940, caracterizada por los balazos y las tomas de casillas.

filosofía revolucionaria. Eran gentes compenetradas de los problemas concretos del pueblo de México y de la nación (...). Nunca ha habido un plan (...). La Revolución fue resolviendo problemas muy concretos”<sup>42</sup>.

Es exagerado decir que no había ningún plan, por supuesto. Como un ejemplo explícito puede evocarse el plan sexenal de Lázaro Cárdenas, pero, en esencia, lo que expone Lombardo Toledano es una de las máximas de todo funcionario público y político, la mayor parte de las veces se tiene que lidiar con lo extraordinario, con lo inesperado – sobre todo tratándose de algo tan caótico como una revolución. El político generalmente tiene que ajustarse a una realidad que no preveía el plan original, como le pasó a Lázaro Cárdenas múltiples veces, contando entre ellas el hito de su gobierno, la expropiación petrolera de 1938. Algo que caracterizaba a la “familia revolucionaria” era su peculiar pragmatismo.

Una de las grandes dificultades que la organización de la sociedad en México acarreo desde la Independencia hasta la cristalización del orden posrevolucionario, pasando por la caótica primera mitad del siglo XIX, la República Restaurada y el Porfiriato, es la existencia de lo que se ha bautizado como la tensión entre fuerzas centrípetas y fuerzas centrífugas. Esta no es sino una manera de abstraer la lucha por la autonomía que constantemente ocurre entre los sujetos colectivos de una localidad (o sus representantes<sup>43</sup>) y el centro del país, que busca realizar sus designios a lo largo y ancho del territorio nacional. Otra vez Lombardo Toledano lo expone lúcidamente: “no se puede decir que lo que el Presidente opina todo el mundo lo

---

<sup>42</sup> James Wallace Wilkie y Edna Monzón, *México visto en el siglo XX: entrevistas de historia oral*, México, D.F., Instituto de Investigaciones Económicas, primera edición, 1969., pp. 273 y 274.

<sup>43</sup> Estos representantes no tienen que entenderse necesariamente como representantes democráticamente electos. Pues también pueden ser representantes que se consagraron como representantes a partir de la fuerza y la violencia. Pero, como apuntaba Maquiavelo, todo representante tiene que responder a quienes representa de alguna manera o de otra, aunque esta no sea en los terrenos de la democracia.

acata. Depende de que el presidente de la República no se equivoque y para que no se equivoque necesita conocer la opinión de las fuerzas, de los líderes y de las fuerzas reales de México”<sup>44</sup>. Es decir, el presidente no es un hombre todo poderoso, sino una especie de árbitro que precisa las virtudes que anunciaba Weber, “pasión, sentido de la responsabilidad y medida”<sup>45</sup>. Sobre todo, en un país en el que tantos actores buscan ejercer poder sobre su región, marginando, en la medida de lo posible, al centro. Esta fue una de las grandes virtudes de la República Restaurada y del Porfiriato, puesto que fue durante estos períodos donde, por primera vez, el centro logró imponer progresivamente su voluntad en los estados, pero esto gracias al apoyo de los caciques locales, que fueron cooptados o, en su defecto, remplazados para negociar y responder a los deseos del presidente.

Para ilustrar esto último vale la pena recordar, por ejemplo, la famosa frase utilizada durante la colonia que un funcionario redactaba cuando una orden no podía ejecutarse, “obedézcase, pero no se cumpla”. También, en el sentido contrario, vale la pena mencionar la facultad de disolución de poderes o remoción de los gobernadores de su cargo, herramientas de las que el presidente de la República se valía para lidiar con el caos o la absoluta rebeldía en territorios del país, pero que no utilizaba de manera indiscriminada<sup>46</sup>.

La constante disputa por competencias y por la autonomía que buscan los gobernadores y los caciques se explica por el poder de negociación que se obtiene frente a actores locales, como los empresarios, quienes constantemente aprovechan la tensión entre el presidente y los gobernadores para alinearse con quien comparta sus intereses en

---

<sup>44</sup> *Ibid.* p. 332.

<sup>45</sup> Max Weber, *El político y el científico*, trad. Martha Johanssen Rojas, México D.F., Colofón, cuarta edición, 2000, p. 59.

<sup>46</sup> Rogelio Hernández Rodríguez, *El centro dividido: la nueva autonomía de los gobernadores*, México D.F., El Colegio de México, primera edición, 2008.

detrimento del otro. En el caso poblano, por ejemplo, en el marco del gobierno cardenista, cuyo propósito principal era el reparto agrario, Maximino Ávila Camacho se valió del apoyo del empresario William O. Jenkins a cambio de proteger sus propiedades de la afrenta agrarista del ejecutivo.

Pero esto es algo que también el presidente Cárdenas tenía muy claro, pues, llama la atención que un presidente como él, que promovía la reforma agraria y un corporativismo que privilegiara la influencia de las masas sobre los líderes y no el control de los líderes sobre las masas<sup>47</sup>, al mismo tiempo haya elegido a un personaje como Maximino Ávila Camacho, quien encarnaría a “la derecha oficial”, caracterizado por el rechazo al reparto agrario y la dominación basada en la violencia y la cooptación de líderes sindicales y agraristas. Por supuesto, está presente la posibilidad de que Cárdenas no anticipara la forma de gobernar de Maximino, aunque esta tesis es poco creíble, pues Vicente Lombardo Toledano – quien había cursado la primaria con Maximino y Manuel (todos eran de Teziutlán) – hombre de confianza del presidente, se lo había advertido con antelación. “Hablé con Cárdenas muchas veces. Le dije: Usted se va a arrepentir de imponer a un hombre como éste, que es un irresponsable absoluto”<sup>48</sup>. Tampoco es convincente la tesis de que el presidente no estaba enterado de la manera de gobernar de Maximino, pues hay decenas de cartas que recibió de muy distintos actores quejándose del autoritarismo del gobernador. Es plausible, en cambio, la idea de que el presidente sabía las limitaciones de su poder, y que remover a Maximino era una de ellas, pero esta idea no resulta suficiente, pues, si bien es cierto que Cárdenas estaba en un momento en el que tener aliados era imprescindible para enfrentar al callismo, también es verdad que

---

<sup>47</sup> Rogelio Hernández Rodríguez, *Historia mínima del Partido Revolucionario Institucional*, México D.F., El Colegio de México, primera edición, primera reimpresión, 2016.

<sup>48</sup> James Wallace Wilkie *et. al.*, *op. cit.* p. 352.

tenía más aliados en Puebla que Maximino, para empezar, el candidato opositor en 1937, Gilberto Bosques.

La propuesta de Sergio Valencia Castrejón es aún más convincente para explicar la convivencia de “la derecha oficial” con el gobierno de Lázaro Cárdenas y esa es, sobre la base de que el presidente necesitaba fortalecerse para enfrentar los muy variados retos que tuvo durante su administración: la purga callista, la reforma agraria, la educación socialista, el conflicto con empresarios, la tensión con Estados Unidos como resultado de la expropiación petrolera, entre muchos otros; que una de las formas de mantenerse fuerte ante las alebrestadas fuerzas locales, era actuar como árbitro en una lucha que no estuviera dirigida hacia él, sino entre las propias fuerzas locales. Es decir, incentivando, de una manera muy discreta y casi imperceptible, la lucha ideológica entre los líderes “de izquierda” o más radicales y los “de derecha”, más moderados – pues cabe mencionar que, pese a sus diferencias, todos se situaban dentro del programa revolucionario plasmado en la Constitución de 1917 – Cárdenas lograba contraponer, y de esta manera contrapesar, a las fuerzas regionales. Así el conflicto no se concentraba en oponerse a la voluntad presidencial, sino en colaborar con ella para evitar la incidencia de otras fuerzas regionales a nivel nacional.<sup>49</sup>

De cierta manera, Cárdenas, como buen político y estadista, fue pragmático y renunció a la materialización de sus ideales en algunos puntos del país como Puebla con el propósito de obtener otros objetivos como la progresiva institucionalización del régimen, que había comenzado en 1929 con la fundación del Partido Nacional Revolucionario; “fue capaz

---

<sup>49</sup> Sergio Valencia Castrejón, *Poder regional y política nacional en México: El gobierno de Maximino Ávila Camacho en Puebla (1937 – 1941)*, México D.F., Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, primera edición, 1996.

de acabar con los caciques posrevolucionarios pero con el apoyo de líderes locales que construyeron formas de control político muy cercanas en sus prácticas tradicionales”<sup>50</sup>. Este es el caso de Maximino Ávila Camacho en Puebla, pero también el de Gonzalo N. Santos en San Luis Potosí o Gilberto Flores Muñoz en Nayarit, caracterizados por el uso de prácticas tradicionales, pero también distinguidos de los caciques clásicos por su sujeción al orden institucional. De allí que Rogelio Hernández distinga entre caciques y “hombres fuertes”<sup>51</sup>.

La distinción entre caudillos, caciques y “hombres fuertes” podría parecer un debate ocioso, pero es fundamental establecer las diferencias entre estos conceptos para comprender el proceso de modernización e institucionalización del Estado mexicano. Normalmente se identifica a los primeros como “señores de la guerra”<sup>52</sup>, a los segundos como “jefes políticos” que ejercen el papel de intermediarios, y a los terceros como una suerte de caciques modernos que se distinguían de los tradicionales no por su papel en el sistema político como intermediarios sino por su sujeción al orden institucional. Cabe mencionar que el respeto de los “hombres fuertes” por el orden institucional se puede explicar no por su buena voluntad y confianza en las instituciones, sino por el poder político que el centro había adquirido mediante el corporativismo y la canalización de los conflictos en el partido hegemónico, logrando de esta manera contar con suficientes incentivos, positivos y negativos, para

---

<sup>50</sup> Rogelio Hernández Rodríguez, *Presidencialismo y hombres fuertes en México: la sucesión presidencial de 1958*, México D.F., El Colegio de México, primera edición, 2015.

<sup>51</sup> Los segundos se diferencian de los primeros por su anexión al orden institucional y su respeto por las reglas. Una de esas reglas, y de las más visibles, es la institución del “dedazo presidencial” en la que la selección del sucesor presidencial tiene que acatarse pacíficamente para evitar ser purgado del grupo en el poder.

<sup>52</sup> Alan Knight y Will G. Pansters (ed.), *Caciquismo in the twentieth-century Mexico*, Lancashire, Institute for the Study of the Americas, primera edición, 2005, p. 11.

condicionar la lealtad y los costos del conflicto de los caciques locales y gobernadores estatales.

Más adelante ahondaré en los debates conceptuales a propósito del caudillismo y el caciquismo. Por el momento baste con la definición de cacique de Xavier Guerra, que es útil porque aduce, en primer lugar, la contradicción entre la formación de un Estado moderno cuya base es la existencia de los individuos rousseauianos<sup>53</sup> y una realidad social “tradicional”, caracterizada por la proliferación de sujetos colectivos; y, en segundo lugar, la comprensión del poder como “una relación y no un atributo de los actores”<sup>54</sup>: “el cacique es el intermediario entre dos mundos culturales”<sup>55</sup>. El primer mundo es una ficción que se asume como realidad porque se plasma en la ley, y el segundo es una realidad social, práctica. Quien se encarga de vincular estos dos mundos heterogéneos es el cacique, que, en su rol de intermediario, encuentra su fuente de poder. Por supuesto, esto en la medida en la que siga siendo útil para los dos mundos en los que participa. Mientras logre representar a ambos mundos, obtener concesiones de forma bidireccional para mantenerlos contentos y permanezca como un actor útil a los ojos de todos, su poder se mantendrá intacto. A su vez, la definición de Michel Crozier de poder es fundamental en tanto que explica la capacidad de los sujetos, individuales o colectivos, de “hacer que A haga lo que B quiere”<sup>56</sup> a partir de

---

<sup>53</sup> Jean Jacques Rousseau, *El contrato social*, México D.F. Universidad Nacional Autónoma de México, cuarta edición, 1984.

<sup>54</sup> Michel Crozier y Erhard Friedberg, *L'acteur et le système : les contraintes de l'action collective*, París, Éditions du Seuil, primera edición, 1977, citados por Xavier Guerra, *op. cit.*, p. 126.

<sup>55</sup> François – Xavier Guerra, *op. cit.* p. 17.

<sup>56</sup> Definición tradicional de poder en la ciencia política. Véase la propuesta sobre el tercer enfoque del poder de Steven Lukes en su libro, *Power: a radical view*, donde el autor critica la definición tradicional por considerarse como un ejercicio de una facultad y no como una capacidad que, además, no siempre se traduce en un ejercicio de dominación.

su posición en un mapa de relaciones sociales y no únicamente de sus recursos materiales, que también son fuentes principales.

Entonces, la existencia de “fuerzas centrípetas” y “fuerzas centrífugas” se debe a la necesidad de los distintos actores – individuales o colectivos – por hacerse con el control de recursos y por limitar la influencia del gobierno central en sus asuntos para poder organizarse como consideren que mejor convenga a sus intereses. Un ejemplo en el que se ahondará más adelante es el de las comunidades campesinas dentro y alrededor de los territorios del hacendado William O. Jenkins, que

*hacían suyas las nociones de igualdad y justicia social de la burocracia posrevolucionaria, al mismo tiempo que rechazaban la intromisión del gobierno en la regulación (...), objetaban simultáneamente aquellas medidas de Jenkins que afectaban su autonomía, mientras que establecían alianzas o convenios con éste para mejorar su posición dentro del espacio social, al lograr mayor control de recursos productivos y obtener obra pública que favoreciera su integración a la sociedad nacional<sup>57</sup>*

Es imposible que alguna de estas fuerzas (centrípetas y centrífugas) domine por completo a la otra, pues la extensión del territorio y la diversidad de intereses siempre presentará contingencias en las que el centro pueda imponer su mando o en las que los gobernadores puedan negociar prerrogativas en su favor. Durante los gobiernos poblanos de entre 1937 y 1957 hubo muchas coyunturas en las que la fortuna favoreció a uno u otro lado, sin embargo, durante la constitución del cacicazgo de Maximino Ávila Camacho, prevaleció la sujeción al mando presidencial, depositario del apoyo de gran parte de las fuerzas reales de la nación a partir de su identificación como cabeza de un aparato institucional que incluía

---

<sup>57</sup> Francisco Javier Gómez Carpinteiro, *Gente de azúcar y agua: modernidad y posrevolución en el suroeste de Puebla*, México, primera edición, 2003, p. 18.

no sólo la jefatura de Estado y de gobierno, sino el control del partido, de las fuerzas armadas y de los gobiernos locales<sup>58</sup>. También por ser el director (como cualquier otro presidente) de la materialización de los ideales revolucionarios, que, argumento, formaron la pauta moral que permitía articular todos los órdenes locales y el federal.

También es importante subrayar que el nuevo gobernador, Maximino, aprovechó una coyuntura que exigía la dedicación de Cárdenas a asuntos más urgentes, logrando así que el presidente aceptara la formación de un núcleo de poder con base en Puebla que no rivalizaría con el centro pero que sí se arrogaría suficientes licencias como para convertirse, en términos de políticas, en un gobierno ideológica y programáticamente opuesto al federal. Teniendo esto en cuenta, resulta casi obvia la influencia que tuvo el cacique poblano, no necesariamente consciente, en la selección de Manuel Ávila Camacho como sucesor de Lázaro Cárdenas del Río.

### Antecedentes

Puebla, al igual que otras regiones del país, logró entrar en una fase de modernización destacable durante el Porfiriato, caracterizada por la construcción de infraestructura eléctrica y de transportes, como caminos o carreteras, pero también vías férreas. El presidente sabía que la modernización era un elemento fundamental para extender la influencia del centro, pues al mismo tiempo que el estado se vuelve más capaz de aprovechar sus recursos y fortalecerse, su lejanía del centro disminuye en términos de tiempo de traslado y transmisión

---

<sup>58</sup> Vale la pena recordar que Cárdenas logró colocar a partidarios suyos en la mayoría de las gubernaturas a partir de la remoción de personajes leales a Plutarco Elías Calles.

de mensajes. La información y las personas viajan más rápido. Entonces, el poder de los caciques se ve mermado y, aunque siguen mediando entre dos mundos, ya no son el único canal que existe. La disputa por el poder se agudiza a nivel local, pero también contra el centro. El mejor ejemplo de cómo la modernización se tradujo en oportunidades para luchar por el poder es la utilización de los ferrocarriles por las fuerzas revolucionarias. El centro disminuye las resistencias a su influencia en las regiones del país, pero también se vuelve más susceptible a las influencias de los estados.

Las bases objetivas del poder estaban transformándose, los recursos cambiaban de manos. Esto ocurrió al menos en dos campos nodales en la estructura económica de Puebla, la industria textil y la posesión de la tierra. A pesar de los esfuerzos por redistribuir la tierra a partir del reparto agrario, la propiedad sobre grandes extensiones territoriales en Puebla seguía estando en manos de latifundistas porfiristas, la mayoría de ellos de origen español:

*los Díaz Rubín, los Conde y Conde, los Rivero Quijano, los Gavito Méndez, los Artasánches y los Villar. Estas seis familias controlaron tres cuartas partes de las fábricas textiles grandes y medianas durante las primeras décadas [del siglo XX]. Este grupo de familias industriales tenía, por lo demás, grandes intereses como haciendas, y a veces también otras actividades económicas como las bancarias<sup>59</sup>*

Pero esto fue cambiando lentamente. Como apunta Crozier<sup>60</sup>, las situaciones de incertidumbre son propicias para quienes pueden y saben aprovecharlas para sacar ventaja. No hay mayor situación de incertidumbre que una guerra. Al respecto es importante la llegada de un empresario norteamericano a México a principios de siglo, todavía durante el

---

<sup>59</sup> Wil G. Pansters, “Industrialización e Industriales de Puebla”, en Carlos Alba Vega (coord.), *Historia y desarrollo industrial de México*, México, D.F., Confederación de Cámaras Industriales, primera edición, 1988, p. 200.

<sup>60</sup> Michel Crozier y Erhard Friedberg, *L'acteur et le système : les contraintes de l'action collective*, París, Éditions du Seuil, primera edición, 1977.

Porfiriato, William O. Jenkins. Este personaje es relevante por varias razones, una de ellas es que incursionó primero en la industria textil y luego se hizo de tierras. Muchas de las adquisiciones de tierras se derivaron de deudas que la mermada élite de familias españolas, que un principio despreciaban al personaje, se había visto forzada a liquidar con la venta de haciendas y grandes extensiones territoriales. Jenkins es un ejemplo de cómo la incertidumbre y la astucia para aprovecharla pueden resultar en una radical redistribución del poder económico (y político). En este caso, la gran ventaja provino de su situación de extranjero, pues, teniendo el conocimiento y la capacidad para jugar con la moneda de su país de origen (Estados Unidos) y la de su país de residencia (México), aprovechó la proliferación de monedas mexicanas (cuyo único reconocimiento era el de los caudillos que las emitían) para especular y obtener millonarias ganancias que en ese momento no provenían de sus negocios en Puebla precisamente debido a la guerra. Esta diferencia de opciones fue la que no tuvieron otros empresarios que, poco a poco, fueron relegados a segundo plano por el poderío del norteamericano<sup>61</sup>.

Es importante subrayar la coincidencia de la propiedad territorial con el dominio de negocios como la industria textil, pues da cuenta de la necesidad que tenían los grandes propietarios de diversificar sus actividades económicas y de controlar, si no es que todos, diferentes eslabones de la cadena de producción, constituyendo así oligopolios y asegurándose de tener las materias primas, las máquinas para transformarlas y las cadenas de distribución. Todas estas, por supuesto, con mano de obra con salarios bajos y estables. Además,

---

<sup>61</sup> Andrew Paxman, *Jenkins of Mexico: How a Southern Farm Boy Became a Mexican Magnate*, New York, Oxford University Press, primera edición, 2017.

*Puebla conoció un crecimiento industrial substancialmente más grande que el resto de la República [entre 1892 y 1902], lo cual se debía a un conjunto de factores específicos y regionales (...). En primer lugar, una localización geográfica favorable entre el puerto de Veracruz (...) y la Ciudad de México (...). En segundo lugar, tenía Puebla una larga tradición como centro industrial y comercial, por lo cual poseía una reserva de mano de obra calificada y barata; canales de distribución y conocimientos<sup>62</sup>*

La ubicación de Puebla como paso entre el puerto de Veracruz y la capital siempre constituyó una enorme ventaja estratégica para el estado, al punto que, durante los primeros años de la colonia, en los que la Ciudad de México padecía de constantes inundaciones, se consideró trasladar la capital a la próspera Puebla de los Ángeles<sup>63</sup>. Como he expuesto, muchas de esas ventajas se traducían en beneficios económicos, pero estos no eran los únicos. Desde luego, estaban los beneficios políticos, pues la posición representaba, en términos militares, una gran ventaja para quien la ocupara, ya fueran fuerzas del gobierno o de alguna rebelión. La ubicación del estado tan cerca de la capital, y siendo un punto de paso obligado para casi cualquier fuerza del occidente del país (incluyendo la de los franceses en la invasión del siglo XIX), así como de las importaciones y exportaciones, le daba un valor único en los planes de guerra y los mapas de los generales. En 1930 sólo había tres carreteras que conectaban otros estados con la Ciudad de México, una desde Acapulco, que atravesaba Guerrero y Morelos; una que atravesaba Hidalgo y el Estado de México, y otra que iniciaba en el puerto de Veracruz y que atravesaba la zona central de Puebla, donde se concentran las llanuras<sup>64</sup>. Pero al interior del estado también existen distintas posiciones que ofrecen

---

<sup>62</sup> *Ibid.* pp. 199 y 200.

<sup>63</sup> Leonardo Lomelí, *Breve historia de Puebla*, México, D.F., El Colegio de México y Fondo de Cultura Económica, primera edición, 2001.

<sup>64</sup> Arturo Valencia Islas, *El descarrilamiento de un sueño: historia de Ferrocarriles Nacionales de México, 1919 – 1949*, México D.F., El Colegio de México, primera edición, 2017.

variadas ventajas. Por ejemplo, la sierra norte del estado, que es importante por ser un espacio amplio en el que es difícil concentrar el poder por la inaccesibilidad del terreno. Otro ejemplo es la región central, cuya ubicación ventajosa estriba en concentrar llanuras y tierra fértil de riego, donde pasan ríos como el Nexapa o el Atoyac, que valorizan aún más las tierras por asegurar el abasto de agua (a diferencia de otras tierras igual de fértiles y extensas pero que son de temporal, es decir, que dependen del clima).

La importancia de Puebla era muy bien conocida por el presidente Porfirio Díaz, además de las razones mencionadas, por la épica que se forjó sobre la batalla de Puebla del 5 de mayo de 1862, donde las fuerzas francesas dirigidas por el conde de Lorencez fueron repelidas por el ejército mexicano. Siendo esta victoria una hazaña debido a la disparidad de fuerzas y la debilidad de un ejército cuya composición mayoritaria era la leva<sup>65</sup>, el liberalismo triunfante la asumió como un acontecimiento destacado y simbólico<sup>66</sup>. Mantener Puebla controlada y satisfechos a caciques como "los tres juanes" de la sierra, constituyó una de las prioridades del también condecorado por su participación en esta batalla. Durante el Porfiriato, el estado fue gobernado por dos personajes importantes, el primero, un veterano liberal, Rosendo Márquez, y el segundo, un personaje autoritario y corrupto, Mucio P. Martínez. Empero, prevalecieron los tratos con caciques como Juan Francisco Lucas, jefe

---

<sup>65</sup> Héctor Strobel del Moral, *El ejército liberal durante la revolución de Ayutla y la Reforma, 1854-1861*, tesis, Ciudad de México, El Colegio de México, 2020.

<sup>66</sup> Un ejemplo de la importancia que tenía la batalla de Puebla como gesta heroica no sólo durante el Porfiriato sino en los años posrevolucionarios y hasta la fecha, es la película *Mexicanos al grito de guerra*, en la que en los créditos está, por cierto, un agradecimiento explícito a quien era Secretario de Comunicaciones y Obras Públicas, Maximino Ávila Camacho. En esta queda muy clara la idea de esta batalla como un momento fundacional de la historia de México, pues, aunque se reconoce la manipulación de los hechos con un propósito dramático, en la película la primera vez que se entona el himno nacional en la historia de México, es durante la batalla. En esta escena los heridos se revigorizan y reanudan la pelea después de escuchar y entonar el himno, siendo este el momento en el que los franceses deciden retirarse.

político de la sierra norte y veterano de la guerra de intervención<sup>67</sup>. La mención de estos personajes no es importante por otra razón que por el control que ejercieron sobre el estado, imprimiéndole un orden autoritario, pero en términos generales, pacífico, como solía ser durante el período porfirista identificado con el lema de “orden y progreso”. Como es lógico, con la guerra civil el orden pacífico se disolvió, habiendo grandes migraciones, muertes y depresiones en la economía, desempleo masivo e incertidumbre constante. Como ejemplo puede considerarse la formación de guardias blancas por parte de hacendados para protegerse de las fuerzas revolucionarias.

Tras los primeros años de la revolución, se promulgó, en 1917, durante el mandato de Cesáreo Castro, la nueva Constitución de Puebla, que “consagró la desaparición de los distritos como unidad política y administrativa intermedia entre los estados y los municipios y, por consiguiente, de los jefes políticos que tan poderosos habían sido en el pasado”<sup>68</sup>, también la Ley Orgánica Municipal y la Ley del Municipio Libre. Estos hechos dan cuenta de la reorganización política y de la administración pública del estado, pero todavía en un contexto de guerra. La pacificación del país y del estado todavía tomaría tiempo. La eliminación de los distritos y jefes políticos da cuenta de un proceso de centralización del poder que se derivó de la guerra pero que fue lento. Otro evento importante en este proceso ocurrió cuando Donato Bravo Izquierdo, quien fue más tarde miembro de la élite avilacamachista<sup>69</sup>,

---

<sup>67</sup> Guy P.C. Thomson, “El fin de La Montaña: Juan Francisco, Lucas, Xochiapulco y la defensa del liberalismo popular durante el Porfiriato y la Revolución: 1878 – 1917” en *La sierra de Puebla en la política mexicana del siglo XIX*, México D.F., Educación y Cultura, Asesoría y Promoción, primera edición, 2010, pp. 131 – 152.

<sup>68</sup> Lomelí, *op. cit.* p. 322.

<sup>69</sup> Enrique Cordero y Torres, *Diccionario Biográfico de Puebla*, México D.F. Centro de Estudios Históricos de Puebla, 1972, vol. 1, pp. 115 y 116.

*promovió la conformación de un gran partido revolucionario en el estado, por lo cual convocó a una reunión a principios de marzo de 1928 (...) entre las distintas fuerzas políticas de la entidad que se reconocían a sí mismas como revolucionarias, con el propósito de definir los postulados generales del nuevo partido*<sup>70</sup>

Llama la atención la fecha en la que esto ocurrió: cuatro meses antes del asesinato de Álvaro Obregón y de que se comenzara, como respuesta a la inestabilidad que se generó con la muerte del líder más importante y popular que quedaba<sup>71</sup>, la construcción de un partido nacional, el Partido Nacional Revolucionario (PNR). La gran creatividad de Plutarco Elías Calles y la habilidad política de Emilio Portes Gil tenían antecedentes.

Al igual que a nivel nacional, el proceso de concentración del poder en los estados fue lento y duró varios años. Desde 1911 y hasta 1929 no hubo un solo gobernador que completara el período de cuatro años. La poca duración de los ocupantes del cargo público se debía a la volatilidad política a nivel nacional, pero también a la local, y a la incapacidad para construir alianzas y acuerdos duraderos. En estos años desfilaron personajes que seguirían siendo importantes en la política poblana pero que, con sus cortos gobiernos, demostraron su incapacidad para formar un grupo lo suficientemente poderoso para mantenerse. Por ejemplo, Froylán Manjarrez, quien fue depuesto por apoyar la rebelión delahuertista; Vicente Lombardo Toledano, quien renunció al cargo por la presión que “las fuerzas reales” ejercieron sobre él y sobre Obregón, que era quien lo había colocado en el puesto; y Donato Bravo Izquierdo, cuya importancia ya fue mencionada.

---

<sup>70</sup> Lomelí, *op. cit.* p. 350.

<sup>71</sup> Arnaldo Córdova, *La ideología de la revolución mexicana: la formación del nuevo régimen*, Ediciones Era, UNAM, México, primera edición, 1984.

A propósito de la incapacidad de los gobernadores para fortalecerse ante el río revuelto que era el estado de Puebla, es pertinente atraer una anécdota ilustrativa. Lombardo Toledano relata que durante su período como gobernador (1923), se enfrentó a las familias españolas latifundistas, que se oponían al reparto agrario – con Ezequiel Padilla<sup>72</sup> abanderando sus demandas – y a los dueños de fábricas, cuya fuerza descansaba en la formación de sindicatos blancos (grupos de choque). Cuando Lombardo Toledano fue llamado por el secretario de gobernación, fue muy directo con él:

*Lo que quiere el Presidente de la República es que yo deje el gobierno de Puebla. Muy bien (...); pero sí quiero decirle algunas cosas. El estado de Puebla, y me imagino que los demás Estados de la República, están en la misma situación, está muy atrasado (...). Yo traté de aplicar la Constitución en Puebla; pero la oposición surgió de todos lados contra mi labor: del seno del grupo revolucionario<sup>73</sup>*

En los años anteriores a la llegada de Maximino Ávila Camacho al gobierno del estado, hubo una cruenta y continua disputa por el poder en la que, empero, ningún actor o coalición fue capaz de aglutinar los suficientes apoyos u obtener la suficiente fuerza para repeler a los grupos menos fuertes o temporalmente perdedores. El primer gobernador desde Mucio P. Martínez que logró casi terminar su período constitucional fue Leónides Andrew Almazán, pues tuvo que renunciar cuatro semanas antes de que su período terminara. Al respecto es importante mencionar que su hermano, Juan Andrew Almazán, había sido comandante de operaciones militares en Puebla. Este dato revela la importancia de la fuerza de las armas como elemento central en la constitución del poder político tanto informal

---

<sup>72</sup> Ezequiel Padilla es un personaje muy importante por su participación dentro del grupo de Gonzalo N. Santos en favor de la candidatura de Manuel Ávila Camacho en 1940 y por ser uno de los principales presidenciables en 1946.

<sup>73</sup> James Wallace Wilkie *et. al.*, *op. cit.* p. 268.

cuanto formal, pues algo parecido se puede decir de la construcción del poder de Maximino Ávila Camacho, quien fue también jefe de operaciones militares, pero en una coyuntura distinta.

Cuando me refiero a Puebla como una especie de reflejo transfigurado de lo que pasa a nivel nacional, uno de los mejores ejemplos para fundar esa afirmación es la diferencia entre las banderas de Leónides Andrew Almazán como gobernador en Puebla y las de su hermano, que era llamado por Gonzalo N. Santos, “el Judas Iscariote de la reacción”. El gobierno de Leónides (1929 – 1932) se caracterizó por el fortalecimiento de ligas y organizaciones agrarias, así como por el impulso al reparto agrario (hizo una “redistribución sin precedentes de 520,000 acres, algunas de esas tierras eran de irrigación”<sup>74</sup>). Su gobierno es destacable no sólo por durar los cuatro años que le correspondían, sino que es aún más impresionante que esto ocurriese precisamente en un gobierno que se oponía a los grandes intereses económicos y predominantes de la región. Empero, él mismo cultivó las armas que sus enemigos utilizaron en su contra cuando llegó el momento de la sucesión. Las masas de las que tanto se había apoyado y a las que quiso agrupar en organizaciones como la Confederación Campesina Emiliano Zapata<sup>75</sup> le dieron la espalda y apoyaron a un candidato conservador, José Mijares Palencia<sup>76</sup>. Almazán protagonizó un primer momento de estabilidad y consolidación de la autoridad política, pero demostró que el apoyo de las masas era insuficiente a pesar de su intento por institucionalizarlo.

---

<sup>74</sup> Traducción propia de Paxman, *op. cit.* p. 198.

<sup>75</sup> Que se convirtió en una poderosa organización con fuerte influencia política en el estado y que le representó a Maximino Ávila Camacho más que una piedra en el zapato en su atropellado arribo a la gubernatura en 1937.

<sup>76</sup> *La candidatura del General José Mijares Palencia: datos y documentos de una campaña popular*, Puebla, Rivadeneyra, primera edición, 1932.

A la disputa por el poder entre distintas facciones hay que sumar la lucha al interior de la sección poblana de la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), que desde un año antes de que Almazán llegara a la gubernatura del estado, se dividió entre dos corrientes que buscaban dirigir y embeber a la organización con sus demandas.

*La primera corriente, encabezada por Limón y que perseguía una línea reformista, continuó existiendo con el nombre de Confederación de Sindicatos; a su vez, la facción radical y disidente, encabezada por Escamilla y Coca, fundó la Confederación Sindicalista (...). A partir de 1929, el bando disidente empezó a ser el dominante en la ciudad de Puebla, y la debilitada CROM se retiró a ciudades más pequeñas, como Cholula, Atlixco y San Martín Texmelucan<sup>77</sup>*

El conflicto al interior de la organización sindical más importante de ese momento en México, y por consiguiente en Puebla, revela, en primer lugar, distintas visiones de cómo debían atenderse los problemas del estado y de la posición que debía tomarse frente a otros actores poderosos, en este caso, un sindicato ante los patronos y grandes propietarios. Al mismo tiempo, revela el muy bien desarrollado olfato político de personajes que notaron rápidamente que las organizaciones sindicales serían al mismo tiempo un importante vehículo para hacer demandas y obtener concesiones, pero también para constituirse como importantes actores políticos, intermediarios, caciques sindicales. Algunos de estos personajes fueron protagonistas años después, ya sea por ser rivales de Maximino Ávila Camacho (y por ello ser completamente marginados del poder) o por ser sus aliados, convirtiéndose así, al mismo tiempo, en sus bases políticas y hombres de confianza.

---

<sup>77</sup> Wil. G. Pansters, *op. cit.* p. 120.

Los hechos anteriores a la constitución de la élite avilacamachista muestran la existencia de élites poco unidas que concentran en sus manos fuerzas considerables, pero que son incapaces de unificarse y de compartir el poder. Las élites y las tendencias oligárquicas siempre están presentes en cualquier grupo humano, sobre todo, cuando esos grupos son extensos. “La formación de minorías de decisión es un desarrollo inevitable en cualquier acción colectiva organizada. Lo que define el carácter democrático de estos grupos no es el número de sus integrantes, sino su representatividad y el sentido de su participación”<sup>78</sup>. Esta frase está incompleta, pues la democracia tiene muchos otros atributos que sólo la representatividad<sup>79</sup>. El corporativismo que se comenzó a formar durante estos años, o la representatividad de las élites que aportaban miembros a la élite avilacamachista, no pueden llamarse democráticas, es más, se insertan en uno de los gobiernos más autoritarios de la época. Pero dejando de lado por un momento la discusión sobre el carácter democrático de la élite y del régimen, sí es importante rescatar su representatividad, pues cada grupo abanderaba una causa y sus élites sustentaban su influencia en la representación de esa causa. Por ejemplo, la lucha entre una facción radical y una reformista al interior de la CROM, derivó en el fraccionamiento de esta organización y el nacimiento de una nueva, el Frente Regional de Obreros y Campesinos (FROC). El conflicto entre estas dos organizaciones fue uno de los eventos que permitió que Maximino llegara al poder, puesto que decidió aliarse con una bajo la promesa de aplastar a la otra.

El gobierno de José Mijares Palencia (1933 – 1937) también duró cuatro años, pero se caracterizó por el auge del bandolerismo, que se había originado en las luchas agrarias

---

<sup>78</sup> Soledad Loaeza, “La rebelión de las élites”, *Estudios Sociológicos*, vol. 19, núm. 56, 2001, p. 364.

<sup>79</sup> Baste con recordar las características de la democracia como un tipo ideal de Juan Linz o el concepto de poliarquía de Robert Dahl.

incentivadas durante el mandato de Almazán. El estado todavía era “predominantemente rural”<sup>80</sup> pero ya estaba encarrilado el proceso de concentración del poder y la recuperación económica y demográfica.

*El censo de 1910 había arrojado una población de 1 102 000 habitantes, mientras que el de 1921 registró 1 025 000, lo que representaba una reducción de alrededor de 7% en 11 años. Sin embargo, la mejor muestra de que la inestabilidad política de los años veinte no estuvo reñida con la paulatina recuperación económica es el repunte demográfico de la entidad, que para 1930 ya contaba con 1 115 000 habitantes<sup>81</sup>*

Fue durante el gobierno de Mijares Palencia que Maximino Ávila Camacho comenzó a construir no sólo su candidatura, sino su poder como tal. Pero, así como la historia nacional no puede entenderse sin considerar la local, tampoco puede entenderse la local sin mirar la nacional. La principal razón para descifrar por qué Mijares Palencia no logró, siendo un personaje cercano ideológicamente a Maximino, consolidarse como el líder indiscutible de un nuevo grupo de poder, tiene que ver con el conflicto de Cárdenas con Calles. Pueden argumentarse distintas razones de por qué Almazán y Mijares Palencia fracasaron como fundadores de una nueva élite, algunas de ellas ya fueron expuestas en este apartado, pero falta una de las más importantes, gobernaron en el momento equivocado. Maquiavelo lo tenía muy claro, un buen político es aquel que goza de virtud y fortuna<sup>82</sup>. A continuación, detallo por qué el contexto nacional y la coyuntura cardenista fueron fundamentales para la consolidación de un poder regional conformado por un conjunto de hombres a quienes identifico como la élite avilacamachista.

---

<sup>80</sup> Lomelí, *op. cit.* p. 352.

<sup>81</sup> *Ibid.* p. 354.

<sup>82</sup> Nicolás Maquiavelo, *El Príncipe*, México, D.F., Tomo, tercera edición, 2013.

## Contexto nacional y local

Como se ha detallado, los primeros años del régimen posrevolucionario en Puebla se caracterizaron por la inestabilidad política, la violencia y, eso sí, una lenta pero continua recuperación económica y demográfica, así como por la reconstrucción de la infraestructura y la modernización de transportes, comunicaciones, energía eléctrica e infraestructura productiva. También se caracterizó por la continua disputa por el poder político y por el surgimiento de nuevas y creativas estrategias para concentrar el poder tales como la creación de corporaciones y partidos.

A nivel nacional la situación no era tan distinta, aunque los procesos eran, sorprendentemente, más veloces que a nivel local. Una de las razones que explican la estabilización del régimen mexicano es que “ninguno de los intelectuales del poder se propuso cambiar el modelo de sociedad y de Estado que la Revolución había diseñado en la Constitución de 1917”<sup>83</sup>. Es decir, a pesar de que existían importantes diferencias en las maneras de gobernar de los caudillos, gobernadores y presidentes, así como su visión a propósito de la forma de materializar las promesas de la Revolución y la moderación o radicalismo con que las promovían, todos se ceñían a una misma figura que les proveía de legitimidad: en primer lugar, la Revolución como concepto, y en segundo lugar, su más importante producto en términos institucionales, la Constitución de 1917. Si algo había dejado claro la guerra era que nadie que se opusiera a la idea de Revolución tenía posibilidad

---

<sup>83</sup> Rafael Loyola Díaz, “Manuel Ávila Camacho, un nuevo estilo en el ejercicio del poder” en Carlos Martínez Assad, *Estadistas, caciques y caudillos, México*, Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, primera edición, 1988, p. 122.

alguna de ganar. Empero, la lucha no consistía en estar a favor o en contra de la Revolución, al menos no desde que Victoriano Huerta perdió el poder, sino en dotarla de contenido. Todos eran revolucionarios, pero unos eran más revolucionarios que otros<sup>84</sup>.

Recordaba Dante que “el arte humano sigue a la naturaleza hasta donde le es posible”<sup>85</sup>. Geertz, por su parte, señalaba que: “Las sociedades contienen en sí mismas sus propias interpretaciones. Lo único que se necesita es aprender la manera de tener acceso a ellas”<sup>86</sup>. Las sociedades se cuentan a sí mismas historias que ayudan a mirarse y comprenderse; pero también a explicarse la razón de las cosas. Con respecto al concepto de Revolución y la figura de Pancho Villa, resulta interesante la película de Fernando de Fuentes, *¡Vámonos con Pancho Villa!*, que retrata la guerra de una manera romántica y trágica. Esta película de 1936 sigue la historia de un grupo de amigos autonombrados “Los leones de San Pablo” que deciden, en un estado de embriaguez optimista y también temerosos de la llegada de los federales al pueblo, unirse a las fuerzas de Villa, dejando atrás su vida, amigos y familia. A lo largo de la película cada uno de los fieros hombres muere como resultado de la guerra, la enfermedad y la superstición. Me detengo un momento porque esta historia de cuenta de la idea de la Revolución que se fue construyendo como una cruzada en la que los héroes que se sacrificaron por un mejor país deben ser honrados y, por lo tanto, se vuelve imposible traicionar a la Revolución. Porque la Revolución es, en sí misma, la encarnación del sacrificio de héroes valientes que dieron su vida por una serie de ideales,

---

<sup>84</sup> Al respecto resulta interesante la admiración y nostalgia de personajes del régimen vencedor, por la figura de Francisco Villa como personaje fundacional del régimen a pesar de que el proyecto que encabezaba había sido derrotado por el ejército Constitucionalista. Por supuesto, la Revolución en su conjunto no se puede entender sin la participación de Villa, para empezar, porque fue si no el jefe militar más decisivo, al menos uno de ellos.

<sup>85</sup> Dante Alighieri, *La divina comedia*, México, D.F., Editores Mexicanos Unidos, primera edición, 2013, p. 50.

<sup>86</sup> Geertz, *op. cit.* p. 372.

que, eso sí, se plasmaron en la Constitución pese a las posiciones moderadas de personajes como Carranza o Félix Palavicini. También resulta revelador que los personajes vayan extinguiéndose uno a uno, casi como si fuera una analogía de la muerte de los líderes revolucionarios a lo largo de los años: Madero, Zapata, Villa, Carranza y Obregón. Pues, como ha sido referido, el último caudillo con extraordinario carisma murió asesinado por José de León Toral en 1928.

La fundación del Partido Nacional Revolucionario respondió a una urgencia por evitar otra guerra entre facciones e institucionalizar la lucha por el poder político. El proceso de institucionalización del Estado mexicano comenzó con la Constitución de 1917 pero no se detuvo desde entonces. Venustiano Carranza dirigió la fundación del nuevo régimen, Álvaro Obregón inició la construcción del país, Plutarco Elías Calles institucionalizó al Estado – mediante la fundación de nuevas organizaciones, como el Banco de México, que poco a poco recuperó el control sobre la emisión de moneda – y Lázaro Cárdenas le añadió la participación de las masas mediante un rediseño del corporativismo vislumbrado por el jefe máximo.<sup>87</sup>

Me interesa detenerme en el conflicto que se suscitó entre estos dos últimos, Calles y Cárdenas, porque la llegada de Maximino Ávila Camacho a la gubernatura de Puebla en 1937 responde, entre muchos otros factores que se enunciarán más adelante, a la necesidad del presidente Cárdenas por consagrarse (y a la investidura presidencial) como la autoridad en términos tanto formales cuanto reales. Hay que recordar que, desde el asesinato de Álvaro Obregón, quien llenó el vacío de poder fue Calles, mediante el control del PNR y de la CROM

---

<sup>87</sup> Javier Garciadiego Dantán y Sandra Kuntz Ficker, “La Revolución Mexicana” en Velásquez *et. al.*, *Nueva historia general de México*, Ciudad de México, El Colegio de México, primera edición, octava reimpresión, 2018, pp. 537 – 594.

– dirigida por Ignacio Morones –, dando inicio al período conocido como el Maximato, caracterizado por una sucesión de presidentes que lo obedecían. Entonces se popularizó la frase “allí está el presidente, pero quien manda vive en frente”. Cuando Cárdenas fue ungido por Calles, nadie esperaba que el nuevo presidente se rebelara y fuera, poco a poco, marcando distancia con el jefe máximo – la cual fue tensando la relación a partir de declaraciones públicas del descontento de Calles – en términos programáticos y mediante el remplazo de militares, gobernadores y legisladores leales a Calles. El fin del Maximato está fechado en abril de 1936, cuando el expresidente fue escoltado a un avión para exiliarse de México.

*Con el exilio de Calles no sólo se impuso Cárdenas sino también la figura del presidente de la República. Nunca más en el siglo XX se tuvo duda de que el presidente era quien gobernaba a plenitud, y no un jefe alterno, máximo o superior. (...) La expulsión de Calles mostró que el país había madurado puesto que ya no se necesitaba de las armas para resolver la sucesión presidencial ni de crímenes políticos para deshacerse de los adversarios<sup>88</sup>*

Una vez más, la historia regional se rebela demostrando que la dinámica es distinta. Aunque la violencia y los asesinatos políticos ya no eran imprescindibles para el presidente, todavía eran una práctica recurrente en los estados. Así lo era en Puebla. El poder presidencial no requirió que Calles dejara de vivir, pero sí requirió a un hombre fuerte y leal en Puebla. Para que ese hombre fuerte y leal llegara a la gubernatura, mediaron la formación de guardias blancas, la represión, el asesinato de opositores y un intento fallido de magnicidio.

El proceso de construcción e institucionalización del régimen posrevolucionario es también un proceso de centralización, mucho más lento, pero también persistente desde 1917.

---

<sup>88</sup> Luis Aboites y Engracia Loyo, “La construcción del nuevo Estado, 1920 – 1945” en Velásquez *et. al.*, *op. cit.* p. 628.

Baste mencionar algunos elementos fundamentales: la “centralización de los principales ramos tributarios”<sup>89</sup> como energía, petróleo y minería; la transmisión de la administración de las escuelas a la Secretaría de Educación Pública<sup>90</sup>; “la reforma constitucional de 1929, que dio al Congreso de la Unión el monopolio para legislar en materia laboral, así como facultades al gobierno federal para aplicar directamente la legislación en varias ramas económicas de alcance nacional”<sup>91</sup>; la creación de corporaciones nacionales como la Confederación de Trabajadores de México (CTM) en 1936 o la Confederación Nacional Campesina (CNC) en 1938; y por supuesto, la existencia de un partido hegemónico, el Partido de la Revolución Mexicana (PRM), que a la postre se convertiría en el Partido Revolucionario Institucional (PRI) durante el gobierno de Miguel Alemán.

Brevemente, vale la pena recordar también el contexto económico, pues la disputa entre Cárdenas y Calles se situó en los comienzos de la recuperación económica tras la crisis de 1929 originada en Wall Street y bajo una idea compartida de “nacionalismo económico” que “buscaría crear condiciones para la expansión del mercado interno y que éste se convirtiera en el motor del desarrollo”<sup>92</sup>. La coyuntura de crisis económica fue políticamente favorable para Cárdenas porque atizó las demandas populares y justificó la centralización de facultades y prerrogativas en el gobierno federal<sup>93</sup>, además, la recuperación económica y el largo período de crecimiento se inauguró apenas dos años antes de que asumiera el cargo.

---

<sup>89</sup> Luis Aboites y Engracia Loyo, *op. cit.* p. 625.

<sup>90</sup> *Ibid.*

<sup>91</sup> *Ibid.* p. 623.

<sup>92</sup> Enrique Cárdenas, “La economía mexicana en el dilatado siglo XX, 1929 – 2009”, en Sandra Kuntz Ficker (coord.) *Historia económica general de México: de la colonia a nuestros días*, México, D.F., El Colegio de México y Secretaría de Economía, primera edición, segunda reimpresión, 2015, p. 510.

<sup>93</sup> Alan Knight, “La revolución mexicana: su dimensión económica, 1900 – 1930”, en Sandra Kuntz Ficker, *ibid.* pp. 473 – 502.

*El comportamiento de la economía durante la década de los treinta tuvo características especiales. Por un lado, el sector industrial ganó preponderantemente (...) y se convirtió en el 'motor de la economía' (...). Los bienes de consumo fueron sustituidos cada vez más por importaciones de materias primas y bienes de capital<sup>94</sup>*

En este contexto la industria poblana gozó de gran derrama económica, pero se fue quedando atrás en el proceso de modernización industrial que estaba presentándose en otras regiones del país, pues, por conflictos sindicales, miedo de los empresarios y franca ausencia de visión, la industria textil se volvió progresivamente obsoleta frente a la de otros estados de la República<sup>95</sup>.

La competencia persistente entre el gobierno federal y los gobiernos estatales por arrogarse competencias se enmarcó también en una carrera entre los distintos gobiernos estatales por modernizarse y también por institucionalizar su poder a nivel local, de modo que, a pesar de que existió una importante colaboración y alianzas entre distintos gobernadores y caciques, también estuvo presente una disputa por obtener el visto bueno del centro y desmarcarse, con buenos o extraordinarios resultados, de los otros gobiernos estatales. Además, habiendo gobernadores con ideas opuestas a las del presidente, como fue el caso de los gobernadores de Sonora, Ramón Yocupicio; Chihuahua, Rodrigo M. Quevedo; Nuevo León, Anacleto Guerrero; Veracruz, Miguel Alemán; Puebla, Maximino Ávila Camacho<sup>96</sup>; entre otros que se agruparon en torno a Maximino como el gobernador de Tlaxcala, Isidro Candia; Morelos, Elpidio Perdomo García; Hidalgo, Javier Rojo Gómez; y

---

<sup>94</sup> Enrique Cárdenas, *ibid.* p. 146.

<sup>95</sup> Susan M. Gauss, "Sowing Exclusion: Machinery, Labor, and Industrialist Authority in Puebla in the 1940s", en su libro *Made in Mexico: Regions, Nation, and the State in the Rise of Mexican Industrialism, 1920s – 1940s*, Pennsylvania, The Pennsylvania State University Press, primera edición, 2010, pp. 131 – 168.

<sup>96</sup> Luis Aboites y Engracia Loyo, *op. cit.* p. 633.

el del Estado de México, Wenceslao Labra García<sup>97</sup>; y gobernadores más favorables a las acciones del gobierno cardenista o incluso más radicales, el presidente aprovechó la oposición ideológica y la búsqueda de influencia de estos personajes, para situarse como un árbitro que mediaba entre dos corrientes antagónicas. La búsqueda de autonomía de los grupos de poder regionales, como los poblanos, se puede expresar en la facilidad con la que cambiaron su lealtad cuando Cárdenas desplazó a Calles.

*Aunque los miembros del bando mayoritario del congreso del estado, incluyendo a Bautista Castillo, habían respaldado a Calles después de su violenta intervención en junio de 1935, astutamente cambiaron su lealtad y se convirtieron al Bloque Cardenista cuando les quedó claro que Calles estaba peleando una batalla perdida. Pronto, ellos pasaron a ser una parte esencial del grupo de Ávila Camacho<sup>98</sup>*

Este es un ejemplo prístino de que los grupos regionales tenían interés en quién gobernaba a nivel nacional, pero esto pasaba a segundo plano cuando su poder regional estaba en juego. Lo que señala Rogelio Hernández sobre las élites en el Estado de México: la disciplina al interior del grupo “es un principio de defensa que asegura a los nacidos en la entidad el poder político local”<sup>99</sup>, aplica también al caso poblano. En buena medida, la articulación de los grupos de poder locales tenía, entre sus muy variados objetivos, aumentar su autonomía y contrapesar al poder central para disminuir su influencia. “Sobrevivir a la larga, viviendo políticamente a la corta”<sup>100</sup>, era la técnica del tanteómetro político de Gonzalo N. Santos, exponente destacado de la forma de hacer política de caciques y políticos

---

<sup>97</sup> Sergio Valencia Castrejón, *op. cit.* p. 126.

<sup>98</sup> Wil G. Pansters, *op. cit.* p. 112.

<sup>99</sup> Rogelio Hernández Rodríguez, *Amistades, compromisos y lealtades: líderes y grupos políticos en el Estado de México, 1942-1993*, México D.F., El Colegio de México, primera edición, 1998. p. 14.

<sup>100</sup> Enrique Márquez en “la naturaleza del tanteómetro político” en Carlos Martínez Assad, *Estadistas, caciques y caudillos*, *op. cit.* p. 389.

posrevolucionarios. La facilidad con la que el congreso poblano olvidó a Calles para abrazar a Cárdenas revela la necesidad de sobrevivir como grupo para mantenerse en el lugar donde les interesaba persistir, en el estado de Puebla.

Alguna vez Napoleón Bonaparte reconoció que su éxito no se debía únicamente a su talento, que sin duda influyó, sino a la fortuna de vivir en el tiempo correcto y a las circunstancias favorables. Los gobiernos de Lázaro Cárdenas y Maximino Ávila Camacho, como se ha visto en este apartado, también gozaron de un contexto inmejorable que les permitió realizar sus proyectos, cristalizar un nuevo orden político que llevaba años en construcción y aprovechar otras coyunturas como la del conflicto entre las petroleras y los trabajadores. La fortuna permitió que la virtud se revelara: que el presidente se mostrara como el estadista que era, y el gobernador como un maestro de la articulación política.

### La construcción del poder

Los estudiosos de la política suelen olvidar un corolario básico del ejercicio del poder, que aplica a cualquier lugar, tiempo y tipo de régimen. Algo que ya advertía Maquiavelo: nadie gobierna solo. Esto era algo que sabían muy bien los grandes políticos posrevolucionarios. Entre ellos se encontraba Cárdenas y también Maximino Ávila Camacho. Ambos lograron difundir la idea de que eran hombres que no necesitaban de nadie y cuya voluntad podía materializarse a partir de un chasquido de dedos y un par de palabras imperativas. Lo cierto es que, a pesar de su poder y de la imagen que se hicieron, recibieron ayuda y acudieron en varias ocasiones a complejos entramados de personajes.

Maximino Ávila Camacho nació en Teziutlán (al norte del estado) en 1891, durante el Porfiriato. Fue el primero de nueve hijos: María, Manuel, Miguel, María Antonieta, Ana María, Rafael, Gabriel y Eulogio. Su personalidad fue forjada por una infancia que “osciló entre la abundancia y la pobreza”<sup>101</sup>, situación por la cual Maximino se vio familiarizado a temprana edad con el trabajo, desarrollando así destrezas y conocimientos diversos. Fue arriero (como su padre), “encargado de los trabajos de oficina de diversas haciendas, auxiliar de notario, agente de ventas”<sup>102</sup>, entre otros oficios. Es probable que durante sus labores en las haciendas o notarías descubriera no sólo cómo relacionarse con los empresarios y los funcionarios públicos, sino que haya caído en cuenta de su poder e importancia, de lo buenos aliados o fuertes enemigos que podrían ser. Estudió la primaria en el Liceo Teziutleco, una escuela pública municipal.

*En el marco de este establecimiento educativo se dieron los primeros enfrentamientos entre Maximino Ávila Camacho y Vicente Lombardo Toledano, condiscípulos que frecuentemente se enzarzaron en riñas violentas en las que se imponía la destreza del hijo del arriero, ligado al trabajo físico y, por tanto, más fuerte que el vástago de la familia más acaudalada de Teziutlán*<sup>103</sup>

El conocimiento que Maximino tenía de las prácticas de la política mexicana y la difundida idea del presidente como la base de todo el poder político se expresa en que, cuando el joven arriero se vio envuelto por un contexto de guerra y desempleo, la Revolución, resolvió enviarle cartas al presidente Madero solicitando empleo, pero fue desoído. Después

---

<sup>101</sup> Sergio Valencia Castrejón, *op. cit.* p. 17.

<sup>102</sup> *Ibid.* p. 19.

<sup>103</sup> *Ibid.* p. 18.

de haber participado en la primera parte de la guerra, en la que se forzó la renuncia de Porfirio Díaz, se rebeló contra el gobierno maderista:

*Sí, me rebelé contra don Francisco I. Madero por defender los intereses de la Revolución. El gobierno nos persiguió, sus fuerzas no dieron alcance y nos derrotaron; tuve que ocultarme. Entonces creí que debería dedicarme a lo que siempre me había llamado la atención: quise ser torero<sup>104</sup>*

A pesar de su rebelión, Maximino logró congraciarse de nuevo con el presidente y logró entrar a la Escuela Militar de Aspirantes después de enviarle, de nuevo, correspondencia. Es probable que no fuera la correspondencia sino la influencia del padre de Maximino con Juan Sánchez Azcona, secretario particular de Madero, la que le lograra el favor al joven, pero no deja de ser interesante que Maximino tomara la iniciativa, en múltiples ocasiones, de escribirle al presidente para solicitarle ayuda.

Ya como cadete, una de las sombras que persiguieron a la imagen del futuro gobernador fue la de la asonada que derivó en la decena trágica y dictadura de Victoriano Huerta. La asonada tuvo como origen la Escuela Militar de Tlalpan, en la Ciudad de México. Maximino negó siempre su participación en la rebelión alegando su deserción tiempo antes de que ocurriera y su presencia en Puebla bajo las órdenes de su tío, Gilberto Camacho<sup>105</sup>; además no hay registros contundentes que demuestren o sugieran con fuerza que Maximino mintiera al respecto<sup>106</sup>. Aun así, la creencia de que Maximino participó fue regularmente

---

<sup>104</sup> José C. Valadés, “Maximino Ávila Camacho habla fuerte y claro sobre sus bienes”, Revista *Hoy*, marzo de 1943, citado por Rodrigo Fernández Chedraui en su libro *Vivir de pie: el tiempo de don Maximino*, Xalapa, Las Ánimas, primera edición, 2007, p. 92.

<sup>105</sup> Sergio Valencia Castrejón, *op. cit.* p. 20.

<sup>106</sup> Cabe mencionar que la ausencia de evidencia en este caso no puede considerarse concluyente, pues Maximino sabía muy bien del peligro político a largo plazo que le representaban los registros y los archivos. La prueba más clara de ello es que decidiera vender los archivos del estado de Puebla a una fábrica de papel y cartón. Este ejemplo es muy importante para ilustrar por qué Maximino logró

difundida por sus enemigos en tanto que la participación directa contra Madero lo descalificaba como “hijo de la Revolución” y lo situaba en el mismo lugar en el que estaban Porfirio Díaz y Victoriano Huerta en el imaginario colectivo. El simple hecho de haber participado (o la idea de que lo había hecho) le restaba legitimidad, ya que no sólo su discurso sino el de prácticamente todos los actores políticos del país ensalzaba la lucha revolucionaria y maldecía a todo aquel que se opusiera a ella y sus ideales. Lo interesante es que la manera de materializar esos ideales y su profundidad variaba de grupo en grupo. Más adelante ahondaré en cómo Cárdenas y Maximino utilizaban casi el mismo lenguaje y proclamaban las mismas consignas al tiempo que sus gobiernos seguían principios, en algunos puntos, opuestos.

Maximino Ávila Camacho no tuvo únicamente fascinación por los toros a lo largo de su vida, también se vio constantemente atraído por el poder. Y, sobre todo, por una manera particular de concebir el poder político, al que situaba en una relación directa con el número de amigos, la imagen y la riqueza económica<sup>107</sup>. Tras integrarse a las fuerzas revolucionarias junto con su hermano Manuel – primero a las órdenes de Antonio Medina en Puebla, y después a las de Benjamín G. Hill, general constitucionalista – Maximino y su hermano, futuro presidente, demostraron su lealtad a la corriente victoriosa de la Revolución y a su caudillo director, Álvaro Obregón, cuando, en Morelia, tras ser capturados, se negaron “a firmar un documento que los comprometía a no combatir al movimiento delahuertista [que

---

formarse una imagen casi mística que estaba formada por la duda y la contradicción, pues al no haber pruebas de lo que muchos juzgaban evidente, como su participación en asesinatos de rivales políticos, Maximino era al mismo tiempo culpable e inocente.

<sup>107</sup> En este último punto destaca el conocimiento práctico de un consejo teórico a propósito de los recursos económicos que debe poseer un político que ya enunciaba Max Weber *El político y el científico*. En este texto Weber afirma que la independencia de un político depende de que tenga recursos propios para dedicarse por completo a la actividad política. Maximino sí dependía de los recursos de otros, pero también procuró acrecentar su patrimonio para reducir su dependencia.

se oponía al presidente Obregón y a la candidatura de Elías Calles a la presidencia en 1924]”<sup>108</sup>.

A partir de la destacada demostración de lealtad que dieron los hermanos Ávila Camacho, el régimen los premió con ascensos y mejores puestos. Maximino osciló entre distintas regiones del país porque en todo lugar a donde era enviado, se entrometía “en los asuntos políticos locales, amparándose en sus funciones y atribuciones militares”<sup>109</sup>, lo cual, por supuesto, le granjeaba el rencor y enemistad de los caciques y políticos locales.

*La participación de Maximino en asuntos alejados de su competencia tenía como objetivo lograr establecer vínculos con los grupos económicamente dominantes en las regiones bajo la jurisdicción de sus diversas jefaturas de operaciones. (...) como lo demuestran los nexos establecidos [con] (...) poderosos hacendados de diversas partes de la República Mexicana<sup>110</sup>*

Un antecedente revelador de la manera de hacer política de Maximino y de la curiosa relación simbiótica entre los empresarios (particularmente los hacendados) y él, está descrita por Lorenzo Meyer: “Cuando en mayo de 1929 (...) Maximino Ávila Camacho llegó (...) a la ciudad de Aguascalientes, a nadie le extrañó que los festejos para celebrar la ocasión corrieran por cuenta de un conocido hacendado local, don Miguel Dosamantes Rul”<sup>111</sup>. De modo que uno de los factores más importantes para que Maximino fuera encarrilándose como

---

<sup>108</sup> Sergio Valencia Castrejón, *op. cit.* p. 22.

<sup>109</sup> *Ibid.* p. 23.

<sup>110</sup> *Ibid.* p. 23.

<sup>111</sup> Lorenzo Meyer, *Historia de la Revolución Mexicana. Período 1928 – 1934. El conflicto social y los gobiernos del maximato*, México D.F. El Colegio de México, primera edición, primera reimpresión, t.13., 1980, p. 174. Citado en Sergio Valencia Castrejón, *ibid.* p. 23.

cacique de Puebla, fue su vinculación con empresarios, hacendados y hombres ricos que estuvieran dispuestos a aceptar el “toma para que me des”<sup>112</sup> que el general les proponía.

Los otros dos elementos básicos de la manera de hacer política de Maximino fueron el miedo, provocado por la violencia; y la lealtad, derivada de la amistad y el parentesco. Con respecto a la violencia cabe destacar, en primer lugar, su fama de “hombre de mano dura” que se fabricó durante sus campañas contra los cristeros y de represión de los vasconcelistas en 1929. De allí que González Blumenkron relate que él y otros “fuimos en peregrinación romántica (...) a ofrecer al general Maximino Ávila Camacho (...) su candidatura para gobernador de Puebla”<sup>113</sup>, hartos de la inestabilidad que existía en el estado. El perfil de hombre cruel y corrupto (en favor de los hacendados) que Maximino se forjó a lo largo de su carrera militar lo hizo atractivo a ojos de las élites poblanas. Pero no logró su candidatura sólo por la simpatía de los ricos, sino, sobre todo, por la organización de “guardias blancas” a lo largo de Puebla como resultado de su puesto como jefe de operaciones militares en el que lo colocó Cárdenas – con el prístino objetivo de construir su candidatura para gobernador – en 1935. Para entonces, Maximino ya había intentado ser gobernador una vez: en 1932, pero no pudo aceptar el ofrecimiento que le hicieron porque las condiciones que le hizo el gobernador saliente, Leónides Andreu Almazán, suponían enfrentarlo con su padrino, Pascual Ortiz Rubio<sup>114</sup>.

Este último hecho es una muestra de lo importante que era la lealtad para Maximino y cómo esta se estructuraba a partir de los lazos de parentesco y amistad. El general Ávila

---

<sup>112</sup> Gonzalo N. Santos, *op. cit.* p. 853.

<sup>113</sup> Blumenkron, *Maximino Ávila Camacho: el hombre, el militar, el estadista*, citado por Pansters, *op. cit.* p. 108.

<sup>114</sup> Sergio Valencia Castrejón, *op. cit.* p. 26.

Camacho conocía muy bien los beneficios de mantenerse fiel a los suyos y las consecuencias de la traición. Más adelante ahondaré sobre el significado de estos vínculos y, en especial, sobre el compadrazgo. Por ahora baste con narrar que, después de que Maximino hubiera maldecido y amenazado en una carta al secretario de Gobernación, Joaquín Amaro, y de que este último se enterara de los dichos del alebrestado general y lo mandara llamar para removerlo de su puesto, Maximino comenzó a “enviarle regalos, incluyendo una pistola y un valioso caballo, y, después, lo nombró padrino de su primogénito, Maximino Jr.”<sup>115</sup>. Como el lector podrá anticipar, Maximino recuperó su estatus y no sólo eso, sino que Joaquín Amaro comenzó a cubrirlo frente a los reclamos que hacían sobre sus usurpaciones de funciones, sus abusos y negocios turbios. Todo esto durante su participación en la guerra cristera.

Maximino construyó su poder en el estado de Puebla como ya había ensayado en otras regiones de la República Mexicana: negociando con los detentadores del poder económico; apoyándose en la formación de cuerpos paramilitares y militares; eliminando o acotando el poder de sus opositores; formando alianzas con políticos prominentes y líderes sindicales; y, sobre todo, negociando con caciques locales, pero, como es evidente, para negociar hay que ofrecer algo a cambio. Lo que Maximino ofrecía era la cristalización de las relaciones de poder ya existentes en un orden institucional que se apoyara, irónicamente, en la erradicación de la violencia y la construcción del orden mediante la amenaza de represión selectiva.

Durante su breve período como jefe de operaciones militares en Puebla, Maximino se empeñó en extender su influencia a lo largo del estado, al punto de expandir el territorio que

---

<sup>115</sup> Traducción propia de Henderson y David La France, “Maximino Ávila Camacho of Puebla” en Jürgen Buchenau y William H. Beezly, *op. cit.* p. 159.

estaba cubierto por la zona que le correspondía formalmente, la cual no incluía en un principio la sierra norte. Su candidatura llegó por el apoyo de Cárdenas; su mando sobre las fuerzas militares de la región; el apoyo de los caciques que aglutinó en torno a su persona; la fuerza de sus guardias blancas; los recursos y financiamiento de empresarios; la negociación con líderes sindicales y políticos experimentados, como Gonzalo Bautista Castillo, quien fue su mano derecha; y su amistad con otros miembros reputados en las esferas del poder, aunque no pertenecieran a estas en un principio, como Sergio B. Guzmán, que sólo quería ejercer su profesión de dentista, pero que tenía “la maldición” de ser amigo de todo el mundo y, por tanto, ser el que presentaba a Maximino con sus futuros aliados<sup>116</sup>. El esfuerzo de Maximino por articular caciques da cuenta de una estructura de poder preexistente, pero que tenía que negociar, luchar y articularse, para funcionar como grupo o élite dominante en el poder.

La anhelada y anticipada precandidatura (es decir, el proceso interno para la selección del candidato del PNR) finalmente llegó, pero al mismo tiempo surgió, impulsada por el Frente Regional de Obreros y Campesinos (FROC)<sup>117</sup>, una alternativa que estaba en mayor consonancia con el programa político de Cárdenas, la precandidatura de Gilberto Bosques, un profesor proveniente de Chiautla<sup>118</sup>. Este es el primer enigma de la decisión de Cárdenas, pues, como se ha mencionado, Vicente Lombardo Toledano abogó en favor de Bosques y en contra de Maximino, entre otras razones, porque la FROC estaba en su esfera de influencia. Pero también llama la atención que, ya estando en un momento de relativa estabilidad, el presidente prefiriera al hermano de su amigo para gobernar Puebla en vez de a un personaje

---

<sup>116</sup> Andrew Paxman, *op. cit.*

<sup>117</sup> Que, como ya se mencionó, se había derivado de una corriente radical de la CROM poblana que decidió separarse para perseguir sus objetivos y materializar sus consignas.

<sup>118</sup> Enrique Cordero y Torres, *op. cit.* p. 115.

más cercano ideológicamente hablando, que también le sería leal y que, además, también gozaba de amplio respaldo popular en el estado.

En este caso es pertinente plantear el contrafactual. Preguntarse qué habría pasado si el presidente hubiera apoyado a Gilberto Bosques en vez de a Maximino. Lo más probable, si Cárdenas hubiera apoyado a Gilberto Bosques, es que este hubiera ganado, pues de hecho las elecciones estuvieron apretadas aun sin su apoyo, debido al amplio respaldo de la organización obrera más fuerte del estado junto con el apoyo de la CCEZ (la organización campesina que había nacido bajo el gobierno de Almazán), que en un principio había apoyado a Maximino pero que se rebeló poco antes de que se decidiera la candidatura; empero, es posible imaginar que su mandato habría sido corto e inestable, pues los grupos que Maximino articuló concentraban en sus manos recursos objetivos de poder que habrían servido para presionar y, eventualmente derribar a Bosques del gobierno. La opción que aseguraba mayor estabilidad, al mismo tiempo que mantenía su lealtad política, a pesar de sus diferencias ideológicas con el presidente, era la del primogénito Ávila Camacho.

*La tendencia maximinista mostraba un espectro social amplio; agrupaba en su seno a la mayor parte de las organizaciones campesinas, a los obreros cromistas, y a gran parte de la clase media, a los grupos socioeconómicamente dominantes y a quienes detentaban el poder político en las regiones de Puebla (...) [, también tenía el] apoyo de la administración mijarista, los poderes locales electos y los órganos estatales del PNR<sup>119</sup>*

Se puede decir que Maximino se convirtió en el cacique de Puebla desde antes de llegar a ser gobernador, pues logró intermediar tanto entre el centro y el estado cuanto entre las diversas fuerzas presentes a nivel regional. Al mismo tiempo que mantenía un discurso

---

<sup>119</sup> Sergio Valencia Castrejón, *op. cit.* p. 49.

cardenista y acataba, cuando así el presidente lo exigía, las órdenes, también aprovechaba su fuerza para negociar con el centro concesiones y la posibilidad de no aplicar a cabalidad programas como el reparto agrario. Favorecía a los empresarios mediante concesiones como permisos de irrigación o la cooptación de sindicatos, pero también les aumentó los impuestos y amenazó con expropiar a todo aquel que se negara a pagarlos. Un importante indicio de la fuerza de Maximino como intermediario se refleja en su fuerza política en zonas rurales<sup>120</sup> a partir de sus arreglos con caciques locales como Rosendo Cortés en la sierra oriental de Puebla y Chalchicomula. Los caciques acataban sus órdenes a cambio de que Maximino mantuviera controladas a las comunidades campesinas a partir de otras concesiones y, también, por la amenaza de violencia que sus guardias blancas podían ejercer. Durante su primer año de gobierno, logró erradicar el bandolerismo que azotaba al estado desde el gobierno de Almazán, en buena medida, gracias a su control militar sobre amplias regiones y sus relaciones con los caciques.

También es importante subrayar que Maximino conocía muy bien la importancia de los puestos formales, de allí que durante su mandato lograra institucionalizar el poder informal mediante la inclusión de miembros de los “factores reales de poder” dentro de la estructura gubernamental del estado. El ejemplo más evidente, y que también fue determinante para su llegada a la gubernatura, fue la presencia de tres de sus hermanos en puestos clave de la administración pública federal (Manuel) y estatal. A nivel estatal, Gabriel Ávila Camacho ocupó la jefatura de policía, y Rafael Ávila Camacho la jefatura del Partido de la Revolución Mexicana (PRM) a nivel regional, de modo que, al mismo tiempo que Maximino aprovechó su poder informal, no escatimó esfuerzos en traducirlo en poder formal.

---

<sup>120</sup> *Ibid.* p. 56.

Esa fue, entre otras, una de las principales razones que explican su éxito para consolidarse en el poder y para explicar por qué la élite y la estructura de poder que formó, le sobrevivieron, incluso muchos años después. De allí su importancia como cacique y su posible identificación como uno de los primeros caciques modernos que, aunque estacionados en prácticas tradicionales, ajustó y se ajustó al nuevo orden institucional a tal punto que parte importante del poder que tenían quienes ocupaban los puestos administrativos, fue transferido al puesto formal.

*Maximino se apoderó del aparato político y administrativo formal para crear un “cacicazgo burocrático” adaptado a las nuevas exigencias de la política nacional, para lo que utilizó los medios coercitivos – burocráticos que el propio aparato estatal le brindaba con objeto de crearse una base de poder unipersonal, en alianza con diversos grupos políticos y sociales pero ejerciendo siempre el dominio sobre los órganos de administración y de poder político, fundamentando su poderío regional con base en la estructura estatal y no al margen de las instituciones gubernamentales<sup>121</sup>*

Pese al enorme poder que Maximino estaba construyendo en torno a su persona desde 1935, e incluso desde antes, en 1937 todavía estaba lejos de consolidarse como una fuerza indiscutible y absoluta, las caóticas elecciones en las que resultó triunfador lo demuestran. No sólo fue traicionado por una de las organizaciones más fuertes que lo habían respaldado, la CCEZ, sino que fue constantemente encarado por el FROC. El proceso electoral fue violento desde el principio, hubo asesinatos y enfrentamientos entre las distintas facciones, además hubo un intento fallido de asesinato a Gilberto Bosques, el candidato opositor. El cenit de la tensión fue la represión brutal de las manifestaciones del FROC en contra de la victoriosa fórmula de Maximino como nuevo gobernador de Puebla y de Gonzalo Bautista

---

<sup>121</sup> *Ibid.* p. 95.

Castillo como senador. Pero, una vez en el gobierno, con ya grandes coaliciones y alianzas formadas en torno a su persona, con el respaldo irrestricto del presidente, así como con su amistad con otros personajes importantes en la política nacional y de otras regiones del país, comenzó a consolidar, velozmente, una estructura de poder que duró décadas.

### Configuración de la élite avilacamachista

En toda sociedad, y, sobre todo, en sociedades tan diferenciadas como la mexicana, y la poblana, existen distintos grupos con visiones diferentes sobre el mundo en general y sobre variados temas en particular. La manera de interpretar los problemas da lugar a la imaginación de soluciones, pero también de objetivos, porque la manera de mirarlos responde en todo momento al marco interpretativo de quienes los miran. El sentido que se le da a los hechos está imbuido por las motivaciones que provee la “alegoría de la aventura humana” que, Sánchez Ferlosio señala, es la idea de la que se desprenden la competencia y los sacrificios humanos en favor de un bien mayor, de un ideal quijotesco, de una salvación divina o de un prestigio competitivo; es la noción de que la vida de un individuo, o la de un conjunto de individuos, puede entenderse como una novela en la que los lugares, personajes y eventos todos, están compenetrados, incluso si estos son independientes<sup>122</sup>. Es decir, todo lo que hacen los humanos está, ineluctablemente interpretado, y la mayoría de las veces esa interpretación responde a una idea de lo que debe ser la vida y de lo que los hombres buscan (o deberían buscar). Una de esas cosas es el poder, específicamente, el poder político.

---

<sup>122</sup> Rafael Sánchez Ferlosio, “Mientras no cambien los dioses nada habrá cambiado” en *QWERTYUIOP: Sobre enseñanza, deportes, televisión, publicidad, trabajo y ocio*, Barcelona, Penguin Random House, 2017, pp. 15 – 59.

El poder político es inherente a toda sociedad, lo que varía son las formas de cómo ese poder se expresa, ejerce y entiende. En el México de la posrevolución existían diferentes maneras de entenderlo y ejercerlo, pero todas ellas estaban enmarcadas por el largo proceso de institucionalización y la búsqueda de estabilidad a partir de la disciplina; no obstante, la manera de disciplinar a los grupos, de mirar hacia el futuro y de interpretar en lo que el Estado mexicano se debía convertir, son muy diversas. En este momento conviene detenerse en la comparación entre dos maneras de constituir una élite política, aunque se trate de un mismo objetivo, el poder político. Estas dos maneras se diferencian, esencialmente, por su capacidad para compartir los espacios de poder con otros grupos con tendencias oligárquicas.

La primera forma de constituir una élite que me interesa señalar es la del caso de los grupos políticos del Estado de México a partir de la llegada de Isidro Fabela al gobierno del estado en 1942. Señala Rogelio Hernández que la élite que logró gobernar al Estado de México por más de setenta años y que se consagró en el imaginario mexicano como “el grupo Atlacomulco” entendido como un único grupo dinástico y hermético que se transmitía el poder de padres a hijos<sup>123</sup> y entre amigos; en realidad logró permanecer como élite durante tantas décadas precisamente por comportarse de manera opuesta a como el imaginario popular lo concibió, compartiendo el poder entre grupos distintos que, en ocasiones, incluso se oponían, pero que se regían por una regla: concederle espacios a los grupos contrarios para mantenerse fuertes ante el centro y evitar conflictos innecesarios que sólo resultarían en el debilitamiento de todos los grupos locales. De esta manera, se puede hablar de una sola élite en el estado de México, pero caracterizada por la rotación de miembros de diferentes grupos

---

<sup>123</sup> Esto en el caso concreto de los del Mazo, familia que aportó tres diferentes gobernadores a lo largo de la historia del estado: Alfredo del Mazo Vélez, Alfredo del Mazo González y Alfredo del Mazo Maza (abuelo, hijo y nieto).

al interior de los gobiernos y de la administración pública. Esta manera de constituir una élite tiene dos enormes virtudes: evita que los conflictos lleguen hasta sus últimas consecuencias, puesto que todos se disciplinan y respetan las reglas; y produce el “efecto perverso”<sup>124</sup> de que los gobiernos son profesionales y experimentados, esto debido a que los grupos que arriban al poder ya se han socializado en las prácticas y reglas que la élite impone y que el ejercicio de gobernar cristaliza.<sup>125</sup>

Esta misma manera de formar y conducir élites estuvo presente a nivel federal, aunque con una menor distribución voluntaria del poder en tanto que la cantidad de grupos disputándose lo eran más y que su socialización en las reglas era mucho menos coherente. Pero en el centro también los presidentes eran conscientes de la necesidad de integrar voluntariamente (pues, aunque se hubieran negado habría sido imposible) a distintas facciones en el gobierno central, logrando así, gobiernos con integrantes profesionales y experimentados, que, eso sí, tenían que renunciar a su primacía en el nivel regional y a valores localistas para integrarse a una visión mucho más centralista y equilibrada para con otros estados de la República<sup>126</sup>. El caso que más llama la atención aquí – por tratarse de un miembro de la élite avilacamachista – es el de Gustavo Díaz Ordaz, quien, siendo presidente electo, tuvo que abstenerse de apoyar a Antonio Nava Castillo (gobernador de Puebla de 1963 a 1964) a pesar de ser miembro del mismo grupo local, en aras de la estabilidad de la región y de la supresión del descontento del movimiento estudiantil en Puebla<sup>127</sup>. Díaz Ordaz

---

<sup>124</sup> Weber utilizaba esta expresión para hablar de un efecto inesperado, no anticipado ni previsto.

<sup>125</sup> Rogelio Hernández Rodríguez, *Amistades, compromisos y lealtades: líderes y grupos políticos en el Estado de México, 1942-1993*, *op. cit.*

<sup>126</sup> Algunos trabajos en los que se trata este punto con mayor profundidad son el de Rogelio Hernández, *El oficio político*; el de Peter Smith, *Los laberintos del poder*, el de Roderic Ai Camp, *Reclutamiento político en México 1884 – 1991*; o el de Isabelle Rousseau, *México: ¿una revolución silenciosa?*

<sup>127</sup> Wil G. Pansters, *op. cit.*

comenzaba, ya como presidente electo, a privilegiar la estabilidad del país, sobre la continuidad del gobernador de su grupo. En este sentido, la propuesta de Merton<sup>128</sup> a propósito de la adopción de actitudes, reglas y comportamientos para poder ingresar a un grupo nuevo, provee una explicación adecuada del cambio de actitud de los miembros del centro respecto de sus grupos locales. Un caso opuesto que confirma la explicación es el de Carlos Hank González, quien vio frustradas sus aspiraciones a nivel nacional, en parte, por su imposibilidad de desvincularse del objetivo de la élite del Estado de México (de la que formaba parte): privilegiar siempre a la región como forma de defensa de la influencia del centro<sup>129</sup>.

La segunda forma de constituir una élite está ejemplificada en la formación del grupo avilacamachista, y, a pesar de que es opuesta a la élite del Estado de México en cuanto a la práctica de la distribución y reparto del poder, esto no significa, como proponen Pansters o Hernández, que la élite haya sido incapaz de prevalecer tras la muerte del líder y que su persistencia fuera inestable. Lo que sí es verdad es que su duración fue menor. La élite avilacamachista integró en sus filas a miembros de distintos grupos: empresarios como William O. Jenkins o Rómulo O'Farrill; sacerdotes como el arzobispo Pedro Vera y Zuria; caciques rurales como Rosendo Cortés; líderes sindicales como Blas Chumacero y Francisco Márquez; etc. Pero la diferencia radica en que no se les integró a los grupos como tales, sino a intermediarios, para incluirlos en las filas de un único grupo. No hubo reparto de poder porque todo se concentraba en la élite avilacamachista. Que el origen de los personajes que

---

<sup>128</sup> Robert K. Merton, *Teoría y estructuras sociales*, trad. Florentino M. Torner y Rufina Borques, México D.F., Fondo de Cultura Económica, cuarta edición, 2002.

<sup>129</sup> Rogelio Hernández Rodríguez, *Amistades, compromisos y lealtades: líderes y grupos políticos en el Estado de México, 1942-1993*, op. cit.

integraban el grupo fuera diverso responde a la siempre presente necesidad de dialogar y responder a las demandas de los grupos, pero el poder político jamás fue compartido con ellos. En este sentido, la idea que se tenía de un grupo hermético que no permitía el surgimiento ni el crecimiento de otros grupos, es acertada cuando se habla de la élite avilacamachista. Se gobernaba para los grupos, pero jamás con los grupos, era uno solo el que, en todo caso, gobernaba con intermediarios que eran útiles para conducir a los demás. La cabeza visible era la del gobernador, Maximino Ávila Camacho, en primer lugar, porque fue él quien articuló a la élite, pero también porque simbolizaba lo que en esos momentos buscaban todos los grupos que, a cambio, cedieron su independencia: orden.

La capacidad de la élite avilacamachista para sobrevivir y mantenerse unida, como demuestra la prevalencia de los mismos personajes en los diferentes puestos gubernamentales, se explica por: la institucionalización de la burocracia; la formación de vínculos de amistad, parentesco y lealtad entre los miembros del grupo; la utilidad de herramientas de control político como el partido hegemónico o las corporaciones; la resistencia a la influencia del centro y – a diferencia del caso de la élite del Estado de México – por la utilización de una figura mítica como base del orden dentro del grupo y de la sociedad poblana en general a partir del miedo y respeto que se le tenía.

La idea que se formó de Maximino Ávila Camacho durante su gobierno y que le sobrevivió por muchos años, es una de las razones del éxito de la élite avilacamachista para gobernar sin ningún obstáculo hasta 1957. Y la razón de que en 1957 comenzara a decaer la capacidad del grupo en el poder para subordinar a la sociedad poblana en su conjunto no es el debilitamiento de la figura mítica, sino que su sentido cambió ante la búsqueda de los presidentes Adolfo Ruiz Cortines y Adolfo López Mateos de eliminar cacicazgos

tradicionales<sup>130</sup> (dentro de los cuales se incluía el poblano). También porque durante esos años comenzó a emerger una nueva narrativa que estructuró la lucha por el poder en la sociedad poblana y que relegó la figura del fundador de la élite para remplazarla por la contraposición entre comunismo y cristianismo en el espacio político<sup>131</sup>. Estos últimos sucesos dan cuenta de la importancia de Maximino en el imaginario colectivo, pues la institucionalización, la cohesión de la élite que legó y el control sobre las corporaciones se mantuvo estable, lo que cambió fue la actitud del centro para con la élite a partir de una nueva interpretación del mismo símbolo. Cuando el símbolo se agotó frente al centro, se convirtió ya no en la base del poder de la élite, sino en su principal amenaza, en tanto que se le identificaba con él. La falta de renovación de las élites mientras el símbolo era útil condicionó la capacidad del grupo avilacamachista para enfrentar la coyuntura en la que una nueva narrativa emergió y en la que el cambio generacional erosionó el miedo que los nuevos grupos, como los estudiantiles, le tenían a la figura del finado Maximino. “Los viejos nombres que están todavía en los labios de todos adquieren connotaciones que se encuentran lejos de su significado original”<sup>132</sup>

Ahora bien, la delimitación de un grupo no es siempre sencilla, en este caso, al tratarse de una élite diversa que integra miembros de distintos grupos, la tarea se complica. Sobre todo, porque no se trataba, como normalmente tiende a imaginarse cuando se habla de élites, de un grupo de personas que se reunía en la noche a la luz de las velas para conspirar. Se trataba de una relativamente compleja red de personajes cuyos vínculos estaban moldeados

---

<sup>130</sup> Rogelio Hernández Rodríguez, *Presidencialismo y hombres fuertes en México: la sucesión presidencial de 1958*, op. cit.

<sup>131</sup> Para mayor profundidad sobre la polarización de la sociedad poblana en torno a la supuesta lucha entre comunismo y cristianismo véanse los capítulos cuarto y quinto del libro de Wil G. Pansters, *Política y poder en Puebla: Formación y ocaso del cacicazgo avilacamachista, 1937 – 1987*, op. cit.

<sup>132</sup> Marshall Sahlins, *Islas de historia*, op. cit. p. 11.

por razones distintas, normalmente lazos de parentesco, amistad o por compartir alguna característica en común que les generara confianza a partir de la idea de un proyecto compartido.

*Una vez en el poder, Maximino Ávila Camacho nombró a amigos, parientes y paisanos teziutecos para puestos claves en el estado y la burocracia del partido (...), impidió que sus colaboradores formaran un grupo personal de seguidores, de manera que él continuara siendo la figura central dentro de la red de clientelismo. Mediante esta red, controló departamentos, el congreso local y las principales ciudades, es decir, las instituciones políticas más importantes del estado<sup>133</sup>*

Me interesa subrayar la diferencia existente entre clientelismo y amistad. La élite avilacamachista descansó en ambas, pero la distinción es importante porque el clientelismo era la forma mediante la cual la élite dominaba a las corporaciones, un elemento operativo, pero la manera de construir alianzas entre los miembros del grupo respondía más bien a la confianza derivada de la naturaleza del vínculo. “Si el clientelismo hace depender la lealtad de una extraña mezcla de miedo y coerción [como en el caso de la mayoría de los grupos de la sociedad poblana], las redes la derivan de la identidad de valores y principios comunes que se desarrollan por una relación cotidiana”<sup>134</sup>.

La élite avilacamachista se formó a partir de la identificación de los miembros con un proyecto común que, en ese momento, se reducía a la necesidad de orden y estabilidad que prometía un perfil de “hombre fuerte” como el del general Maximino, pero también a partir de la convivencia cotidiana y de la necesidad de trabajar en equipo para conseguir sus

---

<sup>133</sup> *Ibid.*

<sup>134</sup> Rogelio Hernández Rodríguez, “Los grupos políticos en México. Una revisión teórica”, *Estudios Sociológicos*, vol. 15, núm. 45, 1997, p. 692.

objetivos. Por ejemplo, si bien es cierto que Maximino recibía préstamos del empresario norteamericano Jenkins y, a cambio, él protegía sus tierras y le otorgaba las concesiones que necesitara (que, en un principio podría parecer una mera relación de intercambio), conocía la importancia de trascender una transacción y de institucionalizar la relación en un vínculo más sólido, de allí que Jenkins adquiriera el estatus de “compadre” de Maximino cuando fue testigo de la boda de su hija, Hilda Ávila, con el hijo del empresario (también miembro de la élite avilacamachista) Rómulo O’Farrill<sup>135</sup>. Otro ejemplo es el matrimonio, como el que se acaba de referir, pero también la convivencia continua. Para dar otro ejemplo del mismo personaje, Jenkins solía ejercitarse en el Alpha Club, donde conoció y trabó amistad con políticos, empresarios y hasta miembros de la Iglesia católica.

Cuando Maximino llegó a la jefatura de operaciones militares en 1935, ya había personajes prominentes con largas trayectorias y destacada habilidad, uno de ellos era Gonzalo Bautista Castillo. En este personaje descansó en gran medida la capacidad de articulación de la élite, pues la red ya existía, pero aun no estaba articulada ni organizada en torno a un líder único. Gonzalo Bautista Castillo era un experimentado político. Nacido en 1896, Bautista Castillo fue diputado local y diputado federal en cuatro legislaturas, además de senador desde 1934 y hasta el fin del gobierno de Maximino, cuando lo sucedió<sup>136</sup>. Su capacidad para sobrevivir a gobiernos de diferente corte ideológico e insertos en distintos grupos políticos, da cuenta de su habilidad y de su papel como líder de las legislaturas. La red, como he señalado, era relativamente amplia, pero el núcleo de la élite se puede encontrar

---

<sup>135</sup> Andrew Paxman, *op. cit.*

<sup>136</sup> Enrique Cordero y Torres, *op. cit.* p. 82 y Roderic Ai Camp, *Mexican Political Biographies 1935 – 1975*, Arizona, The University of Arizona Press, primera edición, 1976, p. 30.

en el Comité Directivo Electoral que se organizó para promover la candidatura de Gonzalo Bautista Castillo al gobierno del estado en 1941, cuando Maximino terminó su período.

*El comité fue presidido por Gonzalo Bautista Castillo (...). Los demás integrantes eran los representantes de los sectores del partido: Carlos I. Betancourt, del sector popular; Antonio Nava Castillo, del sector militar; Aarón Merino Fernández, del sector agrario; Gustavo Díaz Ordaz, del sector laboral, además de Fausto M. Ortega, representante de los diputados. En este comité esta la clave de la gobernabilidad que logró en Puebla el grupo avilacamachista en las siguientes décadas: de sus seis integrantes, cinco habrían de ser gobernadores del estado, y el restante, presidente de México<sup>137</sup>*

Sin embargo, es importante puntualizar que, aunque esta élite sobrevivió mucho tiempo más allá de 1957, su articulación ya no dependía de la figura de Ávila Camacho, sino, precisamente, de los vínculos de amistad y lealtad que se forjaron durante el período de 1935 a 1957. Maximino y Gonzalo fueron los artífices de la estabilidad del régimen, aunque su grupo sobrevivió incluso más allá de 1980, obviamente con importantes relevos generacionales como el hijo de Gonzalo Bautista Castillo, Gonzalo Bautista O'Farrill; la imagen que proveía Maximino como base del dominio simbólico y la habilidad política de Bautista Castillo nunca más volvieron a estar presentes a partir de 1952, cuando ambos ya habían fallecido. Fecho el fin del período avilacamachista en 1957 porque el último que pudo, con relativo éxito, apoyarse en la imagen de su hermano, fue el gobernador Rafael Ávila Camacho (1951 – 1957). En adelante, lo que sobrevivió fue la red y las instituciones que la enmarcaban, por eso la élite logró gobernar, ya sin la estabilidad de antaño, durante varias décadas más. La élite avilacamachista sobrevivió a pesar de la muerte de sus líderes; se

---

<sup>137</sup> Leonardo Lomelí, *op. cit.* p. 371.

renovaba, pero no por la inclusión de nuevos grupos, sino por el relevo generacional. La estructura organizacional sobrevivió al símbolo, pero su estabilidad se redujo notablemente.

#### Conclusiones: coyunturas y amistades

La llegada de Manuel Ávila Camacho a la presidencia de la República en 1940 “dependió más de un juego político en el que participaron un buen número de sectores y de organizaciones partidarias, que de su propia habilidad para congregar a la mayoría de las fuerzas políticas que militaban en el oficialismo”<sup>138</sup>. Sin Maximino Ávila Camacho – el gobernador más fuerte del país y miembro del grupo que apoyó a Manuel –, es posible que su hermano nunca hubiera sido presidente. Esto queda claro con el novelesco y valioso retrato que pinta Gonzalo N. Santos, pues cuando él y Quevedo, otro senador, quedaron huérfanos de candidato presidencial al morir su principal prospecto, el General Figueroa (secretario de Guerra y Marina), tuvieron que buscar rápidamente a alguien que llenara sus zapatos:

*Quevedo me dijo: “Ahora no nos queda más camino que apoyar a este muchacho”. “¿A quién?”, le pregunté, y me dijo: “A Manuel” (...). “¿Apoyarlo para qué?”, le dije. “Para presidente de la República”, me contestó Quevedo. Y le dije: “Es subsecretario y recién entrado, general de brigada, no creo que tenga la suficiente personalidad”. “Nosotros se la haremos – me contestó Quevedo...”<sup>139</sup>*

Hablamos de un período tanto a nivel nacional cuanto local caracterizado por la colisión de diferentes visiones de lo que debía ser el Estado revolucionario y de las formas

---

<sup>138</sup> Rafael Loyola Díaz, “Manuel Ávila Camacho, un nuevo estilo en el ejercicio del poder” en Carlos Martínez Assad, *Estadistas, caciques y caudillos*, op. cit. p. 125.

<sup>139</sup> Gonzalo N. Santos, p. 587.

de materializar sus ideales, así como de la interpretación de los ideales mismos. Se trata de una disputa hasta cierto límite (dado que seguía habiendo violencia en la vida cotidiana y en momentos importantes como las elecciones de 1940) encauzada por las instituciones a pesar de la persistencia de prácticas informales. Se configura una manera de hacer política que privilegia la subordinación a una narrativa encarnada por la figura del presidente de la República y, por lo tanto, de manera limitada, a su voluntad; pero también a una nueva estrategia de los actores locales, exitosa y silente, pues las abiertas rebeldías no podían más que terminar en desastre, para los rebeldes, claro está. Esa nueva estrategia consistió en “la ocupación de los espacios o funciones nula o mínimamente cubiertos por el Estado nacional”<sup>140</sup>. Esto fue precisamente lo que hizo Maximino Ávila Camacho en una coyuntura favorable. El presidente Cárdenas necesitaba más a un amigo que a un partidario y, como en algún momento refociló Mefistófeles: “Muy linda cosa es, por parte de todo gran señor, el hablar tan humanamente con el mismo diablo”<sup>141</sup>.

---

<sup>140</sup> Enrique Márquez, “la naturaleza del tanteómetro político” en Carlos Martínez Assad, *Estadistas, caciques y caudillos*, *op. cit.* p. 392.

<sup>141</sup> Johann Wolfgang von Goethe, *Fausto y Werther*, México D.F., Porrúa, primera edición, 1963. p. 8.

## Capítulo segundo: El orden cultural poblano

*Sueña el rico en su riqueza,  
que más cuidados le ofrece;  
sueña el pobre que padece  
su miseria y su pobreza;  
sueña el que a medrar empieza,  
sueña el que afana y pretende,  
sueña el que agravia y ofende,  
y en el mundo, en conclusión,  
todos sueñan lo que son,  
aunque ninguno lo entiende<sup>142</sup>*

Hay quienes dicen, sabiamente, que quien no conoce la historia está condenado a repetirla, porque “la historia se repite”. También hay un dicho igualmente sabio que enuncia que nada sucede dos veces de la misma manera. Parecería un disparate afirmar que ambos enunciados son ciertos, pues, como afirma el principio de no contradicción, dos proposiciones opuestas no pueden ser correctas al mismo tiempo. Pero cuando uno distingue entre los hechos y cómo se interpretan, la coincidencia entre ambos enunciados se posibilita, al punto de, incluso, volverse evidente.

La historia no se repite nunca exactamente igual porque el contexto siempre cambia. Formulaba Heráclito, “ningún hombre puede cruzar el mismo río dos veces, porque ni el hombre ni el agua serán los mismos”; pero el hombre no tiene que ser el mismo ni los hechos iguales para que dos sucesos de diferentes épocas, circunstancias y protagonistas se entiendan

---

<sup>142</sup> Pedro Calderón de la Barca, *op. cit.* pp. 57 y 58.

y se interpreten de la misma manera. Agustín de Iturbide, Antonio López de Santa Anna y Porfirio Díaz no tienen, probablemente, casi nada en común, excepto que son los “villanos” de la historia de México. La invasión francesa y la expedición punitiva que persiguió a Villa son dos hechos completamente diferentes, excepto porque representan una invasión extranjera y la violación de la soberanía mexicana. El tratado de Bucareli y la reforma energética de Peña Nieto sólo tienen en común que son leídos como “traición a la patria”. La historia nunca se repite, pero sí se repiten elementos simbólicos que permiten establecer una relación entre eventos que se agrupan bajo un lente específico. Como explica Marshall Sahlins<sup>143</sup>, con el perdón de Tucídides, la interpretación de los hechos importa tanto o más que el hecho mismo, así como la interpretación del lector termina siendo, efectivamente, más relevante que la intención del escritor.

Ahora bien, la interpretación de un hecho importa porque es producto de un marco interpretativo, de una estructura de significados polisémicos que se relacionan entre sí. Estudiar la interpretación de un hecho es estudiar al mismo tiempo a esa estructura de significados polisémicos, el orden cultural. Que todo el mundo crea que el gobernador mandó matar a un periodista y que, sin embargo, nadie proteste, es significativo tanto por la creencia cuanto por el silencio; una conclusión así exige pruebas materiales, que son las que conducen al asesino a la prisión; pero que todo el mundo crea y se comporte de cierta forma se explica, entre otros factores (como la tangible represión), por una manera de ver el suceso. A esto es a lo que Marshall Sahlins llama “el acontecimiento”:

*No es simplemente un suceso fenoménico, aun cuando como fenómeno tenga razones y fuerzas propias, aparte de cualquier esquema simbólico dado. Un acontecimiento llega a serlo al ser interpretado: sólo cuando se le hace propio*

---

<sup>143</sup> Marshall Sahlins, *Apologies to Thucydides*, op. cit.

*a través del esquema cultural adquiere una significación histórica (...). El acontecimiento es una relación entre un suceso y una estructura (o varias estructuras): un englobamiento del fenómeno en sí mismo como valor significativo, del que se deduce su eficacia histórica específica*<sup>144</sup>

Es una elaboración imaginaria de un suceso porque siempre está, inevitablemente, interpretado (esto no significa, por supuesto, que el hecho no exista o que no se pueda conocer fehacientemente, pero su sentido y su conclusión siempre están atados a símbolos). El análisis de un acontecimiento considera el hecho como tal, el contexto y sus circunstancias específicas, para contrastarlo con su elaboración imaginaria a partir de un reconocimiento de la agencia de los actores y la estructura cultural que los embriaga. Es decir, el hecho social no se explica ni por la absoluta libertad de los humanos ni por un orden cultural inamovible, sino por una interacción perpetua que se evidencia en coyunturas específicas en las que los actores adquieren oportunidades para maniobrar y modificar leve o sustancialmente las estructuras (no sólo las culturales).

Es esta “estructura de la coyuntura”<sup>145</sup>, donde la síntesis entre la agencia y las estructuras se presenta, Sahlins habla de los persistentes riesgos simbólicos a los que se enfrentan las estructuras culturales, pues, aunque la cultura enmarque el proceso de interpretación, no es el proceso en sí mismo ni lo dirige tampoco; es solo una señal polisémica que se confronta con un hecho objetivo y, en esa confrontación, puede afirmarse, ignorarse, o redefinirse. El grito de independencia que el presidente da cada año en el Zócalo de la Ciudad de México puede ser una convocatoria involuntaria a la protesta enfurecida o una celebración boyante dependiendo de lo que representa el personaje que porta la banda presidencial para los asistentes. Que haya un temblor en México durante un 19 de septiembre

---

<sup>144</sup> Marshall Sahlins, *Islas de historia*, op. cit. p. 14.

<sup>145</sup> *Ibid.*

puede ser no más que una extraordinaria coincidencia, y al mismo tiempo reafirmar la extraña creencia de que cada septiembre, por designio divino o capricho de la fortuna, retiembla en sus centros la tierra.

El proceso de elaboración imaginaria que deriva en la cristalización de un “acontecimiento” consta de tres etapas: instanciación, mediación y totalización. La primera consiste en la identificación de un personaje (individual o colectivo) con una idea general, por ejemplo, el presidente con la patria; en la segunda etapa ese personaje hace algo o participa de algo; y, finalmente, “el hecho concreto es reincorporado en el sistema [cultural] cuando se atribuye al incidente particular un significado general, reconocible”<sup>146</sup>. El hecho es entonces un acontecimiento.<sup>147</sup> En el presente capítulo se analizan “acontecimientos” para dar cuenta de las culturas íntimas y la cultura de las relaciones sociales poblanas.

Recuerdo brevemente a qué me refiero cuando hablo de culturas íntimas y cultura de las relaciones sociales, conceptos acuñados por Claudio Lomnitz. En cada región del país, así como puede pasar incluso a nivel más microscópico como en una comunidad o incluso en una familia, existe un conjunto de significados polisémicos compartidos que permite la interacción social y el entendimiento entre humanos. Los significados se van construyendo (o cambiando) de diversas formas: mediante la educación; la transmisión de valores de

---

<sup>146</sup> Fernando Escalante y Julián Canseco, *De Iguala a Ayotzinapa: la escena y el crimen*, Ciudad de México, Grano de Sal, primera edición, 2019, p. 19.

<sup>147</sup> Marshall Sahlins, “The Return of the Event, Again” en su libro *Culture in Practice: Selected Essays*, New York, Zone Books, 2000, p. 321. Como un gran ejemplo puede citarse el famoso caso Dreyfus, en el que un general francés nacido en Alsacia fue injustamente acusado de traición. Entonces el evento perdió los matices para convertirse en una batalla simbólica entre el nacionalismo y el liberalismo, donde los nacionalistas apoyaban las falsas acusaciones por tratarse del honor del ejército francés el que estaba en juego; y los liberales como Émile Zola anteponían los derechos del inocente injustamente juzgado a la reputación de sus verdugos. Véase Jean-Denis Bredin, *The affair: the case of Alfred Dreyfus*, trad. Jeffrey Mehlman, New York, Braziller, 1994, o la película de Roman Polanski, *J'accuse*, Francia e Italia, Légende Films y Gaumont Film Company, 2019.

generación en generación; la redefinición o afirmación constante de los símbolos a partir de su confrontación con los “hechos objetivos”, etc. Lo que me interesa subrayar es que el contexto en el que están incrustados los actores, y su marco interpretativo, importan. Aunque exista una visión hegemónica del mundo que pujan desde el gobierno federal, o incluso desde el gobierno local, la cultura de cada región presenta diferencias destacables que, en cierta medida, responden a elementos materiales concretos: como vivir en la montaña o la llanura; estar sujeto a las órdenes de un cacique o a las de un alcalde; depender de que el agua este disponible para el riego; sembrar en tierras de temporal o en tierras de riego; etc. Estas diferencias son importantes porque moldean la interpretación de los sujetos que las viven en carne propia.

La división de los grupos a partir de su identificación con una clase y su convivencia constante (lo cual se posibilita por vivir en una misma región) configura una cultura íntima. Por supuesto, siempre está presente la diversidad dentro de cada cultura íntima, pero persiste la identificación y la capacidad de diálogo. Cuando interactúan entre sí – es importante mencionar que las culturas íntimas son un recurso analítico y no necesariamente una forma de agrupación consciente – dan lugar a una cultura de las relaciones sociales en la que estructuras de significados, a su vez, se confrontan y dialogan, dando lugar, una vez más, a la redefinición de significados, o la constitución de una visión hegemónica. En el caso de la Puebla posrevolucionaria, propongo un análisis que distingue entre seis culturas íntimas: campesinos, obreros, empresarios, clero, los serranos del norte y los políticos. Mi argumento es que la élite avilacamachista puede interpretarse como una élite de las élites poblanas, un conjunto de personas que incluyó a sus filas a miembros de cada una de estas seis culturas íntimas, tomando como eje articulador y director la de los políticos, dando lugar, así, a un

grupo oligárquico que puede entenderse como el sitio en el que la cultura de las relaciones sociales es más visible y, por lo tanto, es capaz de producir un discurso que, en Puebla, se constituyó hegemónico, entre otras razones, porque también se retroalimentó con otras regiones del país y con el discurso del centro.

En el presente capítulo perfiló a cada cultura íntima a partir de la revisión de la literatura y del análisis de acontecimientos. Excluyo del capítulo a la cultura íntima de los políticos, primero porque ya se ha presentado un perfil, y también porque, al ser la más visible y la más importante cuando se trata de la élite avilacamachista, esta será mejor retratada en el tercer capítulo. Al final de la presentación de cada cultura íntima elaboro un perfil de un personaje ficticio para volver más tangible el retrato, sin embargo, como cada apartado demostrará, el perfil es únicamente ilustrativo y no debe tomarse como una generalidad unívoca y absoluta.

### Caudillos, caciques y caciquitos

Como ya se ha explicado a lo largo del texto, el fenómeno del caciquismo es un fenómeno intrínseco a la extensión territorial de México, a su vasta población y a su diversidad, así como a la falta de concentración del poder que ha derivado de lo anterior y de una historia atropellada por conflictos con grandes potencias como Francia y Estados Unidos durante el siglo XIX. Entender al cacique como un intermediario entre dos mundos culturales, como propone Xavier Guerra, es la interpretación que se ha privilegiado en este trabajo. Sin embargo, vale la pena mencionar las diferencias que existen entre dos términos que son

frecuentemente utilizados en la literatura y que son útiles para diferenciar perfiles y funciones de personajes que, en apariencia, son bastante similares: caudillo y cacique.

Es común que caudillo y cacique sean tratados, si no como sinónimos, al menos como manifestaciones a diferente escala de un mismo fenómeno, como términos intercambiables: el caudillo es un cacique nacional y el cacique un caudillo local. Estas interpretaciones se caracterizan por asumir que se trata de líderes carismáticos<sup>148</sup> cuyo dominio se sustenta en la violencia y la informalidad y que pueden ser llamados caudillos si su dominio es a nivel nacional y caciques si es a nivel local. La escala es, sin lugar a duda, un elemento diferenciador, pero no es el único, ni el más importante. Es un error utilizar estos términos como sinónimos. Son del mismo género, pero diferente especie.

Alan Knight señala que el poder de ambos es “personal, informal, basado en la reciprocidad, y resistente a las leyes formales y regulaciones”<sup>149</sup> pero su origen es distinto: los caciques eran jefes políticos, normalmente indígenas, que servían de intermediarios entre comunidades y la administración colonial; mientras que los caudillos nacieron durante la guerra de independencia y se distinguían no por ser intermediarios, sino líderes de la “violencia organizada”, señores de la guerra.<sup>150</sup>

También vale la pena destacar las diferencias que existen entre caciques. Romana Falcón, por ejemplo, propone una diferenciación entre cacicazgos tradicionales y modernos<sup>151</sup>, que es similar a la distinción entre caciques y “hombres fuertes” que propone

---

<sup>148</sup> Max Weber, *Economía y Sociedad*, trad. Francisco Gil Villegas *et. al.*, México, D.F., Fondo de Cultura Económica, 2014.

<sup>149</sup> Alan Knight y Will G. Pansters (ed.), *Caciquismo in the twentieth-century Mexico*, *op. cit.* p. 3.

<sup>150</sup> *Ibid.* pp. 9 – 10.

<sup>151</sup> Romana Falcón, *Revolución y caciquismo: San Luis Potosí, 1910 – 1938*, México D.F., El Colegio de México, primera edición, 1984.

Rogelio Hernández<sup>152</sup>. Ambas ideas son importantes porque señalan la evolución de las prácticas de un mismo tipo de personajes como resultado de la institucionalización del régimen. De esta manera podemos decir que los grandes políticos emanados de la Revolución pertenecen a ambos grupos: los caudillos murieron con los años para dar lugar ya no a “señores de la guerra”, sino a líderes institucionales, presidentes de la República; y los caciques, en un proceso más lento, dejaron de ser tradicionales para tornarse modernos.

Ahora bien, un gran problema del término cacique es que es útil para hablar tanto de un gobernador (como Maximino), cuanto de un jefe político de una comunidad o una región pequeña del estado: una especie de “caciquito”, provocando confusión. Alan Knight propone cinco niveles de caciques: nacional, estatal, regional, municipal y local.<sup>153</sup> El término sigue siendo preciso en tanto que sigue tratándose de intermediarios. En este sentido, sí puede hablarse de una diferencia escalar como la determinante, pues las funciones, poder y prácticas de los caciques, son las mismas, con la única variación en el alcance de su poder y la amplitud de las redes que los sustentan. Como se verá en el análisis de los líderes de las culturas íntimas, las formas de organizarse y actuar de los caciques son extraordinariamente diversas, dando lugar a subcategorías como la de caciques sindicales. Empero, a pesar de la propuesta de Knight, no debe asumirse que existe una jerarquía clara y coherente, como si se tratase de una organización formal. La lectura del caciquismo debe ser contingente y considerar el contexto. Como reza el refrán mexicano: “aunque todos somos del mismo barro, no es lo mismo bacín que jarro”<sup>154</sup>.

---

<sup>152</sup> Rogelio Hernández Rodríguez, *Presidencialismo y hombres fuertes en México*, *op. cit.*

<sup>153</sup> Alan Knight y Will G. Pansters (ed.), *Caciquismo in the twentieth-century Mexico*, *op. cit.* pp. 20 y 21.

<sup>154</sup> Herón Pérez Martínez, *Refranero mexicano*, México D.F., Academia Mexicana y Fondo de Cultura Económica, primera edición, 2004, pp. 66 y 67.

## El orden señorial: el caso de Atencingo

El 19 de junio de 1938, el presidente de la República, Lázaro Cárdenas, expidió un decreto mediante el cual una buena parte de las tierras del ingenio azucarero de Atencingo, hasta entonces en posesión del empresario norteamericano, William O. Jenkins, pasaron a manos de una cooperativa. El Diario de Puebla reportó al día siguiente que:

*reina en toda la región enorme entusiasmo por el hecho de que hace mucho tiempo los asalariados estaban esperando que la revolución llegara a los grandes intereses de aquel latifundista, que en forma inexplicable habían permanecido intangibles. Todos los campesinos se congregaron para esperar al Jefe del Poder Ejecutivo que de una manera democrática y sin alardes de ninguna especie, ha venido cumpliendo con los postulados de la Revolución, convirtiendo en realidad lo que hasta ayer parecía imposible<sup>155</sup>*

Este acontecimiento, el reparto agrario de Atencingo, se puede mirar desde muchas perspectivas y delata filias y fobias. También devela una manera de operar que se basa en la conciliación de los intereses del Estado mexicano con los del empresario, el gobernador del estado y los campesinos que trabajaban en el ingenio azucarero. Cárdenas sabía de la importancia de Atencingo – que llegó a ser la región económica más productiva del país – y estaba consciente de que dejarla fuera del reparto agrario habría sido una gran traición a su programa político, en el que creía firmemente, pero también tuvo temor de lastrar una zona tan retributiva, lo cual fue aprovechado por quienes tenían una visión distinta ya sea por convicción o por interés. Su opinión a propósito de Atencingo está plasmada en sus diarios con fecha de abril de 1937:

*Al cruzar por el poblado del ingenio azucarero de Atencingo (...) comprobamos una vez más la diferencia social que existe entre un poblado*

---

<sup>155</sup> “Se dio ayer posesión de las tierras de Atencingo”, *Diario de Puebla*, Puebla, 19 de junio de 1938.

*ejidal y una hacienda. Mientras que en el primero los campesinos paseaban alegres con sus familias y otros se divertían en el deporte, en la hacienda de Atencingo presentaban los campesinos un estado deprimente: grupos alcoholizados 'nos revelaron que la acción moralizadora no puede entrar a la hacienda'. Y es que los propietarios no se preocupan por mejorar las condiciones físicas y morales de sus trabajadores. Para sus fines de explotación más les conviene mantenerlos ignorantes y deprimidos. Urge convertir en ejido este latifundio*<sup>156</sup>

Los dos párrafos citados coinciden en una interpretación que entiende a los campesinos como grupos vulnerables que esperaban con desesperación que las máximas revolucionarias se cumplieran y cuya felicidad, educación y bienestar dependían de ello. Desde tiempos de Porfirio Díaz, la vida en el campo se caracterizaba por la convivencia en las haciendas y por ser un orden “semi feudal” en el que la jerarquía social estaba cimentada en la división entre “indios” y blancos. Esta relación era de carácter paternalista<sup>157</sup>. Una buena representación de esta relación se puede ver en la película *Allá en el rancho grande* de Fernando de Fuentes, donde, en la primera escena, podemos ver a un hacendado realizando una fiesta en la que todos sus peones, acasillados y trabajadores disfrutaban, bailaban y se emborrachaban – la imagen del campesino borracho y flojo está representada con uno de los personajes – justo antes de que una persona llegue al festejo con la noticia de que una mujer está agonizando. El hacendado, que se precia de ser la familia más que un jefe de los presentes, otorga préstamos, da buenos deseos y hace concesiones. El protagonista de la película, interpretado por Jorge Negrete, se convierte prácticamente en el hermano del hijo del hacendado, que no hace diferencia entre un huérfano y su propio primogénito. Esta imagen es nítida, el hacendado es como el padre de todos los que viven en su hacienda, de

---

<sup>156</sup> Lázaro Cárdenas del Río, *Obras: Apuntes 1913 – 1940*, México D.F., Universidad Nacional Autónoma de México, tercera edición, 1986, tomo 1.

<sup>157</sup> Francisco Javier Gómez Carpinteiro, *op. cit.* p. 140.

tal suerte que el honor y nombre de toda la hacienda está en juego en una pelea de gallos y en una carrera de caballos en la que, si los animales del hacendado ganan, gana todo el rancho grande (nombre de la hacienda) y sus habitantes.

De esta manera, la realidad y las narrativas se encaran una y otra vez. Hay varias ideas y creencias que vale la pena mencionar: la noción de justicia social, de modernización, tradición, jerarquía y orden. Es importante establecer la distinción entre unas y otras porque unas constituyen el sustrato de lo que está dado, de lo inconsciente, de lo que se sabe sin reflexionarlo, lo incuestionable; mientras que otras se formulan y reformulan conscientemente. “Las ideas se tienen, en las creencias se está”<sup>158</sup>. La búsqueda de la modernización está presente tanto en el discurso gubernamental cuanto en las acciones de Jenkins y los campesinos, aunque la idea de qué es la modernización es distinta. Para los campesinos es justicia social, pero es una justicia social que, convenientemente, está en consonancia con el orden tradicional porque busca el reparto agrario, las condiciones dignas, un trato igualitario y el derecho a la propiedad, al mismo tiempo que rechaza la regulación del Estado y abraza lo que el empresario norteamericano les ofrece: escuelas, vivienda, trabajo y festejos. Es el pragmatismo que busca la realización de las promesas de la revolución pero que rechaza la posibilidad de que le resten autonomía y le digan que hacer.

Atencingo es clave para entender el orden rural en Puebla y, decía David Ronfeldt<sup>159</sup>, en México, porque están presentes conflictos entre pueblos y haciendas (por tierra y agua); hacendados y gobierno (tierra, impuestos y deuda); y entre la anquilosada élite económica y la moderna; también entre pueblos. Todos estos conflictos están insertos en el proceso de

---

<sup>158</sup> José Ortega y Gasset, *Ideas y creencias*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, cuarta edición, 1952, p. 17.

<sup>159</sup> David Ronfeldt, *Atencingo: la política de la lucha agraria en un ejido mexicano*, trad. Mónica Hanson, México, D.F., Fondo de Cultura Económica, primera edición en español, 1975.

construcción de Estado que la revolución inició y se caracterizan por la lucha por recursos objetivos de poder; y por la defensa o imposición de formas de vida. La lectura que los campesinos hacían de la jerarquía estaba cimentada en su posición respecto a la hacienda, la edad y el género<sup>160</sup>. Las categorías que se formularon en el lenguaje para jerarquizar la posición de los trabajadores respecto de la hacienda fueron las de “acasillados” (caracterizados por vivir en “los límites de la hacienda”<sup>161</sup>), “avecindados” (caracterizados por haber emigrado y, por tanto, haber obtenido vivienda fuera de la hacienda), y “agraristas”, que luchaban por el reparto de la tierra.

Los dos primeros grupos están vinculados, aunque de manera diferenciada, al hacendado. Luchan por el derecho a recursos, pero su relación con el hacendado es de carácter clientelar y paternalista. La principal herramienta de Jenkins fue la construcción de escuelas, que era una de las demandas de las poblaciones y comunidades del territorio. Frente a la construcción de las escuelas, había tres posiciones que la gente tomaba: se oponían a la escuela; se oponían a que la construyera Jenkins; o simpatizaban con su construcción.<sup>162</sup> Estas posiciones demuestran que aceptar la escuela era, para las comunidades, una amenaza a su autonomía en tanto que significaba “deberle un favor” al hacendado. Por su parte, Jenkins construía las escuelas con un doble propósito, por un lado, buscaba ganarse la simpatía de las comunidades; pero también estaba comprometido con un proyecto de modernización que veía a los campesinos como “gente atrasada, ignorante, borracha y jugadora”. Esta forma de mirar a los campesinos está presente en el apunte referido de

---

<sup>160</sup> Francisco Javier Gómez Carpinteiro, *op. cit.*p. 140.

<sup>161</sup> *Ibid.*

<sup>162</sup> *Ibid.*

Cárdenas, en la película de Fernando de Fuentes, en testimonios, entrevistas<sup>163</sup>, e incluso en libros de texto para la educación en Estados Unidos que recibió Jenkins cuando era niño<sup>164</sup>. Las coincidencias entre el empresario norteamericano y el personaje de “Canastitas en serie”, el señor Winthrop<sup>165</sup> representan un curioso indicio del proyecto de modernización y reconfiguración del espacio que llevaban a cabo – no necesariamente de manera consciente y coordinada – el Estado mexicano y empresarios como el norteamericano o los migrantes libaneses, que poco a poco comenzaron a desplazar a la vieja élite económica al tiempo que modificaron las relaciones sociales de quienes participaron de la nueva dinámica que imponían.

El control de Jenkins sobre su ingenio de Atencingo tardó varios años, en los que, para empezar, comenzó a adquirir tierras a partir del aprovechamiento de las crisis económicas de las familias españolas que las poseían. Posteriormente destaca su negociación con las autoridades estatales para introducir nuevas tecnologías y obtener acceso a las fuentes de irrigación; durante este proceso fue que se desarrolló la construcción de decenas de escuelas. En el proceso de negociación paralelo con empresarios, autoridades y campesinos, sobresale la utilización de la vieja táctica de “palo y zanahoria”, pues, mediante la coordinación de su mano derecha, Manuel Pérez, Jenkins ofrecía para sus peones fiestas, escuelas y corridas; pero también contratava pistoleros y espías para amedrentar a los agraristas. El uso de guardias blancas y pequeñas fuerzas armadas privadas para proteger el ingenio y las haciendas fue una práctica que se agudizó durante la Revolución y que no fue

---

<sup>163</sup> David Ronfeldt, *op. cit.*

<sup>164</sup> Andrew Paxman, *op. cit.*

<sup>165</sup> Este personaje es la escenificación de la racionalidad económica que todo el tiempo busca obtener utilidades y piensa en maneras de ganar dinero; en el cuento, su idea de negocio brillante se cae a pedazos cuando la persona que hace las canastitas que él ya soñaba con comerciar, le dice que no puede producirlas en masa ni tan rápido porque cada una tiene “trocitos de su propia alma”.

exclusiva de Atencingo. Como ya se ha mencionado, Maximino Ávila Camacho formó y se apoyó varias veces en ellas, aunque con propósitos distintos.

Los campesinos tenían distintas maneras de “equilibrar la balanza” o “ejercer resistencia”. La mayoría de los peones, que no se encontraban en estado de rebelión (como varios agraristas), optaban por pequeños saboteos, tales como ocupar tierras ilegalmente, iniciar pequeños incendios, robar parte de la cosecha, no esforzarse al máximo durante la jornada laboral, etc.<sup>166</sup> Los agraristas, por su parte, además de recurrir también a las acciones anteriores, basaron su estrategia en las luchas legales y administrativas. A menudo, el presidente Cárdenas recibió cartas en las que se denunciaba el incumplimiento de los ideales revolucionarios en Puebla y en Atencingo, pues, a pesar del reparto que hizo Cárdenas y la creación de una gran cooperativa ejidal, lo cierto es que fue un reparto con condiciones muy favorables para su anterior dueño, ya que las bases fueron que se continuara con el cultivo de caña y que se le vendiera a la empresa de Jenkins. El tiempo demostró que, aunque en un principio el reparto fue de cierta manera “a modo”, a medida que el régimen avilacamachista perdió poder y Jenkins migró a otros negocios, la cooperativa fue cada vez más autónoma.

El agrarismo tuvo varios líderes visibles. El símbolo a nivel nacional del agrarismo, y especialmente en Puebla (por su colindancia con Morelos), fue Emiliano Zapata. No es sorprendente que los dos grandes líderes agraristas en Puebla, una vez muerto Zapata, fueran leales miembros del movimiento (suministraron recursos económicos y fungieron como organizadores): los esposos Celestino Espinosa y Dolores Campos, también conocida como “Doña Lola”. El paso de la rebelión abierta a las afrentas legales que recayó en el liderazgo

---

<sup>166</sup> Estos pequeños “saboteos” son comparables, así como sus propósitos, con los documentados por James C. Scott, en su libro *Weapons of the Weak: Everyday forms of Peasant Resistance*.

de estos dos personajes a partir de 1920 se explica por la derrota del zapatismo como movimiento armado ante el naciente Estado posrevolucionario, pero también es una muestra del proceso de institucionalización y centralización. Participar en una lucha legal por el derecho a la tierra suponía, al igual que la lucha armada en su momento, aprender un nuevo lenguaje y ajustarse a las reglas que la burocracia imponía; entrar en el proceso burocrático implicaba modificar los conceptos y, de esta manera, también la forma de vida de aquellos que se ajustaban a los requisitos solicitados para obtener sus demandas. El ejemplo más claro está presente en las representaciones sindicales y de organizaciones, que cobraron una gran relevancia en el proceso político y en la capacidad de presión hacia las autoridades, pero también de moderación de las demandas de los representados. También vale la pena mencionar como parte de este proceso de imposición del Estado que, a pesar de los esfuerzos de los líderes y de la asimilación de las reglas, las oficinas y tribunales del Estado no eran neutrales.

*Una vez organizados, los grupos de Celestino prepararon solicitudes de títulos ejidales sobre tierras de las haciendas y las presentaron al Gobernador del Estado. Como era de esperarse, se entabló en seguida una batalla legal, al intentar los terratenientes defender sus propiedades. Alegaron que los residentes de poblados situados dentro de las haciendas no tenían derecho a exigir títulos de propiedad, dado que por ley tales solicitudes tenían que ser hechas en nombre de un pueblo constituido en entidad política legal. Doña Lola, por lo tanto, estudió las leyes y preparó documentos para solicitar al Gobernador del estado una decisión que reconociera el status político independiente de los poblados dentro de las haciendas. Con una sola excepción, su caso se falló favorablemente. Sin embargo, el tiempo pasaba y los títulos no eran otorgados<sup>167</sup>*

Frente a los pocos resultados de la presión burocrática y los procedimientos legales, los campesinos recurrían a la agitación, propaganda y acción directa, sobre todo después de

---

<sup>167</sup> David Ronfeldt, *op. cit.* p. 25.

los asesinatos de sus líderes<sup>168</sup>. Curiosamente, la represión aumentó conforme el régimen comenzó a debilitarse. Los años en los que el régimen fue más hermético y en los que el cacicazgo avilacamachista fue más fuerte, la represión fue selectiva, quirúrgica.<sup>169</sup> Conforme la imagen de Maximino comenzó a desteñirse, la cohesión del grupo a disolverse, y el rechazo desde el centro a aumentar; la presión de los campesinos se elevó, llegando incluso a formar organizaciones temporales que rivalizaban en su representación con las corporaciones, que, a su vez, como resultado de la movilización, obtuvieron mayor autonomía *vis a vis* las autoridades estatales, aun cuando sus líderes formaran parte del grupo avilacamachista. Al mismo tiempo que el régimen se consolidaba en la institucionalidad mediante el remplazo de caciques por “hombres fuertes”, se abrieron ventanas de oportunidad para la redistribución (mucho menos agresiva y violenta) del poder.

Vale la pena destacar la presencia de líderes y figuras carismáticas para dirigir los movimientos, como el caso de Porfirio Jaramillo (hermano de Rubén Jaramillo). Su nombramiento como gerente de la cooperativa popular fue un gran logro para los campesinos. Sin embargo, la élite gobernante había aprendido a lo largo de varios años que conceder el poder servía tanto para cooptar como para posibilitar la reforma. Jaramillo, al parecer, buscó lo segundo, pero sus tácticas fueron insuficientes frente a la resistencia administrativa. Con el tiempo, la imagen de Porfirio se erosionó, al no poder cumplir con sus promesas. Jaramillo permaneció como líder, pero no pudo continuar en el puesto de gerente de la cooperativa. Él

---

<sup>168</sup> Los asesinatos de importantes figuras políticas siempre se les atribuyeron a las órdenes del gobernador. Esta idea se trata con mayor profundidad en el tercer capítulo. Sin embargo, vale la pena mencionar que en el mundo rural mexicano eran muy comunes las riñas entre personas ya fuera por peleas de borrachera, la conquista de una dama, etc. Varias de las riñas derivaban en consecuencias fatales. La frecuencia de riñas está magistralmente documentada y analizada por Paul Friedrich en sus libros *The Princes of Naranja: an essay in antrohistorical method* y *Agrarian Revolt in a Mexican Village*.

<sup>169</sup> *Ibid.* p. 193.

y los otros dos líderes más prominentes, Sánchez y Calixto, fueron asesinados en el período de inicio de la represión más generalizada en el estado, que coincide con el final del gobierno de Rafael Ávila Camacho, la pérdida de estabilidad, y la llegada de personajes que, aunque formaron parte del grupo que Maximino formó, no tenían la habilidad política que los políticos nacidos de la revolución. La llegada de personajes que, en un primer momento eran marginales en cuanto a la toma de decisiones políticas, como empresarios o militares a la gubernatura del estado, derivó en el recrudecimiento de las crisis políticas.

Un último detalle que estimo imprescindible para presentar a la cultura íntima campesina y el orden rural es el de la religión, la protección de los santos y su influencia en la vida cotidiana. Para ello es menester contar el acontecimiento de la “aparición de la Virgen de la Soledad” o la historia de “la Virgen de los Perros de Agua”. Ambas historias las rescata Francisco Javier Gómez Carpinteiro, en una entrevista con una mujer nacida en el pueblo de Ahuehuetzingo, en el municipio de Chietla. La historia de la aparición de la Virgen de la Soledad narra que, una vez, Jenkins se enfermó y pasó varios días en cama.

*Dos mujeres fueron a visitarlo. Postrado en su cama, le pidieron que 'dejara pasar el agua para sus hijos de Ahuehuetzingo'. Él no dijo nada. Preguntó a sus empleados quienes eran ellas. Nadie las vio entrar o salir. Luego de eso el industrial sanó. Fue a Ahuehuetzingo. Estando en la Iglesia, vio que un par de imágenes religiosas, la virgen de La Asunción y la virgen de la Soledad, correspondían a las personas que lo visitaron. Comprendió él que se había curado por un milagro obrado por ellas. En recompensa, 'él mandó a hacer la escuela del lugar'<sup>170</sup>*

La otra historia es la siguiente:

*Siempre se saca a pasear a la virgen, cuando se limpian los canales de agua. Una vez que no se hizo eso, no llovió. Desde entonces se pasea a la virgen y gente a su alrededor la acompaña, bailando. A la gente que le acompaña y*

---

<sup>170</sup> Francisco Javier Gómez Carpinteiro, *op. cit.* p. 82.

*van disfrazados, les llamamos los 'perros de agua'; así también le llamamos a la virgen, 'La Virgen de los Perros de Agua'. Dicen que antes esos perros de agua, disfrazados con hierbas se acercaban sin que los vieran a las tomas que eran custodiadas por los guardias de Jenkins para dejar pasar el agua para el pueblo*<sup>171</sup>

Estas narraciones son importantes porque dan cuenta del sentimiento de protección y sentido que las personas obtenían de las figuras religiosas, así como de la necesidad de adoptar los símbolos religiosos (en este caso la virgen) y adaptarlos a su contexto cotidiano. Los hechos se explican al mismo tiempo por su creencia y por la razón. Jenkins, “un gringo explotador” no puede ser “buena persona”, de modo que su “buena acción” de construir una escuela se explica por el milagro de la virgen. Al mismo tiempo, los canales de agua deben limpiarse porque hay una razón técnica detrás, empero, pasear a la Virgen de los perros de Agua garantiza que lloverá y que las acciones racionales tendrán un buen término. Además, como la virgen es justa, protege a sus hijos de Ahuehuetzingo de los abusos del empresario, pero una de esas maneras de protegerlos era que “los perros” dejaran pasar el agua, es decir, una acción que la propia comunidad toma está revestida de un simbolismo que hace que no sea la comunidad la que abre el paso al agua, sino la virgen. La protección que las personas recibían de los santos y la virgen está también pintada magistralmente por Bruno Traven en su cuento “El suplicio de San Antonio”<sup>172</sup>.

*Las gentes educadas, cuando un santo no les concede lo que le piden, se consuelan solas o con la ayuda de un sacerdote, diciéndose que Dios sabe mejor lo que les conviene. Los campesinos y los trabajadores sencillos tienen ideas semejantes respecto a su Dios, pero no respecto a los santos, a quienes*

---

<sup>171</sup> Entrevista de Cruz Hernández citada en *Ibid.* p. 82.

<sup>172</sup> En este cuento, Cecilio Ortíz, un minero indígena, roba una estatua de un santo de la iglesia para hundirlo en un pozo hasta que el santo le cumpla lo que pide, que aparezca su reloj perdido.

*por haber conocido bien la vida terrena, les exigen saber la forma de traficar en este mundo y comprender ampliamente las crueles realidades de la vida*<sup>173</sup>

El campesino Manuel (personaje ficticio) estaba orgulloso de su oficio y sentía cariño por la tierra que trabajaba y sus frutos. Le parecía injusto que los empresarios, que no hacían nada, fueran los dueños, pero no estaba dispuesto a rebelarse, como le sugerían algunos compañeros agraristas. Prefería hacer su trabajo, ahorrar, mantener a su familia y confiar en que algún día obtendría lo que le correspondía por derecho, probablemente por favor del excelentísimo señor presidente. Consideraba que el presidente era bueno, pero que sus allegados le ocultaban la información. Sabía que muchos líderes sociales hacían lo que podían y confiaba en ellos, pues, aunque estaba consciente de que no todas las luchas se ganan, creía en el poder de la negociación. Le preocupaba no cumplir con su trabajo porque afuera de su hacienda, donde vivía, había más campesinos que estaban dispuestos a hacer lo mismo que él pero mejor. Procuraba ir a misa siempre que podía, y si no lo lograba, al menos iba a persignarse. Le gustaban las fiestas y trataba de desquitar en ellas lo que consideraba que el patrón se ahorrraba en salarios. Consideraba a la escuela como la mejor manera de aprender a defenderse y hacía todo lo posible por convencer a su hijo de asistir.

### Los obreros de la industria textil

Puebla se enquistó en la industria textil como base y principal actividad económica desde el período colonial. Como es lógico, desde entonces gozó de períodos de crecimiento y desarrollo, así como de estancamiento. El dato es importante porque el estado fue, durante

---

<sup>173</sup> Bruno Traven, *Canasta de cuentos mexicanos*, México, D.F., Selector, primera edición, trigésima primera reimpresión, 2012, p. 104.

varias décadas a lo largo del siglo XIX y XX, el principal productor de textiles en México, de modo que todos los que participaban en alguna parte del complejo proceso de producción, así como los empresarios, tenían vastos conocimientos sobre la industria a partir de la tradición heredada de abuelos a padres y padres a hijos; también de la experiencia que acumulaban a lo largo de sus vidas, a la par de sus amigos y conocidos.

La industria textil generó en Puebla importantes períodos de auge económico, pues, durante la década de 1940 fue la segunda más importante en rendimientos económicos a nivel nacional, y “la primera en el sector manufacturero”<sup>174</sup>. La larga tradición textil en Puebla garantizó durante muchos años una gran ventaja por la cantidad de conocimientos y capacidades instaladas; empero, también significó una gran debilidad, ya que se anquilosó ante la falta de innovaciones en las máquinas, en los procesos, y también en las relaciones entre dueños y trabajadores.

El ya comentado proceso de modernización en México también tuvo repercusiones en el sector industrial, especialmente en el textil. Se abrieron ventanas de oportunidad para disputar recursos, espacios y derechos. Uno de los espacios más disputados fue el de las organizaciones sindicales, por su poder de mediación entre los actores gubernamentales y sus representados. Como ya se ha detallado, estas organizaciones fueron encabezadas por personajes que fueron asimilados por el régimen (o mejor dicho cooptados) para después recibir apoyo para sus aspiraciones como líderes. El más claro ejemplo es el de Blas Chumacero, un obrero textil que, a pesar de pertenecer al Frente Regional de Obreros y

---

<sup>174</sup> Enrique Cárdenas, *La hacienda pública y la política económica, 1929 – 1958*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, primera edición, 1994, citado por Susan M. Gauss, “Sowing Exclusion: Machinery, Labor, and Industrialist Authority in Puebla in the 1940s”, en su libro *Made in Mexico: Regions, Nation, and the State in the Rise of Mexican Industrialism, 1920s – 1940s*, Pennsylvania, The Pennsylvania State University Press, primera edición, 2010, p. 148.

Campeños (FROC) – facción opuesta a Maximino Ávila Camacho – y de ser un líder importante, terminó siendo uno de los más importantes aliados del nuevo gobernador, ocupando a partir de 1937, importantes puestos políticos: diputado local, siete veces diputado federal, dos veces senador, secretario general sustituto de la Confederación de Trabajadores de México (CTM), entre otros<sup>175</sup>. Aunque se pensaba a menudo a que Chumacero no era más que un sindicalista “charro”, que únicamente respondía a los intereses de su “jefe el gobernador”, lo cierto es que Chumacero encabezó en varias ocasiones importantes demandas sindicales que presionaron al gobierno del estado. Por supuesto, vale la pena mencionar que normalmente estas demandas venían de los obreros y que Blas Chumacero, en su papel de mediador, procuró apaciguar a los trabajadores al mismo tiempo que solicitaba concesiones importantes al gobierno y a los empresarios.

Al igual que en el caso de los campesinos, los obreros lucharon constantemente por recursos como el agua y la tierra, aunque con propósitos distintos; mientras los campesinos querían tierra y agua como insumos de su trabajo, los obreros las disputaban por necesitarlas como condiciones básicas de vida. La lucha por el espacio territorial para poder vivir en él y de la provisión de servicios básicos fue muy importante desde algunos años antes de la llegada de Maximino al gobierno del estado y continuó muchos después de su muerte. El posrevolucionario fue, al igual que en muchos otros ámbitos ya mencionados, un período en el que múltiples ventanas de oportunidad tuvieron lugar, algunas de ellas fueron la recuperación y constante expansión demográfica, la migración del campo a las ciudades y la urbanización.

---

<sup>175</sup> Sergio Valencia Castrejón, *op. cit.*

En este contexto, los obreros no solo tuvieron oportunidades para organizarse colectivamente y pugnar por “acceder a la tierra por medio del patrón de colonización”<sup>176</sup>, sino que la realidad los orilló, ya que la llegada de nuevas gentes a las ciudades y a los centros industriales – mayoritariamente localizados en Atlixco, al oeste del estado, muy cerca de las tierras fértiles de Atencingo nutridas por el río Nexapa –, así como la caída de salarios; se combinaron para crear graves aumentos del precio de las rentas de las viviendas. Además, las colonias obreras que poco a poco se fueron formando a partir de la presión colectiva y de la ventaja para los empresarios textiles de que sus trabajadores vivieran cerca de las fábricas, se caracterizaban por la deficiencia o incluso carencia de servicios básicos como alumbrado público o suministro de agua.<sup>177</sup>

El modo de vida de los obreros era una mezcla de combatividad y miedo, que también se expresa en los campesinos y que explica la división entre agraristas y los demás grupos, así como los sabotajes menores y la invasión ilegal de tierras – que no es una afrenta abierta pero que demuestra un descontento que es insuficiente para aceptar la posibilidad de perder todo y enfrentar a los patrones y al gobierno. La institucionalización del régimen y la cada vez mayor importancia de las corporaciones es una de las razones de que las acciones extremas fueran cada vez menos necesarias. Ahora bien, como se ha delineado, las acciones y movilizaciones obreras respondían normalmente a problemas concretos, como la lucha por espacios, viviendas y salarios dignos, pero también aceptaban (precisamente como estrategia para obtener lo que querían) ser movilizados con fines políticos, concretamente de legitimación. Los ejemplos más repetidos son los electorales, como la práctica de formar

---

<sup>176</sup> José Ariel González Bustillos, *La disputa por el territorio: movimientos sociales y poder político en Puebla 1920 – 1945*, Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, primera edición, 2014.

<sup>177</sup> *Ibid.*

obreros frente a mesas para votar por precandidatos; o acarreos a mítines “en teatros o locales en el centro de la ciudad y mítines en las colonias y barrios”<sup>178</sup>. Pero los electorales no eran los únicos ni los más interesantes o reveladores de la tensa relación entre la élite política y los obreros. Me interesa destacar los rituales en los que los políticos se honraban a sí mismos.

*El designar a las colonias con nombres de funcionarios públicos era una de las prácticas del clientelismo, otra era la asistencia de la clase política en el poder a los actos de inauguración de las colonias como parte de los ritos (...). Este era el papel que asumían los colonos en el pacto clientelar con el Estado, donde la subordinación de éstos buscaba una vía de acceso a los equipamientos y servicios de los cuales estaban excluidos, mientras que las autoridades obtenían el control político y una base proselitista<sup>179</sup>*

Este tipo de actos son particularmente interesantes porque tanto los políticos cuanto los obreros sabían que se trataba de una escenificación que estaba basada en un pacto normalmente implícito. El pacto constaba de una especie de “purificación” del político – que demostraba con su presencia y su vinculación directa con la gente – que sus acciones estaban todas orientadas por los ideales revolucionarios, y se sentía apoyado, probablemente consciente de que ese acto sí reflejaba una fuerza real basada en la capacidad de movilización; pero también es probable que en ocasiones olvidara que se trataba de un acto, y se embebiera en el clamor popular. Los testimonios de un cacique tan poderoso como Gonzalo N. Santos (de la Huasteca Potosina) dan cuenta de que en ocasiones tanto los políticos cuanto quienes los vitoreaban, dejaban de distinguir las diferencias entre un apoyo espontáneo y uno basado en arreglos previos, pues, ciertamente, a veces el segundo producía a largo plazo el primero. Probablemente el político esperaba que ese proceso de transferencia, en el que el obrero también comenzaba a atribuirle virtudes de generosidad y solidaridad – a pesar de saber que

---

<sup>178</sup> *Ibid.* p. 114.

<sup>179</sup> *Ibid.* pp. 142 y 143.

estaba participando en una escena – ocurriera. Por ello la necesidad de múltiples funcionarios por bautizar con su nombre colonias y calles. Es posible que esto ocurriera a menudo, pero no derivaba en lealtad, sino en un entendimiento clientelar que podía, en el mejor de los casos, continuar en buenos términos para ambas partes.

Ahora bien, la vida de los obreros iba mucho más allá de su relación con los políticos y los empresarios; la mejor manera de comprenderla está en sus rutinas dentro de las fábricas. Cabe recordar que el estatus de obreros no les aplicaba únicamente a aquellos que laboraban en la industria textil, empero, por la larga tradición textil en Puebla, la mayoría lo eran, y en múltiples ocasiones fueron los líderes de los movimientos que incluyeron a obreros de otras industrias y a campesinos. En este sentido se puede decir que los obreros tenían mucho mayor capacidad organizativa que los campesinos, y les era más sencillo impulsar sus demandas, pues, aunque también había sindicatos blancos, eran mucho menos comunes y violentos que las guardias blancas.

La industria textil se caracterizaba por un complejo y diferenciado proceso de manufactura que incluía trabajos más técnicos y que requerían mayor conocimiento que otros; para empezar, la diferenciación entre los departamentos de tejidos e hilados. Cada uno de estos departamentos tenía diferentes máquinas que exigían la atención e intervenciones de los trabajadores según su puesto. Solo para dar una idea de la diversidad de actividades, dentro del departamento de hilados había batientes; cardas; peinadoras; estiradores y veloces; hilaturas torzaleros; y cada una de estas máquinas y funciones exigía la participación de varios trabajadores que, además, no hacían todos lo mismo, por ejemplo, para el batiente

había ayudantes, abridores de pacas, batintero, ayudante de cabo y cabo.<sup>180</sup> La diversidad de las funciones y oficios de los obreros es importante porque la especialización y jerarquización a partir de los conocimientos técnicos – que se reflejaban en mejores oportunidades para ser contratados, retener su empleo, recibir mejores salarios, seguridad en el trabajo, entre otras ventajas – tenía como consecuencia la existencia de un fuerte espíritu de cuerpo y orgullo. Otra de las importantes razones para el orgullo que los trabajadores sentían respecto de sus trabajos y su posición era que muchos habían aprendido muchos de esos conocimientos técnicos de sus padres y abuelos, pues, como ya se ha mencionado, la tradición era uno de los elementos que le daban a Puebla una posición privilegiada en este sector.

Ahora bien, a pesar del orgullo y de la diferenciación de funciones, “a nivel cultural exist[ía] una cierta homogeneidad del gremio que se evidencia en un conjunto de prácticas, (...) como son: la fiesta del pueblo, la práctica sabatina del deporte, [la recurrencia del San Lunes<sup>181</sup>], etc.”<sup>182</sup>. Es decir, existían rituales compartidos en donde, en ocasiones, las diferencias se diluían o se convertían en otro tipo de distinciones. “Se subdivid[ían] las tareas: los de la música, los de las flores, los de la iglesia, los de la colecta, los de los bailes, los de los toros, etcétera”<sup>183</sup>. La religiosidad es un factor común de todos los obreros (y también de muchas otras culturas íntimas en Puebla), de allí que las fiestas de los santos y las cívicas siempre se celebraran a lo grande, apoyadas por sindicatos, gobierno e incluso empresarios,

---

<sup>180</sup> Rosalina Estrada Urroz, *Del telar a la cadena de montaje: la condición obrera en Puebla, 1940 – 1976*, Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, primera edición, 1997, p. 70.

<sup>181</sup> Rosalina Estrada Urroz documenta la recurrencia del ausentismo de los trabajadores los lunes como resultado de resacas y flojera. Los trabajadores hacían mofa de su rebeldía apodando al día como “San Lunes”. Este es, entre otros, un buen ejemplo de los pequeños gestos de “resistencia” que documentaba James C. Scott.

<sup>182</sup> *Ibid.* p. 61.

<sup>183</sup> *Ibid.* p. 85.

pues eran eventos muy importantes que permitían, entre otras cosas, despresurizar el descontento. Empero, una de las expresiones más interesantes de la religiosidad de los obreros era que cada uno se encomendaba a algún santo en particular e incluso colocaba un pequeño altar al santo en su lugar de trabajo. Esta era solo una de muchas otras actividades, como la proliferación de apuestas entre compañeros, coqueteos, la creación de apodos, salidas a comer “garnachas” y tomar pulque entre compadres, que representaban una apropiación del lugar de trabajo; también les costaba de vez en cuando multas.<sup>184</sup>

Las luchas entre obreros y empresarios no se dieron únicamente con respecto a salarios, vivienda, seguro médico o ausentismo. Una de las grandes disputas tomó lugar cuando el atraso de las fábricas y la obsolescencia de las máquinas comenzó a hacerse patente y otros estados de la república comenzaron a rebasar a la mítica Puebla en su principal actividad económica a partir de la década de 1940 y ya con más claridad a partir de la de 1950: la disputa por la modernización. No es sorprendente que el proceso de modernización produjera conflictos (el presente trabajo ha mostrado varios de ellos dentro de la élite política nacional, local y empresarial), pero llama la atención que, aun cuando estaba en el interés tanto de los dueños de las fábricas cuanto de los obreros, los acuerdos y el rumbo que deseaban que tomaran no cristalizaron en la urgente modernización de las fábricas. La oposición a la modernización es mucho más comprensible si se le mira de cerca.

Susana M. Gauss propone cuatro posibles explicaciones para el fracaso de la compra de máquinas y modernización de las fábricas: Estados Unidos dejó de mirar con simpatía la posibilidad de venderle máquinas modernas a la competencia a partir del final de la segunda guerra mundial; los empresarios tenían miedo de que la gran inversión fuera inútil y que no

---

<sup>184</sup> *Ibid.* p. 184.

resultara en ganancias; muchos empresarios no tenían suficiente dinero para la inversión y tampoco recibieron apoyo gubernamental; y los trabajadores se oponían a la modernización por miedo a que aumentara el desempleo y disminuyeran los salarios como resultado de máquinas que exigieran menos operadores o conocimientos.<sup>185</sup>

Empero, estas explicaciones no son suficientes ni por sí mismas ni en conjunto, pues la misma autora documenta que existieron mesas de diálogo entre obreros y empresarios que resultaron en protestas de ambos lados y que incluso derivaron en choques violentos. Es decir, ambos grupos presionaron para lograr modernizar las fábricas, pero en distintos rubros. En este sentido es de vital importancia considerar que los líderes sindicales vieron amenazado su poder como mediadores en tanto que la modernización suponía contratos claros con funciones y tabuladores de salarios; su función de presionar por salarios y concesiones se habría vuelto obsoleta frente a los contratos<sup>186</sup>. El factor común que explica la incapacidad para pasar del “taylorismo de harapos”<sup>187</sup> al taylorismo moderno<sup>188</sup> que cómicamente retrata Charles Chaplin en *Modern Times*, es el miedo. Los empresarios, para

---

<sup>185</sup> Susan M. Gauss, *op. cit.* pp. 156 y 157.

<sup>186</sup> *Ibid.* p. 160.

<sup>187</sup> Rosalina Estrada Urroz, *op. cit.*

<sup>188</sup> El taylorismo fue el nombre que recibió el método de la administración científica propuesto a principios del siglo XX por Frederick Winslow Taylor en su libro *The Principles of Scientific Management*, que consistía, sintéticamente, en una clara división del trabajo en la que los trabajadores participaran, cada uno, en una tarea muy específica en la que se volvieran, progresivamente, cada vez más excelentes y aumentar la eficiencia al simplificar el proceso productivo; también promovía la vigilancia para evitar que los obreros trabajaran menos intencionalmente y la existencia de condiciones saludables y descansos cronometrados para que, descansados, los trabajadores rindieran mejor. Esta corriente influyó bastante en la modernización que impulsaron fábricas tanto en América cuanto en Europa, así como en posteriores propuestas como la de Henry Ford. Otra propuesta similar, que además antecedió a la de Taylor fue la propuesta por el francés Henri Fayol en su libro *Administration industrielle et générale*. Rosalina Estrada Urroz nombra taylorismo de harapos a la administración de la industria textil en Puebla por la división del trabajo que estaba enmarcada por atrasadas condiciones de seguridad, eficiencia e higiene al interior de las fábricas, así como por la falta de iniciativa por mejorar el proceso productivo y encontrar lo que Taylor llamaba *the best way* (la mejor manera) de hacer las cosas.

empezar, llevaban décadas rehusándose a modernizar sus máquinas porque estaban demasiado cómodos con las ganancias que habían acumulado y su hambre capitalista se había saciado, de modo que no tenían incentivos para invertir; también consideraban que las inversiones eran demasiado riesgosas; los obreros por su parte temían que las máquinas los volvieran menos necesarios; y los líderes sindicales temían perder su poder. En el siguiente apartado profundizaré sobre la cultura íntima empresarial, que se pinta a partir de la comparación entre los anquilosados empresarios españoles y mexicanos porfirianos; y los libaneses, el norteamericano Jenkins y algunos mexicanos más “hambrientos”.

El obrero Luis (personaje ficticio) solía ser una persona trabajadora pero rebelde. No consideraba que se le tratara justamente y en consecuencia hacía lo posible por equilibrar la balanza, su idea de futuro se limitaba a conseguir techo y alimento para su familia. Tenía amigos en las fábricas y procuraba convivir tanto como pudiera con ellos, pues la diversión le ayudaba a mejorar su idea de la vida y a hacer más amena su estancia en el trabajo. Luchaba por sus derechos, especialmente por salarios justos, seguridad social y buenas condiciones en las fábricas, pero sabía que su lucha era una manera de negociar. Conocía el nombre del líder sindical, pero lo consideraba corrupto y dudaba que representara realmente sus intereses. Estaba acostumbrado a no lograr lo que exigía colectivamente pero igual consideraba necesario no quedarse cruzado de brazos. Era religioso, pero no iba siempre a misa. Prefería encomendarse a la virgen y organizar reuniones en su casa, a las que no invitaba más que a amigos de confianza. Tenía fe en el señor presidente y confiaba en que llevaría a la patria por buen camino, pero entendía que esas cosas llevan tiempo, así que procuraba no desesperarse.

## Los empresarios: tradición y modernidad

Una de las claves para entender a los empresarios parte de sus diferencias de origen, que se reflejaron en su convivencia y en sus posturas respecto de diferentes aspectos, por ejemplo, la mencionada modernización de la industria textil. La categorización de los empresarios no sólo es útil para estudiarlos, sino que formaba parte de su vida cotidiana. Los empresarios españoles y mexicanos que tenían largo tiempo en México y cuyas fortunas y propiedades se vieron fuertemente afectadas por la revolución, aun conservaban suficiente poder económico y orgullo para desdeñar al recién llegado desde Estados Unidos, Jenkins.

*Una noche, cuando Jenkins y su esposa Mary estaban saliendo de una función de ópera, uno de los miembros de una de las familias de la élite poblana chocó con Mary y la hizo tropezar. Probablemente fue un accidente, pero eso no le importó a Jenkins. Su sentido de justicia ya se había inflamado. Le prometió a su esposa. “Van a pagar por eso algún día”. Diez años después, un número importante de esa misma clase divina estaba buscando el apoyo de Jenkins, tenían grandes deudas con él, o partes de sus propiedades habían sido embargadas por falta de pago<sup>189</sup>*

Algo similar ocurrió con los migrantes libaneses, que en un principio eran despreciados por la xenofobia imperante en México (en la que profundizaré más adelante). Mucha gente se oponía a que se les abrieran las puertas porque: “son perniciosos para nuestro país y a que seguramente no tienen afición al trabajo y se dediquen solamente a afilar navajas y vender baratijas”<sup>190</sup>. De hecho, en un principio los libaneses tenían la prohibición de dedicarse al comercio y “se prohibió la entrada a trabajadores extranjeros, con excepción de los que dispusieran de un capital de 10 mil pesos”<sup>191</sup>, pues la mayoría eran migrantes que no

---

<sup>189</sup> Traducción propia de Andrew Paxman, *op. cit.* p. 70.

<sup>190</sup> Angelina Alonso, *Los libaneses y la industria textil en Puebla*, México D.F., Centro de Investigaciones y Estudios Superiores de Antropología Social, primera edición, 1983, p. 105.

<sup>191</sup> *Ibid.* p. 77.

contaban con mucho más que con las mercancías que habían traído de Medio Oriente, y se dedicaban al ambulante. Con el pasar del tiempo y ante el éxito que tuvieron los libaneses en la industria textil como resultado de sus conocimientos (pues en el Líbano también tenían ya una larga tradición); de su hambre por crecer; de su solidaridad como comunidad; y de una manera de entender la industria que privilegiaba el crecimiento y que no se conformaba con las cómodas fortunas acumuladas (como los porfiristas)<sup>192</sup>; el discurso sobre los libaneses cambió positivamente.

Empero, aunque el origen era un factor de cohesión entre los distintos grupos, en realidad pesaba más la distinción entre tradición (que encarnaban los empresarios que habían acumulado grandes patrimonios antes de la revolución) y modernidad (que se expresaba en las nuevas ideas y el hambre de crecimiento que los recién llegados libaneses, norteamericano y mexicanos con pequeñas fortunas tenían).

La capacidad de los empresarios para articularse respondió también a sus diferencias respecto de sus negocios, de la zona poblana donde operaban y, desde luego, a afinidades que solo se explican por el carisma e intereses comunes. Esta última parecería ser irrelevante, pero lo cierto es que, en ocasiones, era la puerta para acceder a todas las demás. Por ejemplo, Jenkins logró integrarse a la anquilosada élite económica y convertirse en un contacto de confianza a partir de su entrada en el Alpha Club<sup>193</sup>, un club deportivo en el que solía ejercitarse y jugar partidos de tenis (allí conoció, todavía durante el porfiriato, al yerno del autoritario exgobernador Mucio P. Martínez)<sup>194</sup>; los libaneses se apoyaron en sus

---

<sup>192</sup> Un ejemplo relevante es que trabajaban también los domingos, lo cual derivó en la absorción de clientelas.

<sup>193</sup> Muchos años después compró el club, que existe a la fecha y que forma parte de una fundación que creó el empresario ya en los últimos años de su vida.

<sup>194</sup> Andrew Paxman, *op. cit.*

conocimientos sobre la industria textil y en los productos que habían traído desde su lugar de origen para forjar vínculos como comerciantes con los grandes dueños de las industrias y, ante el estancamiento de la industria textil y el apoyo de libaneses con más recursos y ya instalados, comprar algunas fábricas<sup>195</sup>; y los mexicanos que ya tenían algún pequeño negocio y que estaban bien posicionados en industrias pujantes que comenzaban a despegar, como la cinematográfica, y que los catapultaron para convertirse en algunos de los hombres más ricos de México – este fue el caso de Manuel Espinosa Yglesias, que se alió con Jenkins en la expansión del cine en México y en la construcción de convenios bancarios.

Una manera de ejemplificar la fuerza de la identificación a partir de la categoría de empresarios está en la distinción que había entre libaneses y demás empresarios, pero también entre los mismos libaneses (maronitas y drusos<sup>196</sup>). Las distinciones se diluían porque: “la participación y preocupación por los cambios político-sociales se relaciona con intereses económicos muy concretos. Cuando esto sucede la diferenciación con el resto de la población rebasa el aspecto étnico llegando a una distinción de clase”<sup>197</sup>.

Ahora bien, a pesar de que la clase política y la empresarial estaban fuertemente compenetradas y de que miembros de la élite empresarial se incluían dentro de la élite avilacamachista, lo cierto es que, durante los mandatos de Maximino Ávila Camacho, Gonzalo Bautista Castillo, Carlos I. Betancourt y Rafael Ávila Camacho (1937 – 1957), la división estaba muy clara. Los empresarios sabían que tenían que colaborar con los políticos, entre otras cosas, con aportaciones económicas para campañas, pero nunca se habían atrevido

---

<sup>195</sup> Angelina Alonso, *op. cit.*

<sup>196</sup> Estas eran las dos principales religiones en el Líbano, y existieron varios conflictos entre ellos, al punto de que la región se dividió en dos partes (Caicamanatos).

<sup>197</sup> *Ibid.* p. 149.

a tratar de remplazarlos o a ostentar ellos mismos puestos públicos importantes. Esto comenzó a cambiar en la medida en la que el poder de la élite avilacamachista disminuyó y otros grupos comenzaron a aumentar su poder. Cuando los políticos experimentados y carismáticos como Maximino y Gonzalo estuvieron ausentes, algunos miembros de la élite avilacamachista que habían ocupado un lugar marginal por tratarse de funciones distintas, como militares y empresariales, comenzaron a ocupar sus lugares, esta vez con poco éxito y muy malos resultados.

Para ejemplificar esta simbiosis entre la clase empresarial y la clase política vale la pena rescatar dos anécdotas que, aunque son disímiles por el contexto y por la dinámica que existía entre políticos y empresarios, ilustran muy bien cómo la relación era cercana, pero estaba perfectamente diferenciada. Los políticos estaban dispuestos a hacer concesiones y a incluir en las acciones gubernamentales a diferentes actores, pero no estaban abiertos, en ninguna circunstancia, a compartir el poder político, ése sí les competía a ellos y sólo a ellos. La primera la relata Vicente Lombardo Toledano de cuando fue gobernador de Puebla:

*Un día yo estaba en mi despacho, en el Palacio de Gobierno, cuando se abrió la puerta de par en par. Vi a un tipo raro que me dijo: “Yo soy William Jenkins”. Y contesté: “¿Quién le dio a usted permiso para entrar?” “Es que yo siempre tengo puerta abierta en el gobierno de Puebla” Le dije: “La tuvo, hoy no es posible, yo no puedo recibirlo a usted sin haberlo citado previamente” Toqué el timbre y le dije a uno de los ayudantes: “Saque de aquí a este hombre.” Y se fue. Así conocí personalmente al famoso señor Jenkins<sup>198</sup>*

La otra ya es del período de Maximino:

*El gobernador aprobó [un] proyecto, pero reconoció que no había fondos para realizarlo. “De cualquier manera”, añadió, “si van aquí a la esquina y visitan a Don Guillermo Jenkins, puede que él los ayude”. Entonces los*

---

<sup>198</sup> James Wallace Wilkie *et. al.*, *op. cit.* p. 266.

*delegados hicieron eso. Convencieron a Jenkins de la viabilidad del proyecto y se comprometieron a pagar el préstamo. (...) Los préstamos de Jenkins para proyectos municipales específicos continuaron con los sucesores de Maximino*<sup>199</sup>

En cierta ocasión, varios años después de que Maximino había muerto, se le preguntó a Jenkins su opinión del personaje. Uno habría esperado un excelente comentario, ya que su relación estaba, aparentemente, cimentada más que en el interés. Convivieron no sólo en acuerdos en los que Maximino exigía préstamos y Jenkins recibía concesiones, sino en bodas, bautizos y demás eventos sociales. Incluso se convirtieron en compadres (cuando Jenkins firmó como testigo en la boda de su hija). La respuesta de Jenkins fue contundente: “Maximino was the biggest son-of-a-bitch I’ve ever known”<sup>200</sup> (Maximino era el mayor hijo de puta que he conocido).

Que Jenkins se expresara así del político que más apoyó, y de quien más apoyo recibió, resulta revelador y confirma una relación de subordinación de los empresarios, que, en su mayoría, prefería no participar en política sino cuando era necesario, cumplir con lo que el poder político les demandaba para mantener una buena relación y, eso sí, recibir concesiones seguido. Si bien existía un *quid pro quo*, era uno que se sustentaba sobre la constante amenaza de, por ejemplo, aplicar regulaciones y leyes en las que, como se ha mencionado, normalmente utilizaban largos procesos burocráticos para no hacerlas cumplir (en beneficio de los grandes propietarios). A pesar de que el gobierno de Maximino es considerado como uno en los que los empresarios más se beneficiaron (cabe mencionar que no sólo como resultado de concesiones sino de también una importante recuperación económica y demográfica), también vale la pena subrayar que fue uno de los gobernadores

---

<sup>199</sup> Traducción propia de Andrew Paxman, *op. cit.* p. 230.

<sup>200</sup> *Ibid.* p. 231.

que más aumentos y nuevos impuestos instituyó tan pronto llegó al gobierno con la amenaza de expropiar a todo aquel que se negara a pagar. Había amistad entre el gobernador y varios empresarios, pero siempre quedó muy claro que el ejecutivo local era quien daba las órdenes.

Empero, hay un espacio que permite dar cuenta de cómo la disminución del poder de la élite política se tradujo en el aumento de la capacidad de maniobra y de la influencia de la clase empresarial; ese espacio son los medios de comunicación y el cine. Los mencionados William O. Jenkins y Manuel Espinosa Yglesias vieron en el cine un gran mercado sin explotar y, aunque quizás entonces no le vieron esa capacidad, también se dieron cuenta con el tiempo de que podían influenciar la opinión pública mediante el séptimo arte, también mediante el veto de proyectos<sup>201</sup>. Por otro lado, la gran visión de Maximino le permitió darse cuenta de que, para construir su gran poder en el estado, iba a necesitar de una gran influencia “imparcial y autónoma”, los medios de comunicación, concretamente, los periódicos. Sabiendo esto, no dudó en aliarse con personajes que no eran empresarios, pero que se prestaron a cumplir con su encomienda como Julián Cacho o José García Valseca. Ambos habían sido periodistas, pero el primero ya era miembro de la élite política, pues fue “regidor del Ayuntamiento de la ciudad de Puebla, diputado local [y] diputado federal”<sup>202</sup>; mientras que el segundo tenía una larga trayectoria fundando periódicos y revistas desde su juventud, también fue militar durante la revolución. José García Valseca “elaboró un plan para fundar una cadena de periódicos que prepararan las bases políticas para una posible candidatura presidencial de Maximino”<sup>203</sup>, de modo que recibió gran apoyo para “crear periódicos en

---

<sup>201</sup> Miguel Contreras Torres, *El libro negro del cine mexicano*, México. D.F., Hispano-Continental Films, primera edición, 1960.

<sup>202</sup> Enrique Cordero y Torres, *op. cit.* p. 130.

<sup>203</sup> Wil G. Pansters, *op. cit.* p. 133.

todos los ámbitos de la provincia mexicana hasta contar treinta y cinco eslabones de la Cadena García Valseca”<sup>204</sup>. Durante mucho tiempo los medios se subordinaron a la élite política y siguieron su línea – pues algunos opositores como *La Opinión*, se vieron fuertemente presionados mediante amenazas y asesinatos de periodistas –, sin embargo, para 1957, Maximino y su mejor aliado, Gonzalo Bautista Castillo ya habían muerto, las cadenas, el gran poder de los medios de comunicación y las fortunas de los empresarios, en cambio, permanecieron.

Richard (personaje ficticio) deseaba con todo su corazón ganar dinero, pero no quería ganar dinero nada más por el placer de rebosar en billetes, quería ganárselo con el sudor de su frente. El dinero era, más que una herramienta, un trofeo resultante del esfuerzo, la innovación y las buenas ideas puestas en práctica. Para conseguir su objetivo creía que lo mejor era, primero obtener una pequeña fortuna ahorrando, especulando y prestando, y después invirtiendo en tierras y máquinas. Consideraba ignorantes y borrachos a la mayoría de sus empleados, pero igual les tenía cierto afecto, siempre y cuando trabajaran, eso sí. Detestaba tener que lidiar con políticos, pero sabía que era importante y, en consecuencia, procuraba llevarse bien con ellos. Quería ayudar a la comunidad a salir del “atraso” y procuraba invertir en proyectos comunitarios y filantrópicos, con lo cual, al mismo tiempo, quedaba bien con los políticos y obtenía su visto bueno para algunos proyectos. No era muy religioso. Sentía auténtico cariño por México, aunque no hubiera nacido allí. Trataba de llevarse bien con otros empresarios, pero sabía que le tenían envidia y eso dificultaba la relación.

---

<sup>204</sup> Enrique Cordero y Torres, *op. cit.* p. 282.

## El clero: Heroica Puebla de Zaragoza vs Puebla de los Ángeles

Puebla ha destacado en muchos momentos de la historia de México, tanto por la gran victoria liberal y patriótica del cinco de mayo, cuanto por ser un fuerte del conservadurismo, que estuvo ligado de manera ineluctable con el catolicismo. En Puebla, y quizás en todo México, ser conservador implicaba ser católico, aunque ser católico no implicaba ser conservador. El gran momento que da cuenta de esta afinidad electiva se ubica fuera del período de estudio, pero es importante porque, ante la debilidad del régimen y el aumento de las protestas estudiantiles en la década de 1960, revela con gran claridad la importancia de la religión católica como bandera de legitimidad, y de la amistad que existía entre el clero poblano y el gobierno del estado.

La tensión del régimen y del conservadurismo con los jóvenes y estudiantes estuvo presente desde la década de 1930, pero se agudizó precisamente durante los años en los que el dominio simbólico del régimen comenzó a debilitarse y algunas instituciones dejaron de adaptarse a cambios sociales importantes. Antes de describir la polarización que se produjo en Puebla a partir de la década de 1960, conviene anotar algunos interesantes antecedentes que ilustran la moral del sector conservador de Puebla que, cabe mencionar, era transversal y estaba presente en mayor o menor medida en todas las culturas íntimas.

En julio de 1938, en el segundo año de gobierno de Maximino, en el *Diario de Puebla* se presentaba el siguiente titular: “Clamor General Contra los Bailes Públicos en Varias Escuelas” que, además estaba acompañado de distintos testimonios de padres de familia (obreros, comerciantes profesionistas, funcionarios, empleados y profesores) que

condenaban la existencia de bailes en las escuelas: “parece inaudito que las mismas maestras que las educan expongan a sus discípulas a los peligros de los bailes. Poco necesita la juventud actual para que todavía se le empuje al vicio”<sup>205</sup>. La identificación del baile con el vicio y la perversión deriva, en palabras de los propios entrevistados, de las connotaciones sexuales de la danza. “Al paso que vamos, nuestras hijas se educarán a las mil maravillas y a la moderna, asistiendo a bailes en las que se rozan con toda clase de gente”<sup>206</sup>. Tan solo un día después, el titular era el siguiente: “ESTÁN PROHIBIDOS LOS BAILES PÚBLICOS EN LAS ESCUELAS”<sup>207</sup> y el director de Educación declaraba que “la sociedad podrá estar tranquila, pues tras de esto, no habrá más bailes en los colegios”<sup>208</sup>.

Este acontecimiento resulta interesante por varias razones, la primera es la identificación del baile como un ritual con connotaciones sexuales (que podría o no haberlo sido dependiendo de la situación), pero lo importante no es si lo era o no para los estudiantes que bailaban, sino que lo era para los padres, que se escandalizaban por las laceraciones que la moralidad pública sufría a partir de la identificación de la sexualidad con el pecado, y de la defensa del ya inconsciente instinto de pudor<sup>209</sup>. La lectura de la danza en las escuelas públicas como una amenaza a la moral pública que proviene de la modernidad (que también

---

<sup>205</sup> “Clamor General Contra los Bailes Públicos en Varias Escuelas”, *Diario de Puebla*, Puebla, 28 de julio de 1938.

<sup>206</sup> *Ibid.*

<sup>207</sup> “ESTÁN PROHIBIDOS LOS BAILES PÚBLICOS EN LAS ESCUELAS”, *Diario de Puebla*, Puebla, 29 de julio de 1938.

<sup>208</sup> *Ibid.*

<sup>209</sup> Un trabajo interesante que estudia la función y evolución del pudor en las sociedades occidentales a lo largo de varios años es el de Norbert Elias, *El proceso de la civilización: investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, segunda edición, primera reimpresión, 1994.

se identificaba con la idea de comunismo), recuerda al escándalo que vivió el entorno de Carlitos, el protagonista de *Las batallas en el desierto*<sup>210</sup>.

A propósito de los escándalos, Pansters señala que “lo que se definía como moralmente aceptable y justificable estaba determinado por la ‘encarnación de las ‘masas’ y los ‘especialistas’ morales, es decir, las autoridades eclesiásticas”<sup>211</sup>. Aunque la participación del clero en el orden cultural poblano era discreta, también era clara. Como señala Marshall Sahlins, una manera de interpretar un hecho (pasado o reciente) puede mantenerse o cambiar de manera abrupta en función del encaramiento de “la realidad” (o el hecho), con las interpretaciones de quienes lo viven o lo presencian<sup>212</sup>. Parafraseando a Ernest Renan<sup>213</sup>, la interpretación de un hecho es el plebiscito de todos los días. En este sentido es importante plantear la disputa por el nombre de la capital del estado. Durante el gobierno de Benito Juárez, en la época que Don Daniel Cosío Villegas bautizó como “la República restaurada”<sup>214</sup>, Puebla pasó de ser la “Ciudad de los Ángeles”, a ser “Puebla de Zaragoza”.

El liberalismo constituyó uno de los sustratos más importantes de la revolución porque se le identificó con el heroísmo y el amor por la patria, en este sentido el acontecimiento más célebre de la intervención francesa fue la batalla de Puebla del 5 de mayo, razón por la que, en 1955, durante el gobierno de Rafael Ávila Camacho – a sugerencia

---

<sup>210</sup> En esta clásica novela corta de José Emilio Pacheco, un niño narra cómo el mundo que conoció se desmorona frente a la llegada de la modernidad y cómo sus padres, amigos y conocidos se escandalizan e interpretan de maneras exageradas y poco atinadas el amor que siente por la madre de su mejor amigo, Jim.

<sup>211</sup> Wil G. Pansters, *Política y poder en Puebla*, op. cit. p. 142.

<sup>212</sup> Marshall Sahlins, *Islas de historia*, op. cit.

<sup>213</sup> Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, segunda edición, 1983.

<sup>214</sup> Daniel Cosío Villegas et. al., *Historia mínima de México*, México, D.F., El Colegio de México, segunda edición, décimo sexta reimpresión, 2017.

de Enrique Cordero y Torres, profesor, historiador y periodista<sup>215</sup> –, el nombre de la capital volvió a cambiar para convertirse en el de Heroica Puebla de Zaragoza. El conflicto que se generó a partir del cambio no fue menor, pues desechaba el valor del mito en el que se cimentó la construcción de la ciudad y el estado durante la época virreinal – según el cual Fray Julián Garcés, obispo de Tlaxcala tuvo un sueño en el que los arcángeles le revelaron un “dilatado campo(...), haciéndole entender (...) que aquél era el lugar que tenía el señor preparado para la fundación (...), a cuyo tiempo vio descender de los cielos a algunos ángeles que, echando los cordeles planteaban y delineaban la nueva población”<sup>216</sup> – y adoptaba uno nuevo que representaba la derrota del conservadurismo (fuertemente ligado con la religión católica) y la exaltación de la patria.

El rechazo a la modernidad se encarnaba en lo que Pansters identifica como “pánico moral”<sup>217</sup> y consistía en la identificación del concepto con las ya no tan novedosas ideas comunistas y socialistas, el ateísmo, el sexo, la pornografía y las drogas. Resulta, por ejemplo, difícil pensar en algo más antiguo y menos moderno que el sexo, pero la idea es importante porque delata una manera de concebir el mundo a partir del lenguaje. Entender a la modernidad como sinónimo de comunismo o perversión sexual en oposición a las buenas costumbres y a la religión católica implica que la concepción del orden está fuertemente influenciada, o incluso cimentada en su totalidad, en la idea de que lo que dictan los sacerdotes es bueno, mientras que cualquier idea de cambio es, automáticamente mala, degenerada, perversa. Esta fuerte oposición de maneras de agrupar conceptos y de

---

<sup>215</sup> Enrique Cordero y Torres, *op. cit.* p. 186.

<sup>216</sup> Mariano Fernández Echeverría y Veytia, *Historia de la fundación de la ciudad de la Puebla de los Angeles en la Nueva España: su descripción y presente estado*, citado por Leonardo Lomelí Vanegas, *op. cit.* p. 68.

<sup>217</sup> Wil G. Pansters, *Política y poder en Puebla*, *op. cit.*

entenderlos como sinónimos o elementos indisolublemente ligados, explica en buena parte por qué, ya en franco auge de la modernidad en el régimen nacional (pues como se ha mencionado, los presidentes Ruiz Cortines y López Mateos buscaban eliminar todo rastro de caciques antiguos para remplazarlos con “hombres fuertes”, institucionales) y en distintos órdenes del estado (ya se ha detallado el intento por modernizar el campo, fábricas, colonias y organizaciones gubernamentales), el movimiento estudiantil de la década de 1960 derivó en una aguda polarización en el estado, demostrando así, que la élite avilacamachista vivía del pasado, del recuerdo de un fantasma.

Los conflictos entre estudiantes y el gobierno no eran nuevos. Desde el gobierno de Maximino Ávila Camacho se habían presentado importantes disputas, por ejemplo, la designación de Manuel L. Márquez (“asesor legal de la organización anticomunista de extrema derecha Camisas Doradas”<sup>218</sup>) como primer rector de la Universidad de Puebla; la presión estudiantil logró que fuera sustituido por Alfonso Alarcón. Empero, la presión nunca había detonado en un movimiento franco, multitudinario y diverso. Fue hasta la coyuntura de debilidad del grupo político gobernante (que no era visto con buenos ojos desde Los Pinos<sup>219</sup>) que surgió una oportunidad para que un nuevo grupo, con demandas insatisfechas, comenzara a luchar por el poder político.

El debate público se dividió entre los “anticomunistas o conservadores” y los “liberales-revolucionarios”. Al respecto, vale la pena mencionar que la patria estaba presente tanto en el discurso del movimiento estudiantil cuanto en el de aquellos que, sin estar necesariamente organizados ni pertenecer al mismo grupo (pues había miembros del

---

<sup>218</sup> *Ibid.* p. 136.

<sup>219</sup> Residencia oficial del presidente de la República.

régimen, empresarios, sacerdotes, trabajadores, etc.), los acusaban de comunistas. La narrativa, desde luego, era articulada por el gobierno y se apoyaba en la participación de los sumos sacerdotes. Lo interesante es que, para los primeros, el espíritu de la patria y el nacionalismo estaban en riesgo ante la invasión de ideas comunistas que despreciaban la tradición y el orden mexicano. Por su parte, la narrativa de los segundos – entre los cuales había algunos con ideas comunistas pero que de ninguna manera podían generalizarse – consistía en un rescate de “los símbolos y héroes de la tradición liberal de México desde el siglo XIX”<sup>220</sup>. Es importante recordar que, si bien el discurso forma parte de la comprensión del mundo de las personas y articula grupos, también encubre intereses concretos – en este caso uno de ellos es la disputa por el poder –, también había demandas específicas, como la reforma universitaria. El discurso conservador:

*Presenta el movimiento de la reforma universitaria como la expresión en Puebla de una conspiración internacional comunista. (...) El hincapié en las influencias extranjeras está vinculado a una declaración de nacionalismo y de la defensa de la mexicanidad (...), cualquier persona involucrada en el movimiento está vinculado a fuerzas internacionales oscuras y sostiene una posición antimexicana: es un traidor*<sup>221</sup>

El recurso retórico de la expansión comunista y el miedo a que ocurriera se explican, por supuesto, por el contexto internacional, pues no hacía mucho había tenido lugar la revolución cubana. También comenzaban a proliferar expresiones mucho más acabadas y coherentes de la teología de la liberación. A nivel nacional, durante el sexenio de Adolfo López Mateos, se articuló alrededor de varios empresarios y políticos como el expresidente Miguel Alemán, una fuerte presión para impedir el giro a la izquierda que el presidente estaba

---

<sup>220</sup> *Ibid.* p. 215.

<sup>221</sup> *Ibid.* p. 207.

dando<sup>222</sup>. Por otro lado, también hubo presiones en contra de “la falsa izquierda” que representaba el presidente, encabezadas por Lázaro Cárdenas.

Ahora bien, el papel del clero en la élite avilacamachista era muy importante. Los acontecimientos referidos demuestran que la Iglesia tenía una enorme influencia y “autoridad moral” sobre la católica sociedad poblana, lo cual obligaba al régimen a tener buenas relaciones con el clero poblano, y así era. Maximino conocía la importancia de la religión católica en la sociedad poblana (y mexicana), pues, como se ha mencionado, participó en varias campañas de la guerra con los cristeros. También sabía que sus padres, cuando él apenas era un niño de cuatro años, habían decidido casarse, pues en la conservadora sociedad teziuteca, vivir en unión libre era una “situación pecaminosa”<sup>223</sup>. De allí que tanto Maximino cuanto Manuel Ávila Camacho decidieran revelarse públicamente como devotos católicos. También otros personajes como William O. Jenkins (quien era protestante) se dieron cuenta de la importancia de congeniar con la Iglesia católica, ello explica sus buenas relaciones con los arzobispos José Ignacio Márquez y Toriz, y Octaviano Márquez y Toriz, así como sus generosas donaciones para proyectos de la Iglesia.

Pero, además de proveer al régimen con recursos y banderas que lo dotaban de mayor simpatía para con la sociedad poblana, el clero poblano participaba en rituales fundamentales para forjar vínculos, dar mensajes y fortalecer relaciones de amistad, compadrazgo y parentesco; como lo eran los bautizos, bodas, fiestas y banquetes (sobre los que se

---

<sup>222</sup> Véase como ejemplo la formación del Consejo Mexicano de Hombres de Negocios para constituir un grupo de presión que escapara del “esquema corporativista” con Juan Sánchez Navarro como interlocutor. Alicia Ortiz Rivera, “El Consejo Mexicano de Hombres de Negocios: órgano de acción política de la élite empresarial”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 64, núm. 1, 2002, pp. 101 – 139.

<sup>223</sup> Sergio Valencia Castrejón, *op. cit.* p. 17.

profundizará más adelante). Miembros importantes del clero poblano, como el propio arzobispo, ofició en varias ocasiones misas en los que hijos de Maximino u otros miembros de su grupo político eran bautizados. También eran invitados a comidas y eventos en los que su participación era más discreta. La Iglesia, por su parte, tenía una misión muy clara en Puebla y México, dejar para siempre atrás la guerra cristera y seguir promoviendo la expansión del catolicismo. Como señala Jean Meyer:

*La Iglesia no cambia jamás de gobierno ni de doctrina política; a veces se tambalea, pero dos milenios le han enseñado a vacilar sin caer. Cuando el arreglo se vuelve caduco, le disputa al poder civil lo que éste posee, para ganar algo más o perder lo menos posible*<sup>224</sup>

Aunque no estaban del todo contentos con la educación socialista de Lázaro Cárdenas, como los conflictos en la sierra norte revelaron, sabían que con Maximino tenían la posibilidad de recuperar influencia en Puebla y, a largo plazo, a nivel nacional. Jean Meyer insiste: la Iglesia, encabezada por Pío XI en Roma, fue “franquista en España [y] cardenista en México [porque] captaba la dirección del viento de la historia”<sup>225</sup>. Por supuesto, al interior de la organización clerical en México existían varias divisiones. Una de las importantes disputas que se presentaron está, por ejemplo, entre las constantes declaraciones encontradas durante la década de 1960 entre el arzobispo Octaviano Márquez y Toriz y el obispo de Cuernavaca Sergio Méndez Arceo, quien participó en el Concilio Vaticano II y fue teólogo de la liberación.<sup>226</sup> La excelente relación que guardaba el clero poblano con la élite avilacamachista y con varios de sus miembros fue provechosa para ambos conjuntos, entre

---

<sup>224</sup> Jean Meyer, *La cristiada: el conflicto entre la iglesia y el estado 1926 – 1929*, México, D.F. siglo veintiuno editores, décimo octava edición, 2003, p. 385.

<sup>225</sup> *Loc. cit.*

<sup>226</sup> Wil G. Pansters, *Política y poder en Puebla, op. cit.*

otras razones, porque les permitía obtener fondos para proyectos y porque eran aliados importantes para evitar la expansión de disidencias teológicas.

El padre Aurelio (personaje ficticio) es un hombre devoto, cuando era niño no sabía bien qué quería hacer pero estaba seguro de que sería algo importante. Sus padres eran muy religiosos y le inculcaron la religión desde el momento en que tuvo conciencia. Un día, rezando, durante su adolescencia, tuvo la sensación de que su vocación estaba en la iglesia, lo consultó con sus padres, maestros y amigos, y aunque hubo opiniones encontradas, la mayoría lo felicitaron por querer dedicar su vida a Dios, aunque a su novia no le hizo mucha gracia. Para Aurelio es muy importante inculcar en su comunidad el amor al prójimo, el respeto a los sacramentos y el temor a Dios, pero le preocupa que muchos de los feligreses sean fiesteros y borrachos, aunque nunca los ha visto en mal estado, pero ha escuchado cosas. Le preocupan las influencias comunistas y considera que esas ideas son venenosas para el hombre. No se lleva muy bien con los políticos de la región y prefiere no meterse con ellos, pero considera que la ley es la ley, e incluso si no nos gusta, hay que respetarla, es normal que los políticos sean corruptos, pero aun así considera que pueden hacer bien. Es un mal inevitable.

#### Llaneros y serranos: la estratégica sierra norte

La sierra norte de Puebla no es la única zona montañosa del estado, sin embargo, es a la que se le ha puesto mayor atención por su tamaño, por su carácter estratégico y por la diversidad de grupos y comunidades que la habitan. También por la dificultad para transitarla y comunicarla. El estudio de la sierra norte es perfecto para mirar la dinámica política entre el

gobierno federal, el local y los municipales. La dificultad para acceder a la región, pero su importancia estratégica para el comercio (puesto que se ubica exactamente en la ruta entre el puerto de Veracruz y la Ciudad de México), son las características complementarias que explican por qué la disputa por el control de estos territorios y las alianzas con las comunidades son tan relevantes para el estado y para el país.

Precisamente debido a la gran diversidad de comunidades que habitaban en ella, es importante establecer diferenciaciones que trascienden a categorías utilizadas anteriormente en el presente trabajo (que están fuertemente orientadas por la ocupación). Empero, en este caso, al igual que en los anteriores, esas diferencias que estructuran la formación de culturas íntimas están fuertemente marcadas por el contexto material. En la sierra norte de Puebla se concentra la mayor cantidad de comunidades indígenas, principalmente nahuas, aunque también hay una importante presencia de comunidades totonacas. Pero las comunidades no están del todo integradas (por las dificultades que presenta la región). Es por ello por lo que, incluso cuando las condiciones entre distintas cabeceras municipales y pueblos sean similares, o, en principio, compartan una cosmovisión, la simple búsqueda de apoyos por parte de un político entre las comunidades (y las concesiones ofrecidas), pueden enemistarlas o influir de manera determinante en su manera de ver el mundo.

Un ejemplo de lo anterior es el férreo liberalismo de los habitantes de Xochiapulco. Varias de las comunidades indígenas mencionadas se asentaron en la sierra norte poblana desde los tiempos de la colonia, precisamente porque la región posibilitaba que existiera gran autonomía e independencia. Así, las comunidades mantuvieron varias de sus tradiciones y maneras de ver el mundo (aunque ajustadas a nuevos contextos materiales, puesto que hubo un desplazamiento de los asentamientos originales), pero le añadieron una especial

importancia a su posibilidad de organizarse ellos mismos, sin recibir órdenes de nadie. De esta manera, la autonomía se convirtió en la condición básica de la vida de los habitantes de la sierra norte y toda negociación y acción política estaba encaminada a defenderla. A su vez, las diferencias entre la llanura y la montaña se hicieron evidentes en el terreno económico y político.

Como parte del proyecto liberal de estatalización, se buscó acceder a cada vez más regiones en México y lograr mayor penetración territorial y presencia del Estado, de modo que la sierra norte poblana no estuvo exenta, especialmente debido a que era un paso obligado entre el puerto de Veracruz y la Ciudad de México. Sin embargo, el proyecto de estatalización liberal se vio severamente retrasado por la guerra de Reforma (1858 – 1861) y por la intervención francesa (1862 – 1867). En la coyuntura de la intervención francesa, las fuerzas liberales recurrieron a la leva en gran parte del territorio<sup>227</sup>, pero también negociaron con comunidades y pueblos, entre ellas se encontraban varias del municipio de Xochiapulco, con quienes acordaron, a cambio de su apoyo militar, respetar su autonomía. Así, al calor de la mítica victoria del 5 de mayo, del triunfo de la república y de la preservación de su bien máspreciado, Xochiapulco se convirtió, curiosamente, en uno de los municipios más liberales de México. Sus habitantes, inflamados de patriotismo y honor, se escindieron de otras partes de la sierra por su manera de ver el mundo. Al igual que las demás regiones, lo que querían era autonomía, pero ahora ese concepto estaba indisolublemente ligado con la etiqueta de liberalismo y estaba representado en el comando del cacique Juan Francisco Lucas, quien, ya durante el Porfiriato, en varias ocasiones tuvo que negociar con el gobierno central (que tenía la misma ambición de estatalidad que el proyecto liberal plasmado en la constitución de

---

<sup>227</sup> Héctor Strobel del Moral, *op. cit.*

1857). La sierra norte ya no era únicamente de comunidades indígenas, comenzaron a llegar mestizos que inmediatamente se adjudicaron el título de “gente de razón”<sup>228</sup>. Con el tiempo, la promesa de autonomía que se mantuvo desde la República Restaurada y durante el Porfiriato, comenzó a erosionarse en el marco del régimen posrevolucionario que, una vez más, tuvo como proyecto de largo plazo la estatalización de México.

*El valor estratégico de la Sierra con su notoria abundancia de ingresos, abastecimientos y reclutas atrajo a sucesivos regímenes y a sus oponentes a tratar de controlar la región. Las comunidades indígenas de la Sierra, organizadas en cacicazgos liberales, presentaban menos incertidumbre para los líderes políticos estatales y federales que los conflictos laborales y agrarios, las divisiones de clase y la polarización ideológica de la capital del estado y la meseta. Bajo estas nuevas circunstancias, lo más que los líderes serranos podían esperar era cierta libertad para seleccionar al aliado más promisorio, con la esperanza de obtener ventaja sobre sus rivales locales. (...) Las relaciones mutuamente beneficiosas con el poder central se preferían siempre a las alianzas riesgosas con otros movimientos regionales, como el villismo y el zapatismo*<sup>229</sup>

De esta manera, el cacique heredero de Juan Francisco Lucas, Gabriel Barrios, sacrificó “estar libres de servicios obligatorios y del reclutamiento forzado, la autonomía municipal y la igualdad entre ciudadanos”<sup>230</sup> a cambio del respeto de la autonomía regional y subsidios federales para la construcción de infraestructura y mantenimiento de la seguridad. La autonomía siguió siendo, para el grueso de las comunidades establecidas a lo largo del territorio, el principio fundamental; sin embargo, el Estado cada vez tenía más presencia en el territorio nacional, y eso empujaba los límites de lo que era aceptable. También derivó en maneras distintas de entender el concepto. Mientras que, para algunos, como los xochiapulquenses, la educación pública y laica era una manera de construir autonomía frente

---

<sup>228</sup> Guy P.C. Thomson, *op. cit.*

<sup>229</sup> *Ibid.* pp. 144 y 147.

<sup>230</sup> *Ibid.* p. 148.

al Estado, en tanto que implicaba conocer más herramientas, alfabetizarse y, así, eliminar el estado de indefensión; para otras comunidades la educación representaba una amenaza a su autonomía y a su manera de ver el mundo y hacer las cosas.

Para dar cuenta de cómo la diversidad de las comunidades ubicadas en la sierra norte constituye una cultura íntima, es necesario describir cómo ese objetivo común era, por un lado, entendido de distintas formas, y, por otro, defendido en consecuencia. Para ello vale la pena considerar los municipios de Xochiapulco, Teziutlán, Tetela de Ocampo, Zacapoaxtla y Cuetzalan, que son ejemplos relevantes porque tenían posturas contrapuestas respecto de la religión católica, la educación laica, el agrarismo y la relación con el gobierno local de Maximino Ávila Camacho, pero que, aun así, tenían todos en mente un mismo propósito: que los dejaran organizarse y hacer su vida en paz.

Tetela de Ocampo, Xochiapulco, Zacapoaxtla y Cuetzalan son municipios colindantes. En una zona en la que la fertilidad de los campos y la accesibilidad no abundan, las disputas por el territorio entre comunidades fueron comunes, de hecho, el amor de las comunidades de Tetela de Ocampo y Xochiapulco por el liberalismo, derivado de su participación en la “victoria de la patria” y de su arreglo con los liberales para mantener su autonomía, también se explica porque una de las conquistas de su acuerdo con los liberales, fue el apoyo para defenderse de las élites asentadas en Zacapoaxtla, que, en cambio, promovían el conservadurismo, la religión católica y “la privatización de tierras colectivas”<sup>231</sup>. Como se ha explicado, el hecho de compartir una misma cosmovisión o sentirse parte de una misma colectividad (nahuas, serranos, indígenas, etc.) no es garantía de

---

<sup>231</sup> Traducción propia de Mary Kay Vaughan, “Good Day, Pistol! Where are you taking that teacher”, en su libro *Cultural politics in revolution: teachers, peasants and schools in Mexico, 1930 – 1940*, Arizona, The University of Arizona Press, primera edición, pp. 107 – 136.

que exista una constante armonía. Las condiciones materiales de la sierra impulsaron a las comunidades a luchar por el territorio, y esa lucha se resignificó en el marco del conflicto entre liberales y conservadores. Quienes cometieron el acierto de aliarse con el bando vencedor se comenzaron a entender a sí mismos como liberales, mientras que quienes cometieron el error de aliarse con los perdedores, también se resignificaron a sí mismos y comenzaron a entenderse como conservadores. La lucha por el territorio dejó de serlo para encubrirse simbólicamente por un conflicto entre liberales colectivistas y conservadores individualistas. De esta manera, en Tetela y Xochiapulco, se adoptaron puntos importantes del programa liberal, como, por ejemplo, la educación como instrumento de liberación y defensa.

A diferencia de Xochiapulco, donde la religión estaba en segundo lugar o de plano estaba enfrentada con la idea de liberalismo, en Zacapoaxtla y Cuetzalan jugaba un papel central, pues generaban vínculos de reciprocidad a partir del sincretismo entre rituales nahuas y católicos. La religión era el vehículo a partir del cual se estructuraban las comunidades en estos municipios y la relación entre las élites y los pueblos.

*Las élites de Zacapoaxtla y Cuetzalan eran enteramente locales y más diligentes en cultivar la lealtad de sus dominados (...), se apoderaron de símbolos religiosos, del espacio y de formas de asociación para profundizar vínculos y fortalecer su control sobre las comunidades. Integraron música local, danzas y rituales en los festivales y peregrinaciones que patrocinaban. Los sacerdotes reunían a mujeres aristócratas, magnates, consejos nahuas, cofradías y comunidades enteras en la construcción religiosa<sup>232</sup>*

La jerarquía entre élites mestizas (generalmente blancas) y los nahuas estaba cimentada, principalmente, en el poderío económico y en la educación. La mayoría de los

---

<sup>232</sup> Traducción propia, *Ibid.* p. 113.

miembros de las élites sabían náhuatl, pero la mayoría de los nahuas no sabían español. De allí que en Xochiapulco se valorara tanto la educación como instrumento de defensa. Esta diferencia es fundamental porque explica por qué, en lugares como Cuetzalan o Zacapoaxtla, donde la sincrética religión era la base del orden social; el proyecto de estatalización revolucionario que contenía, entre otros elementos, los objetivos de aumentar la alfabetización y centralización de la educación pública, fue visto como una amenaza a la autonomía y al orden, mientras que en Xochiapulco o Tetela se le vio como una manera de apuntalar su defensa frente al propio Estado y frente a los municipios vecinos.

Las formas distintas de mirar la educación se hicieron patentes cuando la Secretaría de Educación Pública designó maestros para alfabetizar distintas regiones del país en las décadas de 1920 y 1930. Los representantes de estas dos maneras de comprender la autonomía y, por lo tanto, la religión y la educación, fueron Isidro Burgos y Julio Lobato. Mientras en Xochiapulco recibieron con los brazos abiertos a los maestros, encabezados por Isidro Burgos; en Zacapoaxtla y Cuetzalan, los maestros fueron recibidos con escepticismo.

*Cuando los maestros denunciaron los festivales religiosos y el mantenimiento de las iglesias como tiempo y dinero desperdiciados, no vieron que la labor ritual era tan vital para la comunidad como el trabajo productivo. Le pisaron los callos a los ancianos, que controlaban tanto la dimensión secular como religiosa de la comunidad<sup>233</sup>*

Cuando las comunidades (incluyendo a las élites) vieron que el proyecto del Estado amenazaba con sus costumbres, tradiciones y, por lo tanto, con el orden en el que vivían, comenzaron a presentarse choques violentos. Uno de ellos tuvo lugar en un municipio clave, puesto que era uno de los municipios que el gobernador Maximino más conocía y sobre los

---

<sup>233</sup> Traducción propia, *Ibid.* p. 122.

que tenía mayor control, ubicado al este de Cuetzalan, Teziutlán. En 1935 (año en el que Maximino comenzó a forjar alianzas con caciques locales y a instaurar sus guardias blancas), tres maestros de Teziutlán fueron asesinados por Clemente Mendoza, líder cristero<sup>234</sup>.

*La sabiduría local atribuyó el asesinato y la quema de escuelas no con el amor que el perpetrador tenía por Cristo, sino a órdenes de sacerdotes y de la madre de Maximino, vieja habitante de Teziutlán. La conclusión tomó fuerza cuando semanas después, el PNR local, ahora controlado por los avilacamachistas, orquestó la derrota total de los almanistas en las elecciones municipales en toda la sierra. (...) Julio Lobato regresó al poder [y se mantuvo como cacique hasta 1957]*<sup>235</sup>

Esta última conclusión es interesante porque los mismos habitantes de la región atribuyeron un asesinato y vandalismo, no a una defensa de los valores cristianos, sino a la construcción del nuevo proyecto de cacique; a una trama política. Es decir, si bien las comunidades estaban en contra de la posibilidad de que los maestros transformaran su forma de ver las cosas y de vivir, el orden; también estaban conscientes de la participación de la clase política en la educación y en la religión. La participación de los políticos era cotidiana y nadie la ponía en duda. En el contexto de Teziutlán, Zacapoaxtla y Cuetzalan, la religión no sólo era una forma de ver el mundo, era la base sobre la que se cimentaba un conjunto de políticos que abogaban, al igual que sus representados, por la autonomía de la región. Por eso cuando Julio Lobato se convirtió en el nuevo cacique de la sierra norte, apoyado por Maximino, muchas comunidades comprendieron que ese cambio representaba la alineación con un nuevo gobernante, pero no la renuncia de lo más importante, su autonomía. Es por esta razón que en Xochiapulco pudo continuar el proyecto de educación que sus habitantes entendían como sinónimo de autonomía sin que su propósito rivalizara con el del gobernador

---

<sup>234</sup> *Loc. cit.*

<sup>235</sup> Traducción propia, *Ibid.* p. 123.

o el del cacique, pues estos sabían también, como buenos “príncipes”, que para poder gobernar se debe conocer a quien se gobierna y, derivado de esto, saber qué se puede tocar y qué no. La autonomía como práctica real y sus símbolos (la educación en Xochiapulco y la religión en Zacapoaxtla) eran cuestiones elementales y, por lo tanto, aunque se podían empujar los límites de lo que significaban, eran elementos no negociables.

Xavier (personaje ficticio) vive en Xochiapulco, es muy feliz en su comunidad, asiste regularmente a misa, trabaja como carpintero y se lleva bien con sus vecinos. Considera que ir a la escuela es muy importante. Su meta en la vida es contribuir a la patria. Siempre que puede cuenta cómo su bisabuelo dio la vida en la batalla de Puebla. Sabe quién es el presidente y espera que haga lo mejor por el país, pero le queda muy lejos y prefiere que ni ese ni nadie se meta con el orden en su comunidad, lo mejor que podría hacer por ellos es enviarles maestros y recursos para construir escuelas. Conoce al cacique y se lleva bien con él, a veces le hace alguno que otro obsequio de madera y platica con él mientras caminan un rato. Considera preocupantes los rumores sobre las comunidades vecinas donde escucha que hay empresarios buscando privatizar todo, pero sabe que el cacique mantendrá las cosas como están, como le gustan. Vive emocionado por las fiestas del pueblo y siempre está buscando contribuir, pues las fiestas tienen significados profundos y son muy buenas para convivir con la gente.

#### Conclusiones: patria, revolución y miedo

Cada interpretación del mundo se compone de infinidad de elementos que pueden desglosarse. En este capítulo he procurado pintar un panorama profundo y completo de la sociedad poblana que contempló (y participó) en la construcción de un cacicazgo que

sobrevivió hasta 1957 (incluso después de que su fundador había muerto), a partir de la delimitación de culturas íntimas; de ubicar personajes, escenarios y momentos reveladores; y de la narración de acontecimientos. Uno de los elementos que han sido delineados a lo largo de estos capítulos es la moralidad, una creencia de lo que es correcto y lo que no es tolerable. Utilizo el término creencia (en el sentido que hacía Ortega y Gasset del término<sup>236</sup>) porque, aunque la moralidad nunca es coherente ni homogénea, tampoco se cuestiona, está dada. Solo en los momentos en los que la moralidad se enfrenta a dilemas y situaciones complicadas, en tanto que no es homogénea, se crea un cisma entre creencias que normalmente deriva en soluciones pragmáticas y problemas reales. Es, de cierta forma, la ética de la responsabilidad weberiana aplicada a microescala y a situaciones cotidianas.

Como el conjunto de coyunturas y acontecimientos considerados demostraron, hay varios elementos que están presentes en la moralidad de cada cultura íntima y que, por lo tanto, podrían definirse como aspectos básicos de la moralidad poblana, las pautas morales que estructuran a la sociedad. Los tres conceptos que se repiten y que se utilizan constantemente, ya sea explícita o implícitamente en cada cultura íntima son: patria, revolución y miedo.

La patria y la revolución son conceptos que, en ocasiones, tratan de ligarse a tal punto que se conviertan en sinónimos. La lealtad al presidente, y, por lo tanto, a la revolución, es un símbolo de patriotismo. Todo el mundo: políticos como Maximino; obreros y líderes sindicales como Blas Chumacero; campesinos y líderes agrarios como Doña Lola; empresarios como los recién llegados libaneses; sacerdotes como Octaviano Márquez y Toriz; y serranos como Julio Lobato; siempre aludieron al porvenir de la patria y a la

---

<sup>236</sup> José Ortega y Gasset, *op. cit.*

materialización del programa revolucionario cuando trataban de legitimar alguna decisión, causa o lucha. No importaba en realidad si se trataba auténticamente de una causa “patriótica” o “revolucionaria”, podía serlo o no. Lo importante era resolver los problemas de todos los días y negociar intereses y espacios de poder a nivel local con el lenguaje nacionalista y revolucionario en la boca. De esta manera, el gobernador podía declarar y hacer lo que quisiera, siempre y cuando manifestara su sujeción al orden revolucionario; y su lealtad a quien encarnaba a la patria y la revolución, el presidente de la República. Y no solo el gobernador aludía a la revolución para cada decisión política, también el presidente era la figura referente de la justicia porque, claro está, el presidente era, como jefe de la revolución, justo por naturaleza. Los campesinos de Atencingo, por ejemplo,

*No están dispuestos a seguir siendo víctimas de los políticos y de los elementos que colaboran con el presidente de la República, porque en tanto que el primer Magistrado de la nación ayuda a la gente, los demás colaboradores son un montón de bandidos*<sup>237</sup>

Si algo no salía bien o alguna causa justa no llegaba a buen puerto, la razón de ello no era la decisión o indolencia del presidente, era que al presidente no le decían la verdad y le ocultaban los hechos sus subordinados. El presidente se convirtió en el principal receptor de cartas con quejas y solicitudes en el país. Toda disputa local tenía como una acción imperativa el envío de correspondencia explicándole la situación al señor presidente. El mito del “hombre que lo podía todo, todo, todo”<sup>238</sup>, se estaba configurando. La razón de ello es que la retórica revolucionaria y la idea de que el pueblo era el que estaba en el poder, y no un tirano como Porfirio Díaz, era todavía extremadamente verosímil.

---

<sup>237</sup> David Ronfeldt, *op. cit.* p. 48.

<sup>238</sup> Juan Espíndola Mata, *op. cit.*

*Ahora sólo quedaba un remedio – “la justicia del Ejecutivo” - por lo tanto, suplicaban la intervención directa del presidente: “La reforma agraria se hizo para bien de los campesinos. No debe usted permitir que extranjeros esclavistas, coludidos con políticos inmorales, roben a los campesinos, porque eso sería traicionar a la Revolución”*<sup>239</sup>

En esta última referencia aparece un nuevo elemento que se desprende de la patria como pauta moral, la xenofobia, o como la llama Paxman, “gringofobia”. “Aplaudirle a Jenkins significaba anunciarse como conservador; y condenarlo era anunciarse como izquierdista y patriota”<sup>240</sup>. Por eso cuando el empresario norteamericano fue secuestrado, todavía durante el gobierno de Venustiano Carranza, la gente no vio a un empresario secuestrado, sino a un gringo que había coordinado su propio secuestro para obtener más dinero y, de pasada, desestabilizar al gobierno mexicano. Los norteamericanos, por su parte, pensaban que Carranza estaba experimentando para calar su fuerza frente a las presiones estadounidenses. Jenkins y sus amigos veían a un gobierno negligente que no los protegía y que ignoraba su deber de pagar el rescate. Un acontecimiento como este da cuenta de la fuerza del concepto de patria y revolución como lentes que orientan la interpretación de un hecho que, contextualizado, no era más que el secuestro de un norteamericano orquestado por unos zapatistas que buscaban financiar su causa.

Por otro lado, si bien, el bienestar de la patria y la revolución constituían la base innegable de lo que era correcto, en tanto que representaba a los intereses del “pueblo”, lo que le daba pragmatismo y maleabilidad al uso de los conceptos era el miedo. Los políticos temían perder el poder que habían obtenido por el beneplácito de quienes, carentes de miedo,

---

<sup>239</sup> David Ronfeldt, *op. cit.* p. 151.

<sup>240</sup> Traducción propia de Andrew Paxman, *op. cit.* p. 386.

se habían hecho fuertes mediante las armas, como Maximino Ávila Camacho. El proceso de institucionalización se explica, en buena medida, por el miedo de quienes tenían poder y que, para no perderlo, empujaron la “civilización” de la política y la cristalización del orden establecido.

Los campesinos vivían con el miedo de que algún día las tierras que trabajaban dejaran de ser de ellos (si es que lo eran) o que su patrón los echara o mandara matar por protestar (si no eran suyos). Los obreros estaban aterrados por la posibilidad de que algún accidente en el trabajo los incapacitara, de que los patrones no respetaran sus derechos y prestaciones, o de que los líderes sindicales los traicionaran. Los empresarios temían a la modernización de la industria textil o a arriesgarse a invertir grandes sumas de dinero en negocios nacientes o grandes extensiones de tierra. Los serranos temían, más que nada en el mundo, la pérdida de su autonomía frente al gobierno local. Los sacerdotes temían perder su influencia entre los empresarios, los políticos y la sociedad poblana. Un gran indicio de que el miedo, oculto, era una de las bases que orientaban el comportamiento y la moralidad poblana es que, aquellos que no tenían miedo, como Maximino, fueron los que lograron coronarse como líderes carismáticos e indiscutibles. Por eso, cuando Maximino no estaba, seguía siendo el punto de referencia, y cuando ese carisma fantasmal dejó de ser visto con buenos ojos en el Distrito Federal, la élite que había construido, aterrada con perder el poder, recurrió a la represión desesperada. Por eso Jenkins y los libaneses desplazaron a los viejos empresarios. Por eso Blas Chumacero se convirtió en uno de los líderes sindicales más fuertes de México. Por eso Julio Lobato construyó un cacicazgo duradero en la sierra norte.

Ahora bien, el miedo estaba presente en la sociedad poblana y dictaba qué hacer frente a dilemas como trabajar la tierra de Jenkins o rebelarse abiertamente. En este tenor resulta

útil el concepto de Edward Banfield de “familismo amoral”, según el cual, la organización y la participación de distintos grupos de la sociedad no ocurre porque para muchas personas, lo moral es cuidar únicamente de uno mismo y, en todo caso, de su familia. Lo que pase a nivel colectivo es una tragedia inevitable o un triunfo favorecido por la fortuna. La acción colectiva es imposible porque nadie es capaz de comprometerse con las consecuencias de participar en una causa y tampoco se cree que la causa pueda materializarse.<sup>241</sup> Empero, en la sociedad poblana, y en la mexicana, el familismo amoral se queda corto, pues, como se señaló anteriormente, la sociedad mexicana no se basa en átomos, sino en moléculas<sup>242</sup>. México se debe leer, al menos en este caso, en clave de conjuntos, de organizaciones. El concepto de familismo amoral es pertinente no porque constituya una pauta moral de la sociedad poblana, sino porque representa una pista de por qué había grupos que se rebelaban abiertamente, como Doña Lola o el FROC, mientras que otros se mantenían en el sabotaje menor. El miedo es la base que da lugar al familismo amoral como recurso presente, en algunas ocasiones, en algunos momentos, en algunos grupos de cada cultura íntima.

La patria, la revolución y el miedo fueron las bases que dieron coherencia y legitimidad a un orden que se basó en la aplicación selectiva de la ley y que, por ello, necesitaba, como cualquier orden moral, ajustar las creencias inconscientes de lo que está bien y lo que está mal, a las necesidades prácticas. Decía Rafael Segovia que “los ciudadanos

---

<sup>241</sup> Así describe Edward Banfield a la sociedad de Montegrano, Italia, a partir de su observación participante, magistralmente expuesta en su libro, *The Moral Basis of a Backward Society*. Este mismo mal ha sido teorizado como el mal del *free rider* por autores del neoinstitucionalismo y la elección social como Mancur Olson, *The Logic of Collective Action* o Garrett Hardin, “The Tragedy of the Commons”.

<sup>242</sup> François – Xavier Guerra, *op. cit.*

se forman: ni nacen hechos ni se hacen solos. Todo el proceso cultural se orienta para insertar al individuo en su sociedad”<sup>243</sup>.

La resistencia al proyecto educativo del Estado mexicano en la sierra norte poblana da cuenta de “la exención de la aplicación de las normas generales a grupos cuya existencia [podía] convertirse en un elemento disruptivo general del sistema y estos grupos han ido creando sus escuelas, correspondientes a su cultura”<sup>244</sup>. Cada cultura íntima tenía una forma de ver el mundo que estaba basada en intereses materiales concretos y necesidades inmediatas, así como en anhelos sustentados en ideas de lo que debía ser la vida y su contraste con la posibilidad de alcanzarlas pero, como en toda organización, para poder dialogar y distribuir los recursos de poder, eran necesarias claves en común. Precisamente de eso se trató la institucionalización del régimen posrevolucionario, de, progresivamente, construir formas de mantener la estabilidad y la reciprocidad entre el gobierno federal, los gobiernos locales y las comunidades que vivían día a día su propia realidad.

Otras dos referencias que dan cuenta de cómo estos conceptos estaban presentes al mismo tiempo, en situaciones que plantaban dilemas morales, están retratadas en las películas *El compadre Mendoza*<sup>245</sup>, basada en el cuento homónimo de Mauricio Magdaleno<sup>246</sup>, y *La sombra del caudillo*<sup>247</sup>, basada en la novela homónima de Martín Luis Guzmán<sup>248</sup>.

---

<sup>243</sup> Rafael Segovia, *La socialización del niño mexicano*, México, D.F, El Colegio de México, primera edición, 1975, p. 141.

<sup>244</sup> *Ibid.* p. 142.

<sup>245</sup> Fernando de Fuentes y Juan Bustillo Oro, *El compadre Mendoza*, México, Águila Films México, 1934.

<sup>246</sup> Mauricio Magdaleno, *El resplandor y El compadre Mendoza*, México, D.F., Promexa, primera edición, 1979.

<sup>247</sup> Julio Bracho, *La sombra del Caudillo*, México, Producción Cinematográfica de la República Mexicana, 1960. Esta película fue censurada por muchos años por el gobierno mexicano.

<sup>248</sup> Martín Luis Guzmán, *La sombra del caudillo*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, primera edición, 2019.

En la primera se nos presenta una secuencia en la que un hacendado, Rosalío, tiene un retrato de Victoriano Huerta colgado en su pared antes de la llegada de zapatistas a su hacienda, pero antes de que estos arriben, manda a su sirviente a cambiarlo por uno de Emiliano Zapata para, acto seguido, salir a recibir a los soldados con gritos de ¡viva Zapata!; situación que se repite cuando llegan los soldados federales, saliendo a gritar en esta ocasión ¡viva el supremo gobierno!

En la segunda se nos presentan dos precandidatos a la presidencia de la República que luchan por obtener el beneplácito – el famoso “dedazo” – del señor presidente. En la misma escena se muestran desfiles de personajes que van primero con uno de los candidatos, el General Aguirre, a decirle: “Ya usted sabe, General Aguirre, que usted cuenta conmigo para todito lo que se le ofrezca. Palabra sin recámaras. Y si alguien le dice que yo hablo con el General Jiménez, tómelo a broma, que, de hacerlo, es tan solo para no darle pie a los otros para que puedan sospechar. Usted sabe cómo hay que irse bandeando en estos negocios”. Todo esto para, acto seguido, ir con el candidato contrario, Jiménez y recitarle exactamente las mismas palabras, pero cambiando su lealtad. Las tres pautas morales justificaban la acción, y las mismas tres pautas morales justificaban la inacción.

### Capítulo tercero: ¿Sombras nada más?

*Yo sueño que estoy aquí  
destas prisiones cargado,  
y soñé que en otro estado  
más lisonjero me vi.  
¿Qué es la vida? Un frenesí  
¿Qué es la vida? Una ilusión,  
una sombra, una ficción,  
y el mayor bien es pequeño;  
que toda la vida es sueño,  
y los sueños, sueños son<sup>249</sup>*

Un régimen autoritario no se basa exclusivamente en la violencia, de hecho, el régimen posrevolucionario no se basó en la violencia, sino en la represión selectiva. Es importante la distinción porque la violencia selectiva tiene un significado distinto para quienes la presencian que la represión masiva. La violencia selectiva fomenta el dominio simbólico que, en conjunto con muchos otros elementos que han sido mencionados y otros en los que se profundizará en el presente capítulo, da congruencia al orden cultural y dota de poder, legitimidad y margen de maniobra al régimen. Precisamente en la medida en la que el régimen se debilitó (por varios factores), el descontento y la represión aumentaron (aunque no desmedidamente) en desmedro del dominio simbólico.

Maximino Ávila Camacho fue únicamente un actor de un escenario gigantesco, un protagonista particular que dejó huella como personaje por su personalidad férrea, explosiva y su carencia de miedo. También por su manera de gobernar que configuró, como ya se ha

---

<sup>249</sup> Pedro Calderón de la Barca, *op. cit.* p.58.

detallado, instituciones, redes más o menos estables de lealtad basadas en la amistad y el parentesco (y también clientelares). Pero por más que Maximino – un cacique carismático, memorable, novelable – fuera el centro de la política en Puebla y tuviera al estado “muy bien controlado”<sup>250</sup>, lo cierto es que al igual que el presidente, su poder era limitado. Tampoco era el “hombre que lo podía todo, todo, todo”<sup>251</sup>. Los gobernadores han tenido, a lo largo de la historia de México, y sobre todo en un momento de consolidación de un nuevo régimen, como en este caso, más poder que el presidente en lo que a sus estados se refiere. La capacidad de los gobiernos municipales y las pequeñas comunidades para resistir los embates y negarse a acatar las órdenes del ejecutivo local es menor que la que tienen, por ejemplo, los gobernadores frente al presidente. Pero existe.

La capacidad de Maximino para convertirse en el gran jefe poblano y en uno de los principales prospectos para ocupar la silla presidencial no se explica únicamente a partir de su virtud carismática y su fortuna temporal. Se trata, sobre todo, de un personaje que comprendía profundamente las dinámicas locales y que, a partir de ello, logró subordinarlas a su proyecto político. Construyó un grupo duradero que aglutinó a personajes fundamentales de cada cultura íntima porque sabía que “nadie gobierna solo”; y que, en todo caso, lo mejor que podía hacer era crear la impresión de que así era. Recargarse en el mito y la difundida idea de que los asesinatos, las represiones, las corruptelas, las concesiones, los tratos, los negocios, las buenas y malas acciones de gobierno eran dictadas por su voz (aunque cabe mencionar que muchas de ellas ciertamente lo fueron), fue una de sus más socorridas habilidades. El cinismo y la capacidad para aprovechar las proyecciones que se hacían sobre

---

<sup>250</sup> Gonzalo N. Santos, *op. cit.* p. 647.

<sup>251</sup> Juan Espíndola Mata, *op. cit.*

él fueron razones que lo catapultaron como un símbolo de orden y estabilidad, como un “hombre de mano dura”. Un gran ejemplo está en la ocasión en la que, muerto un empresario, Jesús Cienfuegos, que se había resistido a las órdenes de Maximino; en una reunión en el palacio de gobierno, el gobernador contó un chiste que circulaba en las calles del estado: “¿Quién es el mejor bombero de Puebla? ¡Max vale no decirlo!”<sup>252</sup>. El acontecimiento es importante porque, aunque había razones para asumir que Maximino había ordenado su asesinato, Cienfuegos también tenía problemas con otros personajes poderosos. El chiste revela por un lado al gobernador como chivo expiatorio, pero también a Maximino como un hombre desvergonzado y cínico. No era importante si lo había ordenado él, porque ahora todo el mundo sabía que eso le podía pasar a quien se resistiera a su voluntad. Contar el chiste era una forma de amenazar a sus enemigos, aun si él no había tenido nada que ver. José Emilio Pacheco lo resumía en su cuento “Tenga para que se entretenga” en el que aparece Maximino, “Dicen que la mejor manera de ocultar algo es ponerlo a vista de todos”<sup>253</sup>.

Pero es importante matizar dos puntos. El primero es que nada de lo que logró lo hizo solo. Bien dicen que “para ser torero hay que parecerlo” y la habilidad de este controvertido político radicó en parecerlo; también en aprovechar los recursos de poder y las alianzas. El orden político poblano dependió de varios factores, del centro y de las dinámicas locales. Si bien el cacique logró en muchos casos subordinar los intereses locales a los suyos (muchas veces mediante la violencia), también es cierto que tuvo que negociar y hacer concesiones. Hubo “caciquitos” que se resistieron y con quienes tuvo que negociar después de no lograr

---

<sup>252</sup> Andrew Paxman, *op. cit.* p. 247.

<sup>253</sup> José Emilio Pacheco, “Tenga para que se entretenga” en su libro *El principio del placer*, México D.F., Era, primera edición, 1972, p. 109.

vencerlos, como el caso de Miguel Barbosa “amo y señor de la región serrana del distrito de Tehuacán”<sup>254</sup>.

El segundo es que esa red de actores a la que he bautizado como élite avilacamachista no era un grupo hermético de personajes permanentes, como se ha desglosado en el segundo capítulo. Se trataba, más bien, del título que les daba sentido a hechos sociales mucho menos articulados de manera consciente y consistente. Que se tratase de una élite no significa que todos se conocieran entre sí o que tuvieran, como en alguna especie de secta, algún tatuaje que los identificara. Los miembros del grupo político entraban y salían según los intereses prácticos y los proyectos comunes así lo requirieran, y muchos ni siquiera caían en cuenta del cambio de su estatus. Lo que le daba orden y estabilidad a la posibilidad de articular a estos grupos era, primero, el carisma y capacidad política de Maximino, y, en segundo lugar, su investidura. Cuando el amo y señor de Puebla dejó de respirar, su fantasma se convirtió, por el miedo que había generado su personalidad caprichosa y la idea de que quienes mandaban seguían siendo fieles a su proyecto – entre otras razones porque estaban sus hermanos –, en una de las bases que permitió que el ya consolidado poder institucional se mantuviera estable. Este último punto es particularmente importante porque es el que da lugar a una manera particular de leer a la élite avilacamachista. Se trata de un análisis que distingue entre lo que Xavier Guerra llama los “vínculos de hecho” y los “vínculos adquiridos”.

*En relación con los vínculos de hecho, que no resultan de un acto libre sino del nacimiento, de la pertenencia a una unidad social determinada, los vínculos que llamamos adquiridos son los que resultan de la adhesión a una*

---

<sup>254</sup> Sergio Valencia Castrejón, *op. cit.* p. 74.

*persona. En esta relación entre personas, la parte voluntaria, aunque imperfecta, es sin embargo muy superior a las precedentes*<sup>255</sup>

Mientras que el contexto material que configura a las culturas íntimas deriva, principalmente, de un vínculo de hecho, como el parentesco (que es muy poderoso); las élites, y, por supuesto, la avilacamachista, se basan en vínculos adquiridos, como los militares, la amistad, la amistad política y la clientela; también hay parentescos adquiridos, por ejemplo, mediante el compadrazgo o el matrimonio. La mejor manera de dar cuenta de estos vínculos, además de perfilar a las redes (como en el capítulo primero), es analizar situaciones específicas en las que la naturaleza de los vínculos y sus manifestaciones concretas se hacen visibles. Esas situaciones son los rituales, que son formas culturales y que “pueden ser tratadas como textos”<sup>256</sup>. Así como Geertz descubre que un evento tan cotidiano como una riña de gallos se trata de “es una lectura de la experiencia de los balineses, un cuento que se cuentan sobre sí mismos”<sup>257</sup>, fijar la mirada en eventos aparentemente transitorios, es fundamental para comprender el orden cultural poblano.

En el presente capítulo presento un retrato denso de la élite avilacamachista a partir del análisis de importantes rituales como las corridas de toros; las fiestas sacramentales (bodas y bautizos); banquetes y reuniones políticas; y de su manera de organizarse a partir de la muerte del líder. El análisis que llevo a cabo de estos rituales consiste en una interpretación de los significados y su importancia en el orden político a partir de la revisión de documentos tales como notas de periódico, canciones y estudios que ya se han hecho sobre estos rituales en otros momentos y otros lugares, que arrojan algunas observaciones y

---

<sup>255</sup> François Xavier Guerra, *op. cit.* p. 145.

<sup>256</sup> Clifford Geertz, *La interpretación de las culturas*, *op. cit.* p. 369.

<sup>257</sup> *Ibid.* p. 370.

conclusiones que, si bien no se refieren necesariamente al caso estudiado, son pertinentes debido a su similitud, pues, como señala Bensa: “Todo es aprendido, reinterpretado, reevaluado (...). Podemos comprender mejor, por consiguiente, cómo las formas son tomadas de acuerdo con el sentido que se les da en cada ocasión, y no con respecto a un sentido último que constituiría su esencia”<sup>258</sup>.

### Torero, torerazo, azteca y español

El martes 23 de agosto de 1938, día del cumpleaños del gobernador Maximino Ávila Camacho, siendo su segundo año de gobierno, apareció en la primera plana del *Diario de Puebla* una felicitación y un programa sobre el orden del día: “Señor General Don Maximino Ávila Camacho, Gobernador Constitucional del Estado, Que Celebra Su Onomástico Este Día. LOS FESTEJOS EN SU HONOR: Las Típicas <<Mañanitas>>, Una Comida en el Palacio de Gobierno y Un festival Taurino en el <<Toreo>>”<sup>259</sup>. Se anunciaba que el día comenzaría con “las típicas ‘mañanitas’ que le serán llevadas a su residencia por la Banda de Estado Mayor de la Defensa Nacional, la Municipal de esta ciudad, las militares (...) la de obreros de Metepec, Atlixco (...) y otras más”<sup>260</sup>; después, para “corresponder el agasajado a las innumerables muestras de simpatía que se le harán, ofrecerá (...) una comida a todos sus colaboradores en el Palacio de Gobierno, en cuyos corredores (..) se instalarán las mesas

---

<sup>258</sup> Alban Bensa, *Después de Levi-Strauss: por una antropología de escala humana. Una conversación con Bertrand Richard*, trad. Liliana Padilla Villagómez, México, D.F, Fondo de Cultura Económica, primera edición, 2015, p. 33.

<sup>259</sup> “Señor General Don Maximino Ávila Camacho, Gobernador Constitucional del Estado, Que Celebra Su Onomástico Este Día. LOS FESTEJOS EN SU HONOR: Las Típicas <<Mañanitas>>, Una Comida en el Palacio de Gobierno y Un festival Taurino en el <<Toreo>>”, *Diario de Puebla*, 23 de agosto de 1938.

<sup>260</sup> *Ibid.*

para más de cuatrocientas personas”<sup>261</sup>; y, finalmente habría un festival charro que “será de invitación y asistirá a ella toda la sociedad de Puebla, ya que han circulado profusamente las tarjetas de invitación, esperándose que resultará digna del homenaje que se rinde al recto mandatario”<sup>262</sup>. Estas muestras de “entusiasmo y espontaneidad”<sup>263</sup> para celebrar al gobernador coincidieron con “la suspensión de labores en las oficinas públicas”<sup>264</sup>.

Todos los elementos son importantes, empezando por el hecho de que todas estas muestras de afecto, incluida la del periódico que las cubría, eran “espontáneas”. Sobre el ritual de las comidas y banquetes se profundizará más adelante, pero vale la pena mencionar la necesidad del gobernador por corresponder a las atenciones de sus allegados; se trataba de un evento en el que los vínculos de hecho y adquiridos se exhibían y se reforzaban a partir de la convivencia y bajo la siempre presente consciencia de que estaban allí porque el gobernador así lo quería.

Maximino Ávila Camacho nunca ocultó su pasión por las fiestas taurinas, él mismo confesó en varias ocasiones que su deseo desde niño había sido convertirse en torero<sup>265</sup>, y esa afición tenía larga tradición en la sociedad poblana. Cientos de personas acudían cada año a las corridas de toros desde muchos años antes de que Maximino se convirtiera en gobernador.

*El 13 de enero de 1902 ocurre en Puebla un lamentable hecho, que prueba el apasionamiento del público mejicano por la fiesta. (...) Al terminar la corrida, el público indignado por la mansedumbre del ganado se amotinó, prendiendo fuego a la plaza, que resultó totalmente destruida por el incendio. La autoridad dispuso la supresión de las corridas en Puebla por tiempo*

---

<sup>261</sup> *Ibid.*

<sup>262</sup> *Ibid.*

<sup>263</sup> *Ibid.*

<sup>264</sup> *Ibid.*

<sup>265</sup> Rodrigo Fernández Chedrahui, *op. cit.*

*indefinido, que apenas fue poco más de lo que tardó en reconstruirse la plaza*<sup>266</sup>

Pero el anhelo de Maximino de convertirse en torero no pudo materializarse debido a sus dificultades económicas, su falta de tradición en la familia y el agitado período que le tocó vivir, que a la postre lo llevó por un camino diferente al que anhelaba, pero con el mismo tipo de recompensas. Maximino se había “convertido en general gracias a todas las casualidades y todas las astucias menos la de haber heredado un apellido con escudo”<sup>267</sup>. Como señala José María de Cossío<sup>268</sup>, normalmente los toreros lo son porque provienen de familias de toreros, de dinastías, así como muchos políticos en el México de la época. Maximino, como Napoleón Bonaparte, no venía de una estirpe de gobernantes ni tenía “sangre real”, no pertenecía a ninguna dinastía y se sabía limitado por ello, por eso decidió formar una. Cuando digo que Maximino recibió el mismo tipo de recompensas que la vida de torero le habría dado, me refiero, sobre todo, a la necesidad de fama y poder que caracteriza típicamente al torero.

*Resueltos, decididos, impacientes, necesitados de afirmar el Yo, emotivos, duros para la fatiga, hombres capaces de tomarse todo a pecho, apasionados en extremo, cálidos en temperamento y en calores de amistad, volubles para unas cosas, escrupulosos para otras, vibrantes ante toda incitación, como el toro bravo, así son los toreros <<típicos>>. (...) El torero olvidado ya no es <<figura>> sino un <<Don nadie>>, que es, psicológicamente, su mayor tragedia. La sociedad espera del torero actitudes de <<donjuanismo>> (...). El orgullo profesional, la puntillosidad extrema, la auto admiración y el creerse superior a los compañeros sigue siendo una actitud frecuente. (...) El torero es un hombre de orden*<sup>269</sup>

---

<sup>266</sup> José María de Cossío, *Los toros: tratado técnico e histórico*, tomo IV, Madrid, Espasa-Calpe, primera edición, 1961, p. 156.

<sup>267</sup> Ángeles Mastretta, *op. cit.* p. 8.

<sup>268</sup> José María de Cossío, *Los toros: tratado técnico e histórico*, tomo VII, Madrid, Espasa-Calpe, primera edición, 1982.

<sup>269</sup> *Ibid.* pp. 41, 42, 54 y 56.

Esta descripción coincide perfectamente con la imagen que el gobernador poblano proyectaba (en buena medida porque así era su personalidad) y da cuenta de su búsqueda del poder, de su necesidad de afirmarse como el más fuerte, el más poderoso y el más mujeriego. En las corridas de toros, el torero, ese hombre de orden y mano dura, era una representación del gobernador, y el toro representaba los problemas que aquejaban a Puebla.

Conviene ahora desmenuzar las corridas de toros por sus principales elementos antes de analizar sus posibles significados para los participantes y cómo escenifican y dan cuenta del orden cultural de la Puebla avilacamachista. Hay varios tipos de corridas de toros, pero en este caso es pertinente referirse únicamente a las becerradas, novilladas, las clásicas corridas de toros y las funciones reales. Este tipo de rituales varían únicamente por la calidad y edad de las reses que se torearán, en el caso de las becerradas son “menores de tres años”<sup>270</sup>, en el caso de las novilladas son novillos (reses jóvenes) y en el caso de las reales se trata de funciones en las que tradicionalmente asistía el rey o el gobernante, y se le dedicaba el evento. En el caso de Puebla, hubo de todos los tipos. Aunque no se trataba de funciones oficialmente “reales”, muchas de ellas, incluyendo la referida, cumplían con la característica de dedicársele al gobernador, que, de hecho, incluso llegó a participar en las lidias, como Cómodo en las arenas romanas.

Las fiestas taurinas tienen, como es bien sabido, su origen en España. En México, refiere José María de Cossío, las corridas eran y continúan siendo una calca en cuanto a las reglas y las formas se refiere. “Tanto en la capital azteca como en la de los diversos estados de Méjico compite, y aun aventaja en fidelidad a la fiesta y entusiasmo, con la española”<sup>271</sup>

---

<sup>270</sup> José María de Cossío, *Los toros: tratado técnico e histórico*, tomo I, Madrid, Espasa-Calpe, primera edición, 1943.

<sup>271</sup> *Ibid.* tomo IV, p. 156.

Sin embargo, México ha generado una rica tradición propia con grandes nombres y actuaciones memorables. Vale la pena mencionar esto porque durante el siglo XIX las corridas fueron celebradas tanto en la colonia, cuanto después de la Independencia, pero entonces aún se les asociaba con España de manera negativa, de modo que hubo momentos, sobre todo cuando estuvo en juego la soberanía de México, que las corridas se prohibieron. Empero, la revolución mexicana desplazó el rechazo por lo español, ya más lejano, por el rechazo de lo francés, identificado con las figuras del “afrancesado” Porfirio Díaz y Maximiliano de Habsburgo, de cuyo fusilamiento emergió “la segunda independencia”; o de lo norteamericano, como el caso de Jenkins deja manifiesto. En ese momento la identificación de las corridas de toros como “españolas”, pasan a ser una tradición que se reconoce como heredada pero que ya es también mexicana.

Las corridas de toros tienen lugar en plazas diseñadas específicamente para la actividad y se dividen en varias partes importantes que vale la pena describir: el ruedo, que “es el círculo de terreno limitado por la valla o barrera donde se corren y lidian los toros (...), exige un especial cuidado, pues cualquier desigualdad, hoyo o accidente en ella puede ser de fatales consecuencias”<sup>272</sup>; la barrera, que rodea la zona arenosa y que ofrece a los que participan en la corrida la posibilidad de salir del ruedo sin que el toro los hiera mediante pequeñas aperturas llamadas burladeros, y que dan lugar a la contrabarrera (espacio en el que los participantes se pueden refugiar y que se sitúa entre la barrera y el área donde está el público); y los tendidos, que son las localidades que están alrededor del ruedo y donde el público se sienta para presenciar la corrida. Los tendidos a su vez, son, para el propósito del análisis de las corridas, uno de los sitios más importantes, pues, aunque no es una regla

---

<sup>272</sup> *Ibid.* tomo I, p. 459.

escrita, normalmente las jerarquías sociales se evidencian en el lugar donde cada quien se sienta. Se dividen, principalmente, entre dos grandes zonas, la zona de sombra y la zona de sol.

Las corridas comienzan normalmente en la tarde, pues el sol juega un papel muy importante tanto para el disfrute del público cuanto para las cuadrillas. De allí que haya una zona de sombra en la que, por la hora del día, el sol no azota las frentes y los ojos de los espectadores mientras que, en la otra zona, donde los boletos son normalmente menos caros, el sol está en su máximo esplendor. Las cuadrillas son los equipos de personas que participan en la lidia y que enfrentan al toro en la arena, encabezados por el torero que se encarga de hacer que el toro trate de embestirlo mientras él lo esquiva ondeando el capote, que es una gran tela roja y gruesa. Cada miembro de la cuadrilla tiene una función distinta, el matador o torero es, como ya se mencionó, el que se juega la vida con el toro en el ruedo; también están los picadores, que, a caballo, utilizan una larga garrocha con la que pican al toro para estimular su violencia e ímpetu; y, finalmente, los banderilleros, que clavan pequeños arpones adornados de colores en el lomo del toro al tiempo que corren hacia él y lo esquivan rápidamente para evitar recibir cornadas.

El inicio del evento siempre es puntual, no hay lugar para retrasos ni tampoco para comienzos prematuros y el inicio está marcado por toques de clarín y tambores. Siempre hay bandas interpretando pasodobles, el género musical taurino por excelencia que tiene

*un remoto origen militar. La marcialidad está en su base misma y le es consustancial: un ritmo binario, elemental, continuo y claramente perceptible, con movimiento alegre, que facilita el paso uniforme de una tropa y al que se superponen melodías y armonías*<sup>273</sup>

---

<sup>273</sup> *Ibid.* tomo VII, p. 596.

El pasodoble confirma la comprensión del enfrentamiento entre el toro y el torero como un sacrificio en el que el torero, cuando lleva a cabo movimientos precisos frente a un toro bravo y espectacular, puede cortar una, dos orejas o incluso el rabo como trofeos que confirman su magistral actuación. El lenguaje sacrificial y la identificación del enfrentamiento con la guerra quedan manifiestos en famosos pasodobles de Agustín Lara como “Valiente Soldado (A Luis Castro ‘El Soldado’, 1937)”,

*Decir valiente es decir soldado  
Decir soldado es decir valiente  
Que no le trae un toro al sarao  
Que no le tiene miedo a la muerte<sup>274</sup>*

o “Novillero (A Lorenzo Garza y Fermín Rivera, 1935)”,

*Torero, valiente  
Despliega el capote sin miedo a la muerte  
Sin miedo a la muerte  
La Virgen te cuida  
Te cubre en su manto que es santo mantón de manila  
Muchacho, te arrimas  
Lo mismo en un quite gallardo  
Que en las banderillas  
Torero, ¿quién sabe?  
Si el precio del triunfo lo paguen*

---

<sup>274</sup> Agustín Lara, “Valiente Soldado (A Luis Castro ‘El Soldado’, 1937)”, *Suite Taurina*, Grown in Media, 2021.

*Tu vida y tu sangre*<sup>275</sup>

La mirada sacrificial, como demuestran los versos anteriores, no se limita a la figura del toro, sino al torero, que, aunque nadie desea que ocurra la tragedia de que reciba alguna cornada, genera excitación por el peligro que supone su actuación. Cuando la corrida ha terminado, y los seis toros bravos han muerto, las cuadrillas y los asistentes ya no son los que eran antes de que el evento tuviera lugar.

Otro elemento fundamental del ritual es la creación y reproducción de apodos para los toreros. Ponerle un nombre propio al protagonista de la corrida es muy importante en tanto que lo identifica ya sea por “su temple y su valor, y por su arte verdadero”<sup>276</sup>; o por alguna característica o falencia no propia del honor, sino de la vergüenza. Sin embargo, el torero queda inerme ante el juicio del público que, en este caso, tiene todo el poder. Este es precisamente uno de los elementos que, en el caso poblano, puede interpretarse como un escape de los asistentes de la jerarquía que persistía en el orden social y que les ofrecía poder sobre el torero, que como he propuesto, podía tratarse de una representación inconsciente del gobernador. El establecimiento de apodos es clave para entender al torero como personaje:

*La personalidad del <<divo>>, del que se ha convertido en <<juguete del éxito>>, está al borde de la depresión si falla alguno de los múltiples mecanismos de su desorbitada necesidad de autoestima. (...) El que llega a <<figura>> del toreo busca instintivamente otras figuras en el mundo del cine, de la canción y a menudo de la política. Para ser más exactos, digamos que se buscan entre ellos por razones muy semejantes*<sup>277</sup>

---

<sup>275</sup> Agustín Lara, “Novillero (A Lorenzo Garza y Fermín Rivera, 1935)”, *Suite Taurina*, Grown in Media, 2021.

<sup>276</sup> Agustín Lara, “Fermín (A Fermín Espinosa ‘Armillita’, 1933)”, *Suite Taurina*, Grown in Media, 2021.

<sup>277</sup> *Ibid.* tomo VII, p. 60.

En la idea del torero también se manifiesta el machismo, según el cual, el hombre debe ser valiente, fuerte, capaz, violento y Don Juan<sup>278</sup>; alguien que sea capaz de resolver de manera creativa y firme cualquier problema u obstáculo que se cruce en su camino. Esta imagen también trataba de ser, todo el tiempo, satisfecha por el gobernador, quien solía salir con muchas mujeres, sobre todo si estas eran populares o eran conocidas por ser actrices o bailarinas.

Las corridas de toros como ritual y tradición representaban también, frente a otro tipo de actividades, un enfrentamiento entre lo tradicional y lo impuesto. En su novela, Ángeles Mastretta nos presenta, por ejemplo, la relación adúltera entre la esposa del General Ascencio y un director de orquesta “de izquierda”. Durante una comida el General le reprocha al amante sus opiniones:

*Dedicate a tu música y tus intelectualidades, dedícate si quieres a las mujeres complicadas, pero no te metas en política, porque éste es un trabajo que hay que hacer. A mí no se me ocurre dirigir orquestas, y te aseguro que es mucho más fácil pararse a mover las manos frente a una bola de mariachis que gobernar alebrestados y cabrones*<sup>279</sup>

Este contraste entre lo tradicional y lo impuesto, ya visto en el caso de las escuelas en la sierra norte, también está presente, por ejemplo, en la reivindicación de las carreras de caballos en Altar, Sonora. Natalia Mendoza documenta el conflicto entre la “reivindicación de lo local *vis a vis* la aspiración universalista”; entre las ideas de “alta cultura” y “baja cultura” que se expresan en dichos como que las carreras no son cultura, sino banalidades que son producto de la “pérdida de valores”<sup>280</sup>. En el caso poblano, las corridas de toros

---

<sup>278</sup> Se le dice Don Juan a los hombres que tienen fama de seducir y conquistar a múltiples mujeres con facilidad y placer. El término proviene del drama de José Zorrilla, *Don Juan Tenorio*.

<sup>279</sup> Ángeles Mastretta, *op. cit.* p. 190.

<sup>280</sup> Natalia Mendoza, *Conversaciones en el desierto: cultura y tráfico de drogas*, Ciudad de México, Centro de Investigación y Docencia Económicas, segunda edición, 2017, p. 82.

constituían una tradición que debía defenderse. Se trata de una sinécdoque de la tensión entre fuerzas centrífugas y centrípetas. Ver al torero esquivar la fatalidad para, después darle muerte, embebe a los espectadores con la sensación de que ellos mismos están enfrentando el peligro y vencéndolo. Los hace sentir invencibles.

Al igual que en las riñas de gallos en Bali, los asistentes seguían siendo los mismos, las jerarquías no habían cambiado, pero el ritual les servía para distintas cosas, según su necesidad y el grupo al que pertenecían. Por ejemplo, había quienes atendían con el deseo de ser vistos<sup>281</sup>, incluso si eran discretos y su “comportamiento [tendía] a la impasibilidad (fingida, claro)”<sup>282</sup>; también estaban quienes, mimetizados con las masas de personas alegres y proyectadas en el torero, adquirían “actitudes de desafío a la autoridad, la irresponsabilidad y la sensación de ser poderoso[s] e invulnerable[s]”<sup>283</sup>; estaban también los aficionados que encontraban en la fiesta brava un arte soberbio digno de apreciarse por sí mismo, sin prestar atención a otras cosas. En el caso poblano destacan dos tipos de razones adicionales para asistir, al menos en el caso de las fiestas taurinas organizadas por Maximino: la primera es el aprecio del asistente por el gobernador y la necesidad de ser visto como un partidario, ya sea porque buscaba obtener algún beneficio de ello o porque se consideraba protegido ante la represión selectiva; y la otra era la búsqueda de esa sensación de invulnerabilidad y de desafío no letal a la autoridad (sensación que estaba también presente en los referidos saboteos en las fábricas y el campo). La corrida de toros ofrecía un espacio liminoide<sup>284</sup> en el que no existía un cambio de estatus, pero en el que la sensación de cambio y transición acompañaba a los

---

<sup>281</sup> José María de Cossío, tomo VII, *op. cit.* p. 123.

<sup>282</sup> *Loc. cit.*

<sup>283</sup> *Ibid.* p. 120.

<sup>284</sup> Victor Turner, *From Ritual to Theatre: The Human Seriousness of Play*, New York, Pas Publications, primera edición, 1982.

asistentes que, al menos por un momento, dejaban de ser lo que eran para convertirse en otra cosa, ellos mismos se sentían victoriosos por “encarar” al toro. La corrida de toros en Puebla era una escenificación del orden político, un cuento que los poblanos, y especialmente la élite política, en las fiestas organizadas por Maximino, se contaban a sí mismos. Los banderilleros eran una proyección de los miembros de la élite avilacamachista, que se sabían cobijados por el gobernador. Pues el banderillero,

*identificado el buen peón con los éxitos y los reveses de su matador, vive una existencia en fantasía y otra en realidad, sensato como Sancho Panza, sabe que no existe la Ínsula Barataria, pero quiere ser gobernador en ella y vive en el palacio correspondiente. (...) La valla del redondel intermediaria entre el público y los lidiadores deja de un lado a los menos valientes y del otro, en la arena, a los que se juegan la vida. Su impunidad cobija a gentes que por distintos motivos desean estar ahí. La distinción entre los que tienen obligación y los devotos, sin ella es tenue. (...) <<ni son todos los que están, ni están todos los que son>><sup>285</sup>*

### Fiestas y rituales

En el apartado anterior ya se analizó uno de los rituales más importantes para examinar el período avilacamachista. Empero, no es la única fiesta que tenía lugar. A continuación, presento un análisis de otros eventos sociales que constituyen importantes ventanas a partir de las cuales es posible descubrir la dinámica de la élite avilacamachista, reglas y formas de ver el mundo. Me centro en eventos sacramentales como bodas y bautizos, pero también en banquetes y fiestas. Comencemos por delinear la naturaleza de los vínculos de hecho y los vínculos adquiridos.

---

<sup>285</sup> José María de Cossío, tomo VII, *op. cit.* pp. 92 y 113.

Los vínculos de hecho, como el parentesco, suponen una alianza normalmente indisoluble entre personas. La alianza deviene de la identificación del individuo con un grupo que está marcado por los apellidos y la convivencia continua. La idea de lo que debía ser una familia estaba presente en todo México y no se limitaba a la Puebla avilacamachista, aunque sí podían variar las funciones y roles de los integrantes, así como la extensión de lo que se considera “familia cercana” y “familia lejana”. La familia cercana estaba caracterizada por la presencia de todos sus integrantes en una casa, normalmente formada por los padres (hombre y mujer) y los hijos o hijo y, en todo caso, los abuelos. Como se ha presentado, en la Puebla de la época, no haberse casado “como Dios manda”, por la Iglesia (y el civil), suponía “vivir en pecado”, de modo que el modelo de familia tradicional estaba claro. La idea de la familia estaba marcada por una inspiración católica. La educación compartida y la transmisión de valores en el día a día de padres a hijos marcaba, como suele ser en la infancia, las pautas del comportamiento para con los familiares a futuro, es decir, se inculcaban las creencias del amor y la solidaridad, que, al crecer el niño, se manifestaban como una necesidad psicológica y casi instintiva de mantener la convivencia y procurar el bienestar de los familiares. La idea de la familia, por supuesto, variaba tenuemente según la cultura íntima, pero en general era la misma, lo único que cambiaba eran algunas reglas que respondían a una noción diferenciada del mismo concepto de amor y solidaridad, por ejemplo, la creencia de que había un “derecho de primogenitura”, como alegaba Maximino cuando supo que su hermano menor sería el presidente. Pertener a una misma familia suponía una obligación ineluctable para con el familiar, sobre todo si se trataba de un familiar cercano.

Ahora bien, el vínculo familiar se divide en sanguíneo, político y espiritual. El primero, como se ha mencionado, deriva de tener el mismo apellido y está presente entre

padres e hijos, hermanos, abuelos y los tíos que son hermanos de la madre y el padre; el político, por su parte, es un vínculo adquirido porque no deriva de la sangre, sino de una decisión y un compromiso – como el matrimonio – y le atañe tanto al que toma la decisión cuanto a los familiares sanguíneos del que lo decide, es un “parentesco voluntario en su origen, pero parentesco real después”<sup>286</sup>, pues el amor hacia el pariente sanguíneo y la convivencia con el político generan vínculos de reciprocidad potentes; finalmente está el parentesco espiritual, que se refiere al compadrazgo y que “viene a menudo a reforzar lazos ya existentes de amistad, de intereses y de clientela”<sup>287</sup>. El compadrazgo es uno de los más interesantes en la élite avilacamachista porque supone la profundización de un vínculo ya existente al punto de convertirlo prácticamente en un vínculo de hecho – que supone un comportamiento y una solidaridad casi “instintivas” derivadas de impulsos sociogenéticos o psicogenéticos<sup>288</sup> y, por lo tanto, mucho más fuertes.

Después de los vínculos familiares están los de amistad y los clientelares que, en ocasiones, suelen confundirse por quienes los analizan. La amistad deriva de la convivencia continua y de la existencia de un proyecto común, en especial la amistad política. Es una relación de reciprocidad que exige solidaridad, confianza y, muchas veces, convivencia continua. La amistad suele derivar de una visión compartida del mundo que se traduce, por lo mismo, en gustos y aficiones similares. Lo que la diferencia de una relación clientelar es la lealtad y la distancia jerárquica. El clientelismo supone una relación excesivamente

---

<sup>286</sup> François – Xavier Guerra, *op. cit.* p. 130.

<sup>287</sup> *Loc. cit.*

<sup>288</sup> Términos utilizados por Norbert Elias, *op. cit.* para dar cuenta de cómo la imposición de reglas, como no eructar o utilizar cubiertos, progresivamente derivó en la internalización inconsciente de las reglas a tal punto que se creó, por ejemplo, un instinto de repulsión y asco por la violación de tales reglas. El mismo tipo de proceso se presenta en los vínculos afectivos y las reglas que los rigen, especialmente tratándose de la familia.

asimétrica, en la que los participantes intercambian cosas sin que exista afecto o la sensación de que quienes participan son iguales. El cliente busca “protección contra las arbitrariedades y la influencia ante la justicia (...). Entre las prácticas de clientela que todos admiten figura siempre la práctica de la ‘recomendación’”<sup>289</sup>. Los vínculos de varios miembros de la élite avilacamachista eran de amistad, pero también los había clientelares, que se caracterizaban, básicamente, por la negociación de la aplicación selectiva de la ley.

Las reglas que rigen a cada relación están implícitas, no están escritas ni son formales, tampoco se enseñan con un manual, pero están presentes en todos lados y los actores las tienen claras, incluso si no las entienden como reglas. Maximino Ávila Camacho y Gonzalo Bautista Castillo eran grandes conocedores de las reglas del parentesco, la amistad, el clientelismo y la política de su tiempo. Conocían la diversidad de rituales en los que podían cultivar sus relaciones y también la naturaleza de los distintos vínculos. Por ejemplo, Maximino trató de convertirse en gobernador de Puebla muchos años antes de lograrlo, pero en ese tiempo recibió el apoyo de su padrino, Pascual Ortiz Rubio, quien ya se estaba enfrentando con el jefe máximo, Calles, de modo que la relación de Maximino con Ortiz Rubio pasó de ser beneficiosa a ser un lastre.<sup>290</sup> Los vínculos sirven para compartir y promover triunfos, pero también exigen solidaridad y acompañamiento en la desgracia.

Cuando Maximino se convirtió en compadre de quien tenía la tarea de reorganizar al ejército durante el gobierno de Calles, Joaquín Amaro, su impunidad se hizo presente ante sus excesos en las distintas regiones del país. Como ya se refirió, Amaro lo había castigado por una carta en la que Maximino despotricaba contra Calles, pero los regalos y el

---

<sup>289</sup> François – Xavier Guerra, *op. cit.* p. 151.

<sup>290</sup> Sergio Valencia Castrejón, *op. cit.* p. 24.

compadrazgo cambiaron la naturaleza del vínculo. Ya no eran solo el secretario de Guerra y Marina y un militar más, ahora eran compadres y, por lo tanto, era su deber cuidarse entre sí.

Ahora corresponde explicar las características de cada ritual. El matrimonio era un ritual sagrado en el que dos personas, que se aman y que anhelan formar una familia juntos, aceptan convertirse en familia cercana. En el momento en el que los esposos aceptan en la iglesia amarse y respetarse hasta que la muerte los separe, el vínculo se vuelve indisoluble y atañe ya no únicamente a quienes hicieron su promesa, sino a las familias. En el caso de la élite avilacamachista, el matrimonio significa muchas cosas más, y también derriba algunas de las creencias delineadas, pues, aunque el amor es el elemento más importante del matrimonio como institución social, al menos teóricamente, lo cierto es que las alianzas eran fuertes sustitutos del amor, también lo era la voluntad del padre, que muchas veces decidía con quien aceptaba que se casaran sus hijas.

Los bautizos, por su parte, consisten en la reclamación del hijo de una pareja en la fe católica por Dios, a través del sacerdote. Para ello los padres deciden nombrar a una pareja de padrinos, que entonces se convierten en sus compadres y que aceptan, así, proteger al infante como si fuera suyo, convirtiendo al vínculo en uno muy potente. Los padres, así, se convierten casi en hermanos de sus compadres, sabiendo que, si un día faltan, estos se encargarán de su descendencia.

La importancia del bautismo y el matrimonio como eventos sociales en la Puebla avilacamachista deriva de dos puntos principales, el primero es el establecimiento formal de parentesco político y espiritual, pues ambos suponen, frente a una aglomeración de invitados, la aceptación de los participantes del nuevo vínculo y de las obligaciones que estos les imponen. Romper con la solidaridad prometida frente a Dios y los invitados (familiares,

amigos y conocidos) supone un enorme castigo social y la pérdida de confianza de las redes que han presenciado la traición. El segundo es que el evento ofrece la oportunidad de aglomerar en un mismo espacio a personajes con quienes la convivencia es importante para reforzar vínculos sin que medie la formalización, es decir, el saberse invitado al evento impone a la relación la categoría de amistad, que, a su vez, la dota de responsabilidad y confianza. Es decir, el matrimonio supone una alianza entre familias, en este caso, una alianza política. Por esa razón Maximino decidió casar a sus hijas con personajes de familias prominentes como con el empresario veracruzano Justo Fernández o con Rómulo O’Farril Jr. “Si hay negocio lo hacemos; si no, se me va luego a la chingada. Y se me casan por la iglesia”<sup>291</sup>.

Las comidas y los banquetes tienen un propósito distinto, pues en este caso no hay formalización de ningún tipo. Se trata únicamente de un evento social en el que los invitados no tienen del todo claro si están presentes por amistad o por negocios y normalmente se organizan para impulsar alguna candidatura o aglutinar apoyos en torno a una causa. Eso sí, el propósito real del evento no puede revelarse explícitamente. Gonzalo N. Santos, “íntimo amigo” de Maximino y Gonzalo Bautista, cuenta que cuando Manuel Ávila Camacho, presidente de la República, le informó que le daría su apoyo para convertirse en gobernador del estado de San Luis Potosí,

*el gobernador del estado de Puebla, mi tocayo el doctor Gonzalo Bautista, repito, en connivencia conmigo, organizó un banquete en el restaurante Chapultepec (...) dizque con motivo de mi cumpleaños y ni siquiera era en el mes de enero, fecha en que yo nací, pero en política es lícito mentir*<sup>292</sup>

---

<sup>291</sup> Ángeles Mastretta, *op. cit.* p. 17.

<sup>292</sup> Gonzalo N. Santos, *op. cit.* p. 766.

Los banquetes, comidas y reuniones tenían como propósito llegar a acuerdos y manifestar apoyos o enfrentamientos, pues también existía la posibilidad de que los asistentes no comulgaran con su anfitrión. Pero en este caso, las apariencias eran tan o más importantes que los hechos mismos. También Gonzalo N. Santos recuerda que, cuando Lázaro Cárdenas acordó salir a comer con él, aun siendo presidente, Manuel Ávila Camacho, quien ya era el ungido oficial para ocupar la silla presidencial, le sugirió: “Si mi general Cárdenas le dejó la iniciativa a usted para comer en el lugar que usted prefiera, lléveselo a un restaurante donde lo vean los políticos, aunque a usted no le guste la comida”<sup>293</sup>. De igual manera solía haber reuniones en lugares exclusivos como el Club de Leones o el Club Laguna Azul<sup>294</sup>.

#### El presidente que no fue

Como el lector lo tendrá ya claro, Maximino Ávila Camacho anhelaba, más que otra cosa, la silla presidencial. La búsqueda de poder, fama y riqueza orientaban las acciones del hermano del presidente y su manera de luchar por ellas era única, muchas veces escandalosa – nada inesperado considerando la personalidad del personaje. Resulta interesante su manera de concebir el poder y revela un punto nodal de la política mexicana de la época. Para Maximino, el poder no podía conseguirse si no se era rico. La riqueza era una base muy importante y, aunque no era un sinónimo del poder, sí era, para él, una condición *sine qua non*. Se necesitaba para hacer campaña, para organizar los eventos en los que se juntaban apoyos y se profundizaban vínculos, para comprar periodistas y también para realizar obras públicas, pues si el dinero venía del erario o de préstamos de Jenkins, era poco importante.

---

<sup>293</sup> *Ibid.* p. 773.

<sup>294</sup> Wil G. Pansters, *op. cit.*

A partir de la idea de poder que tenía como sustento la riqueza, Maximino tenía muy claro desde qué puesto público quería construir su candidatura para suceder a su hermano como presidente, el de secretario de Comunicaciones y Obras Públicas. Convertirse en secretario fue, desde que decidió aceptar que Manuel fuera el presidente, su objetivo y su “merecido” premio de consolación. Sin embargo, obtener el puesto no fue fácil, pues, a pesar de que muchos veían en Manuel Ávila Camacho a un hermano menor, débil, sensible y manipulable, lo cierto es que era un político hábil e inteligente, aunque mucho más discreto y mesurado que su hermano. Manuel sabía que tener a su hermano como secretario le acarrearía problemas. Por esa razón decidió balancear su gabinete entre cardenistas (aunque la influencia de Cárdenas ciertamente pesó) y hombres de su confianza que se distinguían por ser más moderados o incluso de “la derecha oficial”, como Miguel Alemán Valdés, secretario de gobernación. Cuando Maximino supo que el puesto que anhelaba le sería entregado a Jesús de la Garza, un cardenista, incluso estuvo dispuesto a romper con Cárdenas y a pronunciarse en contra de la influencia del expresidente en el gabinete del nuevo, pero amigos más prudentes como Gonzalo N. Santos lo calmaron:

*Mira – le dije a Maximino - a mí no me ‘piques la cresta’ que bastante chillado ando ya, vamos calmándonos los dos y empleemos mi vieja máxima en política (...): ‘Paciencia, mala fe y acometida de tigre, más vale comer ... nabo que comer ansia’<sup>295</sup>*

El presidente declaró muchas veces que no tenía intención de hacer cambios en su gabinete, sin embargo, también en varias ocasiones apareció en los periódicos que Maximino sería nombrado secretario y se le preguntaba insistentemente al respecto a Manuel.

---

<sup>295</sup> Gonzalo N. Santos, *op. cit.* p. 746.

“Obviamente, Maximino recurría a los medios para presionar a su hermano”<sup>296</sup>. La presión del hermano mayor era fuerte, pero Manuel la sabía resistir. Cuando Maximino se hartó y se terminó de sentir impotente, decidió que tomaría lo que le correspondía por la fuerza.

*Vi llegar al general de división Maximino Ávila Camacho (...) con una escolta de no menos de 50 automóviles y otros tantos motociclistas. El se bajó del vehículo y toda su gran escolta hizo lo mismo. Apresuradamente entraron al patio él y, unos cuantos de sus acompañantes, subieron por los elevadores; Maximino entró con un gallardo paso militar al Ministerio. A su derecha lo acompañaba mi querido amigo, tocayo y compañero de luchas revolucionarias, el [ya gobernador de Puebla] Gonzalo Bautista; a su izquierda su secretaria Trini; atrás de él a “tiro de trompada” sus dos principales sayones (...). Ambos portaban en la mano pavorosas ametralladoras Thompson con “queso completo”, es decir, con 100 balas 45 cada disco. Todos sus lansquenets, jilgueros y escribanos subieron por las escaleras. Maximino tomó posesión inmediatamente, ordenándoles a los que desde ese momento iban a ser sus colaboradores que ocuparan sus puestos y luego me dijo a mí, poniéndome una mano en la cabeza: “Pelón Tenebroso, ahora acompáñame a Palacio para rendir protesta ante el presidente de la República”. Aunque yo no soy delicado de salud ni me espanto con los temblores de tierra, poco faltó para que me diera un infarto. “¿Cómo? – le dije - ¿ya tomaste posesión del ministerio sin antes ir a protestar como secretario de Estado ante el presidente de la República?” “Nomás vine a ejercer mi derecho – me dijo –, no le debo el favor a nadie”<sup>297</sup>*

Narraciones, aunque imprecisas, como esta, configuraron el mito de que quien gobernaba en realidad era Maximino: “el hombre atrás del trono (...), el hombre al que hay que conocer en la política y las finanzas de México”<sup>298</sup>, “la persona más importante del gobierno y el hombre más temido de México”<sup>299</sup>. Las personalidades de Maximino y Manuel contrastaban, el primero por su mesura y prudencia, y el segundo por su explosividad y

---

<sup>296</sup> Alejandro Quintana, *Maximino Ávila Camacho y el Estado unipartidista: la domesticación de caudillos y caciques en el México posrevolucionario*, trad. Marta Donís, Maryland, Lexington Books, primera edición en español, 2011, p. 196.

<sup>297</sup> Gonzalo N. Santos, *op. cit.* p. 755.

<sup>298</sup> Alejandro Quintana, *op. cit.* p. 205.

<sup>299</sup> José Emilio Pacheco, “Tenga para que se entretenga”, *op. cit.* p. 104.

temeridad. “Manuel era la copia fiel de Maximino... al revés”<sup>300</sup>, decía Krauze. Vicente Lombardo Toledano, quien detestaba a Maximino los comparaba con lentes distintos:

*Un día se presentó a mi casa el general Maximino Ávila Camacho, a decirme: “Oye, [¿]es cierto que tú piensas en mi hermano Manuel para que suceda al general Cárdenas? ¿Piensas en Manuel para Presidente de la República?” “Sí, le dije.” “Pero si Manuel no es más que una bola de carne con ojos, tú sabes muy bien que yo lo he formado.” Yo le dije: “Mira, ni es una bola de carne con ojos ni tú lo formaste. Tú no lo formaste porque tú no estás formado y no puedes formar a otro.” Yo le hablaba de una manera categórica y drástica porque lo conocía de sobra. Dijo: “Bueno, en todo caso me correspondería a mí la Presidencia, yo soy el hermano mayor.” Le dije: “Yo no he pensado en una dinastía, en la familia Ávila Camacho, y si he pensado en Manuel Ávila Camacho no es porque sea mi paisano, sino porque dentro del panorama político del país, se necesita que el sucesor de Cárdenas sea un hombre que logre mantener junto al ejército, ante todo, y que no sea un elemento que llegue con el propósito de destruir la obra del presidente Lázaro Cárdenas (...). Así que si tú crees que yo he pensado en tu hermano Manuel, porque somos amigos y paisanos, te equivocas. Pero pensando en Manuel, aun desde ese punto de vista, en el único hombre del mundo en que yo no podría pensar para la Presidencia de la República sería en ti, porque tú eres un hombre de manicomio, no para la escena política del país”<sup>301</sup>*

Aunque hay razones para pensar que Maximino era el hombre detrás del gobierno, derivadas de su influencia sobre su hermano y de su capacidad para conseguir lo que quería por las buenas o por las malas, como su nombramiento como secretario de Estado demuestra; lo cierto es que el mito se configuró, sobre todo, porque Maximino era un hombre de espectáculo, un actor en escena, un torero en el ruedo. “Parecía temer que una mala postura pudiera debilitarlo a los ojos del pueblo, como si el poder emanara del lenguaje corporal. O tal vez creyera que una espalda recta lo autorizaba a ser chueco en todo lo demás”<sup>302</sup>. Esa es

---

<sup>300</sup> Enrique Krauze, *La presidencia imperial: ascenso y caída del sistema político mexicano, 1940 – 1996*, México D.F. Tusquets, segunda edición, 1997, p. 37.

<sup>301</sup> Vicente Lombardo Toledano, *op. cit.* pp. 352 y 353.

<sup>302</sup> Enrique Serna, *El vendedor de silencio*, Ciudad de México, Alfaguara, primera edición sexta reimpresión, 2020, p. 204.

la razón de que estimara tanto el dinero. Le gustaba vivir bien, pero, sobre todo, creía que era fundamental que la gente viera que vivía bien, que era un hombre rico y poderoso. Insisto, para ser torero hay que parecerlo. Por eso financiaba grandes comidas y fiestas taurinas. “Una de las pasiones de Maximino era vestir bien. (...) Al hijo del sastre, que le llevaba los trajes, le daba una jugosa propina que le duraba un mes.”<sup>303</sup> Por esa misma razón tenía establos con caballos pura sangre que gustaba de obsequiar a sus amigos, compadres e incluso rivales políticos. “Durante su mandato [como secretario de Comunicaciones y Obras Públicas], Maximino llegó a ser conocido como ‘El Señor 15 por ciento’ por la comisión que cobraba por dar concesiones a los proyectos”<sup>304</sup>. Cuando era gobernador, Maximino acostumbraba a salir con importantes artistas y actrices, y solía obsequiarles joyas y pagarlas con el presupuesto público, pues le enviaba los recibos a su amigo Sergio B. Guzmán, “presidente del Ayuntamiento de la ciudad de Puebla”<sup>305</sup>. En cierta ocasión Sergio B. Guzmán se negó a pagar una cuenta de cincuenta mil pesos por un collar de diamantes.

*Al día siguiente Guzmán descubrió que su auto había sido robado. Más tarde uno de los matones de Maximino le dijo que tenía órdenes de matarlo, pero que no lo había hecho porque lo tenía en alta estima. Esa tarde Guzmán se hizo a un lado y su renuncia apareció al día siguiente en el periódico (...). Años después, como secretario de comunicaciones, Maximino invitó a Guzmán a cenar (...): “Tienes suerte de no estar seis metros bajo tierra” “No te creo, Maximino”, respondió Guzmán con humor”<sup>306</sup>*

Todo el mundo asumía que Maximino era un asesino. Cualquier desaparición o magnicidio se le atribuía al gobernador y éste, cómodo con la idea, era cínico. Muchas veces la creencia estaba bien fundada. El gobernador se convirtió en una suerte de chivo expiatorio

---

<sup>303</sup> Enrique Krauze, *op. cit.* p. 42.

<sup>304</sup> Alejandro Quintana, *op. cit.* p. 208.

<sup>305</sup> Enrique Cordero y Torres, *op. cit.* p. 319.

<sup>306</sup> Traducción propia de Andrew Paxman, *op. cit.* pp. 232 y 233.

frente a cualquier asesinato o desaparición. Ocurrió con el mencionado caso de Cienfuegos; con el periodista José Trinidad Mata, crítico del gobierno; con el intento de magnicidio de Gilberto Bosques durante las campañas por la gubernatura de Puebla; con una matanza en Topilejo (en la que se le acusó de torturar y asesinar a vasconcelistas en 1929)<sup>307</sup>; entre muchos más. Es probable que varias de las acusaciones fueran ciertas, pero el hecho es que siempre que había alguna muerte violenta o desaparición, la gente deducía automáticamente que alguien había hecho enojar al gobernador y que no había mayor explicación. La eliminación de rivales políticos en Puebla se convirtió en una práctica común.

*Empiezo a creer que vas a matarme como a otros. - ¿A matarte? ¿Cómo se te ocurrió eso? Yo no mato lo que quiero. – Entonces, ¿por qué te pones la pistola todos los días? – Para que la miren los que quieren matarme*<sup>308</sup>

“Maximino era un hombre muy cobarde, mandaba matar a algunas gentes; pero personalmente nunca mató a nadie, como todos los cobardes”<sup>309</sup>, decía Lombardo Toledano. Pero más allá de la probable responsabilidad de Maximino en muchos asesinatos políticos, la acusación y la inequívoca idea de que él era el que tenía el poder de quitarle la vida a quien quisiera se diseminó en Puebla, y después en México. Esa idea le resultó muy útil porque aterraba a sus enemigos. El poder no deriva únicamente del control de recursos materiales e institucionales, también deriva de la imagen y la reputación. El gobernador de Puebla lo tenía muy claro, y por ello se preocupaba tanto por cómo lo retrataban los medios de comunicación, poderosas herramientas para la defensa y también para el ataque. El protagonista de *El vendedor de silencio* confiesa, después de venderle su pluma a Maximino, que “tuvo la

---

<sup>307</sup> *Ibid.*

<sup>308</sup> Ángeles Mastretta, *op. cit.* pp. 195 y 196.

<sup>309</sup> Vicente Lombardo Toledano, *op. cit.* p. 353.

humillante impresión de ser un pistolero más, que disparaba con la máquina de escribir”<sup>310</sup>. “La lengua guarda el cuello”<sup>311</sup>.

La capacidad de Maximino para cooptar políticos y periodistas dificultaba la posibilidad de saber la verdad. Era lógico que los rumores y el escepticismo estuvieran presentes en la opinión pública. Este ambiente, en el que la verdad está oculta por quienes participan de ella y en el que la opinión pública, ante la falta de información confiable, llega a conclusiones apresuradas y especulativas, fue idóneo para lograr lo que Maximino necesitaba, mitos, cuentos, fantasías. El gobernador de Puebla y secretario de Comunicaciones y Obras Públicas fue, quizás, el personaje del período histórico señalado en torno al cual más mitos se crearon. Como buen personaje novelesco, ni siquiera su muerte se libró de la especulación.

Corría el año de 1945 y la lucha por la sucesión presidencial comenzaba a formalizarse, pues la disputa real comenzó, como suele ser en México, incluso antes de que el presidente saliente se sentara en la silla por primera vez. Los tres candidatos más sonados y con más posibilidades eran el secretario de gobernación Miguel Alemán Valdés, el secretario de Relaciones Exteriores Ezequiel Padilla y el secretario de Comunicaciones y Obras Públicas Maximino Ávila Camacho. Maximino tenía la mayor ventaja por su posición e influencia, pero también tenía la más definitiva de las desventajas, era hermano del presidente. Todavía el Porfiriato y el Maximato estaban frescos en la memoria y una de las más importantes, si no la más, importante bandera de la revolución había sido la lucha contra la reelección y la permanencia de dinastías familiares en la presidencia de la república. El

---

<sup>310</sup> Enrique Serna, *op. cit.* p. 221.

<sup>311</sup> Gonzalo N. Santos, *op. cit.* p. 848.

mismo Maximino se había saboteado cuando decidió dejar como gobernador a Bautista Castillo y no a su hermano Rafael Ávila Camacho, declarando que “no permitiría [el] absurdo de que un hermano suyo lo sucediera en el poder puesto que no se trataba de una dinastía”<sup>312</sup>. Aunque, por supuesto, como buen político, Maximino podía cambiar de opinión con la confianza de que el tiempo desteñía la memoria de la opinión pública. Así lo hizo. Manuel, en cambio, sabía con certeza que era imposible que Maximino le sucediera. Poco antes de que comenzara la disputa oficial por la candidatura, el presidente le pidió a Gonzalo N. Santos que convenciera a Maximino de desistir de sus deseos.

*No es para mí sólo mi hermano, él es mi padre, pero cuando se ocupa una responsabilidad tan grande como es el puesto de presidente de la República se tiene la obligación de conocer los defectos del propio padre. Mi hermano es enfermo desde chico (no me dijo de qué), convénczalo usted que tan estrecha amistad tiene con él y le habrá hecho un gran servicio al país, a la Revolución y a mí. Y don Manuel lloró, pues ya se sabe que era muy emotivo*<sup>313</sup>

Como era de esperarse, ni siquiera su gran amigo Gonzalo N. Santos logró convencerlo de renunciar a sus aspiraciones presidenciales, sobre todo porque el candidato preferido de Santos y la mayoría de los gobernadores era Miguel Alemán Valdés, con quien Maximino tenía una fuerte rivalidad y aversión. “Miguel Alemán, repito, lo juro por la leche que mamé de mi madre, que no llegará a presidente de la república porque lo voy a matar”<sup>314</sup>. En cierta ocasión Santos fue, una vez más, con la encomienda de convencer a Maximino de desistir de sus deseos. Aquella vez se encontró, en casa del exgobernador poblano, una congregación de políticos y artistas entre quienes destacaban Rojo Gómez, Bautista Castillo, Isidro Candia, Wenceslao Labra y Mario Moreno (Cantinflas), quien “empezó a hablar y,

---

<sup>312</sup> Sergio Valencia Castrejón, *op. cit.* p. 152.

<sup>313</sup> Gonzalo N. Santos, *op. cit.* p. 828.

<sup>314</sup> *Ibid.* p. 833.

como lo quiso hacer en serio, su intervención salió fatal<sup>315</sup>. En aquella reunión Maximino aceptó abandonar sus aspiraciones si la candidatura le era negada a Alemán en favor de Rojo Gómez o del propio Santos, quien se negó porque “lo que sí es un defecto (...) es ser pendejo, y yo no lo soy”<sup>316</sup>. Esa fue la última vez que Santos vio a su gran amigo, pues, poco después, Maximino asistió a un banquete en su honor, en el que se retiró con gran malestar, esa misma noche exhaló su último aliento.

La muerte de Maximino provocó grandes sospechas y rumores. Se decía que lo habían envenenado, y muchos acusaban a Miguel Alemán, quien no solo se benefició de tener un obstáculo menos, sino que, acostumbrado a la fortuna que les sonríe a algunos políticos, gozó por segunda vez la muerte de quien más le estorbaba en su camino al poder, pues años antes se convirtió en gobernador de Veracruz (1936 – 1939) por el conveniente asesinato de quien era el candidato designado, Manilo Fabio Altamirano Flores. Alemán evita hablar del tema en sus memorias, que destacan por su aridez y falta de sinceridad, a diferencia de las de Santos. Sin embargo, lo cierto es que Maximino no gozaba de buena salud, tenía diabetes y un historial familiar de padecimientos cardíacos – también Manuel murió joven, a la edad de cincuenta y ocho años –; aunque su muerte resultó sorpresiva por la coyuntura y la fortuna de quien lo enfrentaba, no fue del todo inesperada dada su condición. La interpretación del envenenamiento es interesante porque confirma la idea de Maximino como un ser invencible, un toro bravo, que solo puede ser vencido mediante la trampa y la traición, también es interesante porque incluye a Alemán en la misma categoría de político y personaje, sin escrúpulos, corrupto, autoritario. “La corrupción, la violencia, el favoritismo y el amiguismo

---

<sup>315</sup> *Ibid.* p. 836.

<sup>316</sup> *Loc. cit.*

no eran exclusivos de Maximino. Como presidente, Alemán contribuyó a que el PRM consolidara aún más tales prácticas”<sup>317</sup>. El mítico gobernador poblano murió a la edad de cincuenta y tres años.<sup>318</sup>

#### Conclusiones: el gobierno de un fantasma

Con todo y su molestia por la designación de su hermano como sucesor de Cárdenas, Maximino rápidamente reuló y aceptó hacer todo lo que estuviera en su mano, que era bastante, para que Manuel Ávila Camacho se convirtiera en presidente de la república. Uno de los documentos más importantes y reveladores es el *Pacto de Honor*, en el que miembros del congreso local de Puebla se comprometieron “bajo su palabra de honor y como hombres conscientes de su responsabilidad, a guiar sus respectivos grupos y a actuar unidos en los trabajos políticos sociales que se avecinan”<sup>319</sup>. Añadían como segundo punto y tercer punto que

*la única orientación que se reciba (...) será la del Jefe nato del Avilacamachismo, señor General de Brigada Maximino Ávila Camacho, comprometiéndose los firmantes, como hasta la fecha, a responderle en la forma que las circunstancias lo requieran, con lealtad, cooperación y disciplina. (...) Los componentes de este grupo, por su libre y espontánea voluntad se comprometen a propugnar por el bien colectivo del mismo y de sus representados. Si llegado el caso se hiciere necesario sacrificar alguna personalidad, los demás tendrán la obligación ineludible de ayudarlo en la forma y términos que acuerde el mismo grupo*<sup>320</sup>

---

<sup>317</sup> Alejandro Quintana, op. cit. p. 225.

<sup>318</sup> *Ibid.* pp. 222 y 223.

<sup>319</sup> “Pacto de Honor Avilacamachista de los miembros de las XXXII y XXXIII legislaturas del estado”, *Diario de Puebla*, 3 de enero de 1939, p. 1, citado por Jesús Márquez Carrillo, *Los orígenes del avilacamachismo. Una arqueología de fuerzas en la constitución de un poder regional: el estado de Puebla (1929 – 1941)*, tesis, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1983, pp. 252 y 253.

<sup>320</sup> *Loc. cit.*

La autoridad incuestionable del líder es evidente en este documento. Es el que da las órdenes y la élite aglutinada reconoce su sumisión, pero también hacen patente su dependencia del carisma del personaje denominándose a sí mismos como avilacamachistas. La élite avilacamachista tenía años presente en la política poblana antes de que llegara el General Maximino, pero no tenían la cohesión y estructura que el nuevo gobernante les dio. Necesitaban un líder, una bandera, un símbolo, un nombre. El gobierno central tenía muchas banderas importantes que no se podían tomar de la misma manera en el estado porque hacerlo habría implicado sacrificar autonomía y margen de gestión. El símbolo que se creó fue uno autoritario, que inspiraba miedo, pero que también representaba (y eso se tradujo en la práctica) orden. El caos en el que Puebla estaba sumida se terminó para dar lugar a uno de los regímenes más estables del período. El experimento poblano de los laboratorios revolucionarios probó su autoritaria eficacia. El régimen nacional tomó, sin duda, varios elementos como inspiración.

Cuando los líderes Maximino y su mano derecha, Gonzalo Bautista Castillo hicieron falta, solo quedaron las redes que habían formado, dinámicas como siempre, pero sin mucho más a que aferrarse que a la imagen que imponía respeto y miedo del gobernador difunto. Bastó con tener el apellido del símbolo de cohesión para que Rafael Ávila Camacho se convirtiera en el nuevo y limitado líder. Cuando López Mateos vio que el mismo apellido – que por las razones descritas era visto como un sinónimo de caciquismo tradicional – estaba presente en la gubernatura de Puebla, no dudó en enfrentarlo. Pero las redes siguieron siendo las mismas, con la ausencia, ahora sí, del arbitrario y cuestionable pero eficaz talento del gobernador que, finado, seguía siendo escuchado, a través del eco de sus órdenes, como un fantasma. Un fantasma poblano.

## A manera de conclusión

Suele decirse que la realidad supera a la ficción, lo cierto es que “lo real” es tan ficticio como una novela, puesto que está siempre interpretado. El hecho nunca tiene sentido *per se*, se lo atribuimos. Esa es la razón de que la “realidad” constantemente nos sorprenda, nos cuente historias y cree personajes, héroes, villanos y actores secundarios, a los que muchas veces, erróneamente, no se presta atención por considerárseles irrelevantes. Para el académico no hay héroes ni villanos en la historia, solo hay personajes, pero para quienes la construyen y reconstruyen todos los días, la “gente de a pie”, sí. Ellos siempre tienen una manera de leer el pasado y eso siempre influye en su presente y su futuro. Las imágenes, los ídolos y los demonios son importantes como estudio en sí mismo por lo que revelan, son solo una sombra, pero lo que encubren importa. Son

*hombres mitificados o satanizados, pero al fin y al cabo polémicos, muertos realmente o en la imaginación de un pueblo que, con elocuencia, vive y cuenta lo que otros le contaron, hechos que a fuerza de relatar se convierten en certezas. (...) No se trata de rescatar exclusivamente la épica, sino de entender también su cotidianeidad, cómo se fue conformando un sistema político de amplio arraigo, caracterizado por el paternalismo, la sujeción o protección, el compadrazgo, la presencia de liderazgos radicales y cacicazgos de origen militar o civil; todos ellos conformaron redes de dominación y de consenso que una vez institucionalizadas le aseguraron al Estado una larga vida y un origen heroico, de preferencia legitimado en la revolución”<sup>321</sup>*

El presente trabajo es un retrato, sobre todo, del poder, de la ambición, de sus reglas, de sus amantes y de sus consecuencias prácticas en un espacio y momento concretos. El anhelo del político por el poder puede entenderse a partir del diálogo que rescata Rafael

---

<sup>321</sup> Carlos Martínez Assad, *Estadistas, caciques y caudillos*, op. cit. pp. 9 y 10.

Sánchez Ferlosio referenciando el trabajo de Plutarco, según el cual, Cíneas le preguntó múltiples veces al rey Pirro por los resultados de sus arriesgadas misiones y empresas, a lo que Pirro contestaba continuamente cuáles serían los frutos de su arduo trabajo y sus victorias; primero conquistaría Italia, luego Sicilia y luego Cartago y África. Finalmente, Cíneas le preguntó: “

*[¿]pero después de que todo nos esté sujeto, ¿qué haremos?” Entonces Pirro, echándose a reír: “Descansaremos largamente —le dijo— y pasando la vida en continuos festines y en mutuos coloquios nos holgaremos”. Después que Cíneas trajo a Pirro a este punto de la conversación: “Pues ¿quién nos estorba —le dijo—, si queremos, el que desde ahora gocemos de esos festines y coloquios, supuesto que tenemos sin afán esas mismas cosas a que habremos de llegar entre sangre y entre muchos y grandes trabajos y peligros, haciendo o padeciendo innumerables males?”<sup>322</sup>*

Ya decía Mefistófeles sobre Fausto:

*No son terrena la comida ni la bebida de ese insensato. El frenesí le impulsa a lo lejos, y sólo a medias tiene conciencia de su locura. Pide al cielo sus más hermosas estrellas y a la tierra cada uno de sus goces más sublimes; y ninguna cosa, próxima ni lejana, basta a satisfacer su corazón profundamente agitado<sup>323</sup>*

Maximino era un molino de viento que logró erigirse gigante a partir de una obsesión infranqueable por el poder, ese objeto de deseo que se asemeja tanto a la bacía que Don Quijote, en uno de sus innumerables desvaríos, juzgó equivocadamente como el Yelmo de Mambrino. En este trabajo he tratado de demostrar que las instituciones importan, pero importan también los hombres. La cultura debe ser entendida no como una estructura estable e inamovible, sino como un conjunto dinámico de repertorios interpretativos que se conjugan con los hechos, los personajes y las instituciones para dar lugar al acontecimiento. El carisma

---

<sup>322</sup> Rafael Sánchez Ferlosio, *op. cit.* p. 40.

<sup>323</sup> Johann Wolfgang von Goethe, *op. cit.* p. 8.

de un hombre solo importa y es susceptible de entenderse si se estudia a la luz de un análisis profundo de la sociedad y del conjunto de aparatos organizacionales y normativos que lo enmarcan y condicionan. Maximino fue, sin duda, un gran personaje; por eso creó la idea de que todo giraba en torno a él; por eso se convirtió, incluso varios años después de muerto, en la base y simultáneamente en la principal amenaza del orden político poblano; por eso se transformó tantos años después en uno de los personajes más memorables de la literatura mexicana contemporánea, el general Andrés Ascencio; también por eso este trabajo lleva por título su nombre, porque es ineluctablemente interesante. Así también se explica cómo logró que muchos olvidaran todo lo que estaba alrededor de él – que, en la mayoría de las ocasiones, era más importante. Se trata de un personaje fascinante que nos invita, como espectadores, a darle más importancia a un período específico de un estado particular de México, un milímetro en ese infinitamente microscópico y pálido punto azul que es el mundo.

## Bibliografía y referencias:

### Libros:

1. Alan Knight y Will G. Pansters (eds.), *Caciquismo in the twentieth-century Mexico*, Lancashire, Institute for the Study of the Americas, primera edición, 2005.
2. Alban Bensa, *Después de Levi-Strauss: por una antropología de escala humana*. Una conversación con Bertrand Richard, trad. Liliana Padilla Villagómez, México, D.F., Fondo de Cultura Económica, primera edición, 2015
3. Alejandro Quintana, *Maximino Ávila Camacho y el Estado unipartidista: la domesticación de caudillos y caciques en el México posrevolucionario*, trad. Marta Donís, Maryland, Lexington Books, primera edición en español, 2011.
4. Alicia Tecuanhuey Sandoval, *Cronología política del estado de Puebla 1910 – 1991*, Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, primera edición, 1994.
5. Andrew Paxman, *Jenkins of Mexico: How a Southern Farm Boy Became a Mexican Magnate*, New York, Oxford University Press, primera edición, 2017.
6. Ángeles Mastretta, *Arráncame la vida*, Ciudad de México, Booket, primera edición, cuadragésima reimpresión, 2017.
7. Angelina Alonso, *Los libaneses y la industria textil en Puebla*, México D.F., Centro de Investigaciones y Estudios Superiores de Antropología Social, primera edición, 1983.
8. Arnaldo Córdova, *La ideología de la revolución mexicana: la formación del nuevo régimen*, Ediciones Era, UNAM. México, primera edición, 1984.
9. Arturo Valencia Islas, *El descarrilamiento de un sueño: historia de Ferrocarriles Nacionales de México, 1919 – 1949*, México D.F., El Colegio de México, primera edición, 2017.
10. Bruno Traven, *Canasta de cuentos mexicanos*, México, D.F., Selector, primera edición, trigésima primera reimpresión, 2012.
11. Carlos Martínez Assad, *El laboratorio de la Revolución: el Tabasco garridista*, México D.F., Siglo XXI, segunda edición, 2007.
12. Carlos Martínez Assad, *Estadistas, caciques y caudillos*, México, Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, primera edición, 1988.
13. Claudio Lomnitz-Adler, *Exits from the Laberynth: Cultural and Ideology in the Mexican National Space*, California, University of California Press, primera edición, 1992.
14. Claudio Lomnitz-Adler, *Las salidas del laberinto*, trad. Cinna Lomnitz, México D.F., Planeta, primera edición, 1995.
15. Clifford Geertz, *La interpretación de las culturas*, trad. Alberto L. Bixio, Barcelona, Gedisa, primera edición, décimo primera reimpresión, 2006
16. Daniel Cosío Villegas et. al., *Historia mínima de México*, México, D.F., El Colegio de México, segunda edición, décimo sexta reimpresión, 2017.
17. Dante Alighieri, *La divina comedia*, México, D.F., Editores Mexicanos Unidos, primera edición, 2013.
18. Dante Alighieri, *La divina commedia*, Anzio, De Rubeis, primera edición, 1995.
19. David Ronfeldt, *Atencingo: la política de la lucha agraria en un ejido mexicano*, trad. Mónica Hanson, México, D.F., Fondo de Cultura Económica, primera edición en español, 1975.

20. Edward Banfield, *The Moral Basis of a Backward Society*, Illinois, The Free Press, primera edición, 1958.
21. Elio Masferrer *et. al.* (coords.), *Los pueblos indígenas de Puebla: atlas etnográfico*, México, D.F., Gobierno del Estado de Puebla e Instituto Nacional de Antropología e Historia, primera edición, 2010.
22. Emilio Rabasa, *La constitución y la dictadura: estudio sobre la organización política de México*, México, D.F., Porrúa, novena edición, 2002.
23. Enrique Cordero y Torres, *Diccionario Biográfico de Puebla*, México D.F. Centro de Estudios Históricos de Puebla, 1972, vols. 1 y 2.
24. Enrique Krauze, *La presidencia imperial: ascenso y caída del sistema político mexicano, 1940 – 1996*, México D.F. Tusquets, segunda edición, 1997, p. 37.
25. Enrique Serna, *El vendedor de silencio*, Ciudad de México, Alfaguara, primera edición sexta reimpresión, 2020
26. Ernest Renan, *¿Qué es una nación ?*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, segunda edición, 1983.
27. Ferdinand Lasalle, *¿Qué es una constitución?*, Barcelona, Ariel, primera edición, 1989.
28. Fernando Escalante Gonzalbo y Julián Canseco, *De Iguala a Ayotzinapa: la escena y el crimen*, Ciudad de México, Grano de Sal, primera edición, 2019.
29. Fernando Escalante Gonzalbo, *Ciudadanos imaginarios: memorial de los afanes y desventuras de la virtud y apología del vicio triunfante en la República Mexicana*, Ciudad de México, El Colegio de México, segunda edición, 2020.
30. Francisco Javier Gómez Carpinteiro, *Gente de azúcar y agua: modernidad y posrevolución en el suroeste de Puebla*, México, primera edición, 2003.
31. François – Xavier Guerra, *México: del antiguo régimen a la revolución*, México, D.F., Fondo de Cultura Económica, segunda edición en español, primera reimpresión, 1992.
32. Frederick Winslow Taylor, *The Principles of Scientific Management*, New York, W.W. Norton & Company, primera edición 1967.
33. Geertz, *Negara: The Theatre State in Nineteenth-Century Bali*, New Jersey, Princeton University Press, primera edición, 1980
34. Gonzalo N. Santos, *Memorias*, México, D.F., Grijalbo, primera edición, 1984.
35. Guillermo Bonfil Batalla, *México profundo: una civilización negada*, México, D.F., Secretaría de Educación Pública, primera edición, 1987.
36. Guy P.C. Thomson, “El fin de La Montaña: Juan Francisco, Lucas, Xochiapulco y la defensa del liberalismo popular durante el Porfiriato y la Revolución: 1878 – 1917” en *La sierra de Puebla en la política mexicana del siglo XIX*, México D.F., Educación y Cultura, Asesoría y Promoción, primera edición, 2010, pp. 131 – 152.
37. Henri Fayol, *Administration industrielle et générale*, París, Dunod, primera edición, 1979.
38. Herón Pérez Martínez, *Refranero mexicano*, México D.F., Academia Mexicana y Fondo de Cultura Económica, primera edición, 2004,
39. Isabelle Rousseau: México: *¿una revolución silenciosa?: élites gubernamentales y proyecto de modernización, 1970 – 1995*, México D.F., El Colegio de México, primera edición, 2001.
40. James C. Scott, *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance*, New Haven, Yale University Press, primera edición, 1985.

41. James Wallace Wilkie y Edna Monzón, *México visto en el siglo XX: entrevistas de historia oral*, México, D.F., Instituto de Investigaciones Económicas, primera edición, 1969.
42. Jean Jacques Rousseau, *El contrato social*, México D.F. Universidad Nacional Autónoma de México, cuarta edición, 1984.
43. Jean Meyer, *La cristiada: el conflicto entre la iglesia y el estado 1926 – 1929*, México, D.F. siglo veintiuno editores, décimo octava edición, 2003.
44. Jean-Denis Bredin, *The affair: the case of Alfred Dreyfus*, trad. Jeffrey Mehlman, New York, Braziller, primera edición, 1994.
45. Johann Wolfgang von Goethe, *Fausto y Werther*, México D.F., Porrúa, primera edición, 1963.
46. José Ariel González Bustillos, *La disputa por el territorio: movimientos sociales y poder político en Puebla 1920 – 1945*, Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, primera edición, 2014.
47. José Emilio Pacheco, “Tenga para que se entretenga” en su libro *El principio del placer*, México D.F., Era, primera edición, 1972.
48. José Emilio Pacheco, *Las batallas en el desierto*, Ciudad de México, Ediciones Era, tercera edición, décimo tercera reimpresión, 2017.
49. José María de Cossío, *Los toros: tratado técnico e histórico*, tomos I, IV y VII, Madrid, Espasa-Calpe, primera edición, 1943, 1961 y 1982.
50. José Ortega y Gasset, *Ideas y creencias*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, cuarta edición, 1952.
51. José Zorrilla, *Don Juan Tenorio*, Madrid, Alianza, primera edición, 2001.
52. Juan Espíndola Mata, *El hombre que lo podía todo, todo, todo*, México D.F., El Colegio de México, primera edición, 2004.
53. Juan J. Linz, *Totalitarian and Authoritarian Regimes*, Londres, Lynne Rienner, primera edición, 2000.
54. Juan Pedro Viqueira Alban, “Los historiadores y la diversidad social” en Guillermo Zermeño Padilla (ed.), *Historia: fin de siglo*, Ciudad de México, El Colegio de México, primera edición, 2016, pp. 181 – 218.
55. *La candidatura del General José Mijares Palencia: datos y documentos de una campaña popular*, Puebla, Rivadeneyra, primera edición, 1932.
56. Lázaro Cárdenas del Río, *Obras: Apuntes 1913 – 1940*, México D.F., Universidad Nacional Autónoma de México, tercera edición, 1986, tomo 1.
57. Leonardo Lomelí, *Breve historia de Puebla*, México, D.F., El Colegio de México y Fondo de Cultura Económica, primera edición, 2001.
58. Mancur Olson, *The Logic of Collective Action: public goods and the theory of groups*, Cambridge, Harvard University Press, primera edición, 1971.
59. Manuel Gamio, *Forjando patria*, México, D.F., Porrúa, tercera edición, 1982.
60. Marshall Sahlins, “The Return of the Event, Again” en su libro *Culture in Practice: Selected Essays*, New York, Zone Books, 2000, pp. 293 – 352.
61. Marshall Sahlins, *Apologies to Thucydides: Understanding History as Culture and Vice Versa*, Chicago, The University of Chicago Press, primera edición, 2004.
62. Marshall Sahlins, *Islas de historia: la muerte del capitán Cook. Metáfora, antropología e historia*, Barcelona, Gedisa, primera edición, 1988.

63. Martín Luis Guzmán, *La sombra del caudillo*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, primera edición, 2019.
64. Mary Kay Vaughan, “Good Day, Pistol! Where are you taking that teacher”, en su libro *Cultural politics in revolution: teachers, peasants and schools in Mexico, 1930 – 1940*, Arizona, The University of Arizona Press, primera edición, pp. 107 – 136.
65. Mauricio Magdaleno, *El resplandor y El compadre Mendoza*, México, D.F., Promexa, primera edición, 1979.
66. Max Weber, *Economía y Sociedad*, trad. Francisco Gil Villegas et. al., México, D.F., Fondo de Cultura Económica, tercera edición, 2014.
67. Max Weber, *El político y el científico*, trad. Martha Johanssen Rojas, México D.F., Colofón, cuarta edición, 2000.
68. Michel Crozier y Erhard Friedberg, *L’acteur et le système : les contraintes de l’action collective*, París, Éditions du Seuil, primera edición, 1977.
69. Miguel Alemán Valdés, *Remembranzas y testimonios*, México D.F., Grijalbo, segunda edición, 1987.
70. Miguel Angel Centeno, *Blood and Debt: War and the Nation-State in Latin America*, University Park, Pennsylvania State University Press, primera edición, 2002.
71. Miguel Contreras Torres, *El libro negro del cine mexicano*, México. D.F., Hispano-Continental Films, primera edición, 1960.
72. Miguel de Cervantes Saavedra, *Don Quijote de la Mancha*, Barcelona, RBA Editores, primera edición, 1994.
73. Natalia Mendoza, *Conversaciones en el desierto: cultura y tráfico de drogas*, Ciudad de México, Centro de Investigación y Docencia Económicas, segunda edición, 2017
74. Nicolás Maquiavelo, *El Príncipe*, México, D.F., Tomo, tercera edición, 2013.
75. Norbert Elias, *El proceso de la civilización: investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, segunda edición, primera reimpresión, 1994.
76. Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, quinta edición, 2020.
77. Oscar Wilde, *El retrato de Dorian Gray*, España, Alba, primera edición, 1999.
78. Paul Friedrich, *Agrarian revolt in a Mexican village*, New Jersey, Prentice-Hall, primera edición, 1970.
79. Paul Friedrich, *The Princes of Naranja: an essay in antrohistorical method*, Texas, University of Texas, primera edición, 1986.
80. Pedro Calderón de la Barca, *La vida es sueño y El alcalde de Zalamea*, México, D.F., Porrúa, vigésimo tercera edición, primera reimpresión, 2017.
81. Peter H. Smith, *Los laberintos del poder: el reclutamiento de las élites políticas en México, 1900 – 1971*, trads. Soledad Loaeza, Joaquín Urquidi, México D.F., primera edición, 1981.
82. Pilar Gonzalbo Aizpuru (ed.), *La historia y lo cotidiano*, Ciudad de México, El Colegio de México, primera edición, 2019.
83. Rafael Sánchez Ferlosio, “Mientras no cambien los dioses nada habrá cambiado” en *QWERTYUIOP: Sobre enseñanza, deportes, televisión, publicidad, trabajo y ocio*, Barcelona, Penguin Random House, 2017, pp. 15 – 59.
84. Rafael Segovia, *La socialización del niño mexicano*, México, D.F, El Colegio de México, primera edición, 1975.

85. Reynaldo Sordo Cedeño y María Julia Sierra Moncayo (coords.), *Atlas de México 1910 – 2010*, México, ITAM, primera edición, 2009.
86. Robert Dahl, *Polyarchy: participation and opposition*, New Haven y Londres, Yale University Press, primera edición, 1971.
87. Robert K. Merton, *Teoría y estructuras sociales*, trad. Florentino M. Torner y Rufina Borques, México D.F., Fondo de Cultura Económica, cuarta edición, 2002.
88. Roderic Ai Camp, *Mexican Political Biographies 1935 – 1975*, Arizona, The University of Arizona Press, primera edición, 1976.
89. Roderic Ai Camp, *Reclutamiento político en México, 1884 – 1991*, México D.F., Siglo Veintiuno, primera edición, 1996.
90. Rodrigo Fernández Chedraui, *Vivir de pie: el tiempo de don Maximino*, Xalapa, Las Ánimas, primera edición, 2007.
91. Rogelio Hernández Rodríguez, *Amistades, compromisos y lealtades: líderes y grupos políticos en el Estado de México, 1942-1993*, México D.F., El Colegio de México, primera edición, 1998.
92. Rogelio Hernández Rodríguez, *El centro dividido: la nueva autonomía de los gobernadores*, México D.F., El Colegio de México, primera edición, 2008.
93. Rogelio Hernández Rodríguez, *El oficio político: la élite gobernante en México (1946 – 2020)*, Ciudad de México, El Colegio de México, primera edición, 2021.
94. Rogelio Hernández Rodríguez, *Historia mínima del Partido Revolucionario Institucional*, México D.F., El Colegio de México, primera edición, primera reimpresión, 2016.
95. Rogelio Hernández Rodríguez, *Presidencialismo y hombres fuertes en México: la sucesión presidencial de 1958*, México D.F., El Colegio de México, primera edición, 2015.
96. Roger Bartra, *La jaula de la melancolía: identidad y metamorfosis del mexicano*, México, D.F., Grijalbo, segunda edición, 1987.
97. Romana Falcón, *Revolución y caciquismo: San Luis Potosí, 1910 – 1938*, México D.F., El Colegio de México, primera edición, 1984.
98. Rosalina Estrada Urroz, *Del telar a la cadena de montaje: la condición obrera en Puebla, 1940 – 1976*, Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, primera edición, 1997.
99. Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, México D.F., Espasa-Calpe Mexicana, duodécima edición, 1984.
100. Sandra Kuntz Ficker (coord.) *Historia económica general de México: de la colonia a nuestros días*, México, D.F., El Colegio de México y Secretaría de Economía, primera edición, segunda reimpresión, 2015.
101. Sergio Valencia Castrejón, *Poder regional y política nacional en México: El gobierno de Maximino Ávila Camacho en Puebla (1937 – 1941)*, México D.F., Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, primera edición, 1996.
102. Steven Lukes, *Power: a radical view*, New York, Palgrave Macmillan, segunda edición, 2005.
103. Susan M. Gauss, “Sowing Exclusion: Machinery, Labor, and Industrialist Authority in Pubela in the 1940s”, en su libro *Made in Mexico: Regions, Nation, and the State in the Rise of Mexican Industrialism, 1920s – 1940s*, Pennsylvania, The Pennsylvania State University Press, primera edición, 2010, pp. 131 – 168.

104. Velásquez *et. al.*, *Nueva historia general de México*, Ciudad de México, El Colegio de México, primera edición, octava reimpresión, 2018.
105. Victor Turner, *From Ritual to Theatre: The Human Seriousness of Play*, New York, Pas Publications, primera edición, 1982.
106. Wil G. Pansters, “Industrialización e Industriales de Puebla”, en Carlos Alba Vega (coord.), *Historia y desarrollo industrial de México*, México, D.F., Confederación de Cámaras Industriales, primera edición, 1988, pp. 197 – 208.
107. Wil G. Pansters, *Política y poder en Puebla: Formación y ocaso del cacicazgo avilacamachista, 1937 – 1987*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, segunda edición en español, 1998.
108. William H. Beezly, “The Role of State Governors in the Mexican Revolution” y Timothy Henderson y David La France, “Maximino Ávila Camacho of Puebla” en Jürgen Buchenau y William H. Beezly, *State Governors in the Mexican Revolution, 1910 – 1952: Portraits in Conflict, Courage, and Corruption*, Plymouth, Rowmann & Littlefield, primera edición, 2009, pp. 1 – 19 y 157 – 176.

#### Artículos:

1. Alicia Ortiz Rivera, “El Consejo Mexicano de Hombres de Negocios: órgano de acción política de la élite empresarial”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 64, núm. 1, 2002, pp. 101 – 139.
2. Clifford Geertz, “What is a State if not a Sovereign? Reflections on Politics in Complicated Places”, *Current Anthropology*, Vol. 45 (diciembre, 2004), pp. 577 – 593.
3. Daniel Posner, “The Political Salience of Cultural Difference: Why Chewas and Tumbukas Are Allies in Zambia and Adversaries in Malawi”, *The American Political Science Review*, vol. 98, núm. 4, pp. 529-545.
4. Garrett Hardin, “The Tragedy of the Commons”, *Science*, vol. 162, núm. 3859, 1968, pp. 1243 – 1248.
5. Rogelio Hernández Rodríguez, “Los grupos políticos en México. Una revisión teórica”, *Estudios Sociológicos*, vol. 15, núm. 45, 1997, pp. 691 – 739.
6. Soledad Loaeza, “La rebelión de las élites”, *Estudios Sociológicos*, vol. 19, núm. 56, 2001, pp. 363 – 380.
7. Timothy Mitchell, “The limits of the State: Beyond Statist Approaches and their critics”, *The American Political Science Review*, Vol.85 (Marzo, 1991), pp. 77 – 96.

#### Películas:

1. Álvaro Gálvez y Fuentes e Ismael Rodríguez, *Mexicanos al grito de guerra*, México, Producciones Hermanos Rodríguez, 1943.
2. Charles Chaplin, *Modern Times*, Estados Unidos, Charles Chaplin Productions, 1936.
3. Fernando de Fuentes y Juan Bustillo Oro, *El compadre Mendoza*, México, Águila Films México, 1934.

4. Fernando de Fuentes, *¡Vámonos con Pancho Villa!*, México, Cinematográfica Latino Americana S.A., 1936.
5. Fernando de Fuentes, *Allá en el Rancho Grande*, México, Estudios Churubusco, 1949.
6. Julio Bracho, *La sombra del Caudillo*, México, Producción Cinematográfica de la República Mexicana, 1960.
7. Roman Polanski, *J'accuse*, Francia e Italia, Légende Films y Gaumont Film Company, 2019.

#### Entrevistas:

1. “Ángeles Mastretta la vida de la escritora de Arráncame la vida”, entrevista de Leo Zuckerman con Ángeles Mastretta, 12 de abril del 2019, consultada en [https://www.youtube.com/watch?v=165ufJnl\\_nY](https://www.youtube.com/watch?v=165ufJnl_nY) el 12 de octubre del 2022.

#### Tesis:

1. Héctor Strobel del Moral, *El ejército liberal durante la revolución de Ayutla y la Reforma, 1854-1861*, tesis, Ciudad de México, El Colegio de México, 2020.
2. Jesús Márquez Carrillo, *Los orígenes del avilacamachismo. Una arqueología de fuerzas en la constitución de un poder regional: el estado de Puebla (1929 – 1941)*, tesis, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1983.

#### Referencias hemerográficas:

1. *Diario de Puebla*.
2. *El Sol de Puebla*.
3. *La Opinión*.

#### Canciones:

1. Agustín Lara, “Fermín (A Fermín Espinosa ‘Armillita’, 1933)”, *Suite Taurina*, Grown in Media, 2021.
2. Agustín Lara, “Novillero (A Lorenzo Garza y Fermín Rivera, 1935)”, *Suite Taurina*, Grown in Media, 2021.
3. Agustín Lara, “Silverio (A Silverio Pérez, 1943)”, *Suite Taurina*, Grown in Media, 2021.
4. Agustín Lara, “Valiente Soldado (A Luis Castro ‘El Soldado’, 1937)”, *Suite Taurina*, Grown in Media, 2021.